AGATHA CHRISTIE

LA MUERTE VISITA AL DENTISTA

Selecciones de Biblioteca Oro

El dentista es encontrado muerto, con un agujero de bala en su sien y un revólver en el suelo, cerca de su mano derecha. Poco después, un paciente aparece sin vida por una dosis letal de anestesia. Un caso evidente de suicidio y asesinato, pero ¿por qué un dentista cometería un crimen en medio de una jornada llena de citas? Un zapato de mujer parece ser la clave del misterio. Y solo Hércules Poirot podrá desentrañarlo.

Agatha Christie

La muerte visita al dentista

Hércules Poirot - 22

ePub r1.1
Titivillus 19.05.16

Título original: *One, Two, Buckle My Shoe*
Agatha Christie, 1940
Traducción: Concha Peraire del Molino
Ilustración de portada: Tom Adams

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Poe (r1.0) & Ormi (EPG r1.0)
ePub base r1.2

A Dorothy North, a la que siempre le gustaron las novelas de detectives y la crema, con la esperanza de que le ayuden a soportar la ausencia de esta última.

Nota

La autora, con la originalidad que es en ella característica, desarrolla la trama de esta novela en diez Capítulos, adjudicando a cada uno de ellos una estrofa de una popular composición inglesa que copiamos a continuación:

One, two, buckle my shoe;
Three, four, shut the door;
Five, six, pick up sticks;
Seven, eight, lay them straight;
Nine, ten, a good fat hen
Eleven, twelve, men must delve;
Thirteen, fourteen, Maids are courting;
Fifteen, sixteen, Maids in the kitchen
Seventeen eighteen, maids in waiting
Nineteen, twenty, my plate's empty

Su traducción literal puede ser la siguiente:

Uno, dos, átame el zapato;
tres, cuatro, cierra la puerta;
cinco, seis, coge los palos;
siete, ocho, ponlos en orden;
nueve, diez, una gallina gorda;
once, doce, los hombres cavan;
trece, catorce, las doncellas pelan la pava;
quince, dieciséis, las muchachas están en la cocina;
diecisiete, dieciocho, las criadas sirven;
diecinueve, veinte, mi plato está vacío.

Y su equivalencia en el acervo popular español puede ser la que transcribimos, sin que estemos seguros de su exactitud, por lo que rogamos al lector nos excuse si él conoce una versión más correcta:

Uno, dos, el gato en pos;
tres, cuatro, en pos del gato;
cinco, seis, ya lo sabréis;
siete, ocho, me gusta el bizcocho;
nueve, diez, y también la nuez;
once, doce, no me conoces;
trece, catorce, dejad que almuerce;
quince, dieciséis, ya lo encontraréis;
diecisiete y dieciocho, topa, carnero y mocha;
diecinueve y veinte, me lo comí todo.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ADAMS: Amiga de *mistress* Sainsbury Seale.

AMBERIOTIS, Reginald: Funcionario retirado del Ministerio de la Gobernación.

BEDDOES: Sargento policía.

BIGGS, Alfred: Botones del dentista Morley.

BLUNT, Alistair: Uno de los financieros más ricos y poderosos del país.

CARTER, Francis: Novio de Gladys.

CHAPMAN, Albert: Afiliado al Servicio Secreto.

CHAPMAN, Sylvia: Esposa del anterior.

FLETCHER, Agnes: Doncella de *Miss* Morley.

HARRISON: Dueña del hotel Glengowrie Court.

JAPP: Inspector de Policía.

GEORGE: Criado de Poirot.

MERTON: Amiga de *mistress* Chapman.

MONTRESSOR, Helen: Lejana y pobre parienta del acaudalado Alistair Blunt.

MORLEY, Henry: Acreditado dentista londinense.

MORLEY, Georgina: Hermana del anterior.

NEVILL, Gladys: Secretaria y ayudanta de Morley.

OLIVERA, Jane: Sobrina de Alistair Blunt.

OLIVERA, Julia: Madre de la anterior.

POIROT, Hércules: Famoso detective, protagonista de esta novela.

RAIKES, Howard: Novio de Jane Olivera.

REILLY: Dentista asociado a Morley.

SAINSBURY: Seale, Mabelle: Cuarentona, ex actriz, profesora de declamación, etcétera.

SELBY: Secretario de míster Blunt.

Capítulo I

One, two, buckle my shoe[1]

1

Mister Morley no estaba de muy buen humor aquella mañana.

Se quejó de la calidad del jamón y del café, diciendo que tenía aspecto de barro líquido, y que las frutas eran peores en cada desayuno.

Mister Morley era un hombrecillo menudo, de mandíbula enérgica y barbilla retadora. Su hermana, que administraba la casa, era una mujer alta, bastante parecida a un granadero. Mirando pensativa a su hermano, le preguntó si había vuelto a encontrar el baño frío.

Mister Morley, de mala gana, dijo que no.

—El Gobierno parece que pasa de su estado de incompetencia a otro de positiva imbecilidad —comentó leyendo el periódico.

Miss Morley dijo con su voz profunda y grave:

—¡Es vergonzoso!

Como mujer siempre había reconocido el poder del Gobierno, y quiso que su hermano le explicara exactamente por qué la actual política era inconcluyente, idiota, imbécil y francamente suicida.

Cuando Mister Morley hubo explicado aquellos puntos, tomóse otra taza del café injuriado, arrepintiéndose de su anterior

injusticia.

—¡Estas muchachas —dijo— son todas iguales! ¡Informales, egoístas; quieren ser independientes!

Miss Morley le miró inquisitivamente.

—¿Te refieres a Gladys?

—Acabo de recibir este aviso. Su tía ha sufrido un ataque y ha tenido que ir a Somerset.

Miss Morley dijo:

—Es muy lamentable, querido; pero, después de todo, ella no tiene la culpa.

Mister Morley movió la cabeza tristemente.

—¿Y cómo sé yo que su tía ha sufrido un ataque? ¿Quién me dice a mí que no ha sido todo tramado por ella y ese jovenzuelo indeseable que la acompaña? ¡Ese muchacho es de lo peor que he visto! Entre los dos deben de haber planeado esta escapatoria.

—¡Oh, no, querido! No creo que Gladys hiciera una cosa así. Siempre has dicho que es muy escrupulosa.

—Sí, es cierto.

—Y muy inteligente y diestra en su trabajo.

—Sí, sí, Georgina; pero eso era antes que apareciera ese indeseable. Está muy cambiada…, por completo… Abstraída, trastornada, nerviosa.

La mujer exhaló un profundo suspiro.

—Al fin y al cabo, Henry, llega un momento en que todas las muchachas se enamoran. Es inevitable… y necesario a la vez.

Mister Morley alzó la voz.

—Pero no debería dejar que afectase su eficiencia de secretaria. Y precisamente hoy que estoy tan ocupado. Tengo varios pacientes muy importantes. ¡Es demasiada molestia!

—Seguramente debe de ser un fastidio, Henry. A propósito, ¿cómo se desenvuelve el nuevo botones?

Henry Morley repuso de mal humor:

—Es de los peores que he tenido. Es incapaz de recordar un solo nombre, por sencillo que sea, y tiene unos modales de lo más groseros. Si no mejora, tendré que echarle y probar otro. No comprendo los resultados de la educación de hoy en día. Salen una colección de inútiles que no comprenden nada de lo que les dices, y ni siquiera lo recuerdan.

Miró su reloj.

—Debo marcharme. Tengo toda la mañana ocupada, y he de sacar tiempo para atender a esa *Miss* Sainsbury Seale. Le sugerí que viera a Reilly, pero no quiso ni oírme.

—Claro que no —dijo Georgina fielmente.

—Reilly es muy competente, mucho. Diplomas de primera clase y muy al día en su trabajo.

—Le tiembla el pulso —dijo *Miss* Morley—. Yo creo que bebe.

Su hermano echóse a reír, recobrando su buen humor.

—A la una y media vendré a tomar un bocadillo, como siempre.

2

En el hotel Savoy, Mister Amberiotis, con el entrecejo fruncido, escarbaba sus dientes con un palillo.

Todo iba bien.

La suerte le acompañaba, como de costumbre. Y pensar que un puñado de palabras amables dedicadas a aquella mujer estúpida fueran tan espléndidamente recompensadas. ¡Oh, bien!… *Arroja tu pan sobre las aguas*… Siempre fue un hombre bondadoso. ¡Y generoso! En el futuro podría serlo aún más. Se imaginó haciendo buenas obras El pobre Dimitri… y el buen Constantopopolus luchando para sacar adelante su restaurante… ¡Qué agradables sorpresas iba a darles!

El mondadientes de Mister Amberiotis seguía escarbando sus encías descuidadamente hasta que se hizo daño. Las visiones rosadas se desvanecieron para dar paso a las preocupaciones del inmediato presente. Acarició la parte dolorida con la lengua. Sacó su librito de anotaciones:

«*A las doce*. Calle de la Reina Carlota, número 58».

Quiso recobrar su anterior estado de ánimo, sin conseguirlo. El horizonte se limitaba ahora a estas escuetas palabras:

«Calle de la Reina Carlota, 58. A las doce».

3

En el hotel Glengowrie, al sur de Kensington, acababa de concluir el desayuno. En el vestíbulo, *Miss* Sainsbury Seale charlaba con *mistress* Bolitho. Eran vecinas de mesa en el comedor e hiciéronse amigas al día siguiente de la llegada de *Miss* Sainsbury, una semana antes.

Miss Sainsbury Seale estaba diciendo:

—¿Sabes, querida? Ya no me duele. ¡Ni una punzada! Me parece que voy a telefonear…

Mistress Bolitho la interrumpió:

—Vamos, no seas tonta. Ve al dentista y acaba de una vez.

Mistress Bolitho era una mujer alta y autoritaria, de voz profunda. *Miss* Sainsbury Seale tendría unos cuarenta años, y llevaba los cabellos teñidos, formando bucles descuidados. Sus vestidos eran holgados, aunque bastante elegantes; y sus lentes, sujetos solo sobre la nariz, siempre se le caían. Era una gran conversadora.

Le decía con animación:

—Pero es que en realidad no me duele *nada*.

—¡Qué tontería! Me has dicho que apenas dormiste esta noche.

—No, no dormí, es verdad; pero quizá ahora el nervio esté *muerto*.

—Razón de más para ir al dentista —afirmó *mistress* Bolitho—. Todos queremos librarnos por cobardía. Es mejor que te decidas y *acabes de una vez*.

Algo pugnaba por salir de los labios de *Miss* Sainsbury Seale en un susurro:

«Sí, pero el diente no es tuyo».

En cambio, solo dijo:

—Creo que tienes razón. Y Mister Morley es un hombre muy cuidadoso y nunca hace daño *a nadie*.

4

La reunión de la junta directiva finalizó habiendo transcurrido sin incidencias. El informe fue bueno, sin ninguna nota discordante, aunque el sensible Samuel Rotherstein vio algo desacostumbrado en el presidente.

Una o dos veces había empleado un tono áspero, completamente innecesario.

¿Alguna preocupación interna? Quizá. Y, sin embargo, Rotherstein no podía relacionar a Alistair Blunt con preocupaciones. Era un hombre insensible, netamente inglés.

Siempre cabía la posibilidad de que le molestase el hígado. A Mister Rotherstein le atormentaba de vez en vez, pero nunca oyó quejarse a Alistair de aquella dolencia. Su salud era tan buena como su cerebro para las finanzas. Y, a pesar de todo…, había algo… Un par de veces, el presidente, llevándose la mano a la cara para apoyar en ella su barbilla (cosa rara en él) pareció…, sí, *distraído*.

Al salir del salón de la junta empezaron a bajar la escalera.

Rotherstein dijo:

—¿Puedo llevarle a su casa?

Alistair Blunt, sonrió moviendo la cabeza.

—Mi coche está esperándome —miró su reloj—. No vuelvo a la ciudad. A decir verdad, tengo hora dada en casa del dentista.

El Misterio estaba aclarado.

5

Hércules Poirot, después de apearse del taxi y pagar al conductor, pulsó el timbre del número 58 de la calle de la Reina Carlota.

Tras un corto intervalo abrió la puerta un muchacho pelirrojo, de cara pecosa, vestido con el uniforme de botones.

Hércules Poirot, habló:

—¿Mister Morley?

En su interior albergaba la ridícula esperanza de que Mister Morley hubiese tenido que salir, estuviera indispuesto o no visitase aquel día… Todo en vano. El botones se hizo a un lado y Hércules Poirot tuvo que entrar en la casa. La puerta cerróse tras él como una sentencia inapelable.

El botones preguntó:

—¿Su nombre, por favor?

Poirot se lo dijo, y el muchacho, luego de abrir una puerta a la derecha del vestíbulo, le hizo pasar a la sala de espera.

Era una habitación amueblada con buen gusto y, según opinión de Hércules Poirot, muy lúgubre. Sobre la bruñida mesa, imitación Sheraton, veíanse revistas y periódicos cuidadosamente colocados. En un mueble, dos candelabros plateados y un *épergne*. Sobre la chimenea, un reloj y dos jarrones de bronce. Las ventanas estaban ocultas por cortinajes de terciopelo azul, y las butacas tapizadas de un tejido de dibujo jacobino con pájaros rojos y flores.

En una de ellas hallábase sentado un caballero de aspecto marcial con un fiero mostacho y rostro amarillento. Miró a Poirot como quien contempla un insecto dañino y quisiera tener a su alcance un pulverizador con D.D.T. Poirot, observándole con disgusto, se dijo: «En verdad que algunos ingleses son tan desagradables y ridículos que debieran librarlos de su miseria en el momento de nacer».

El militar, concluida su larga contemplación, volvió su silla para evitar mirar a Poirot y se puso a leer el *Times*.

Poirot a su vez cogió el *Punch*.

Fue leyéndolo detenidamente, pero no encontraba gracioso ninguno de sus chistes.

El botones entró preguntando:

—¿El coronel Arrowbumby?

Y el militar salió tras él.

Poirot se puso a pensar en las posibilidades de que se llamara así efectivamente, cuando volvióse a abrir la puerta para dar paso a un hombre de unos treinta años.

Mientras el recién llegado, en pie junto a la mesita, revolvía nervioso entre las revistas, Poirot pudo verle de perfil.

«Un hombre desagradable y peligroso —pensó—, un posible asesino».

Sea como fuere, tenía un aspecto más criminal que todos los que el detective arrestara durante el curso de su carrera.

El botones abrió la puerta y dijo:

—¿Mister Poirot?

Considerando que habría querido pronunciar su nombre, Poirot se levantó. El muchacho le condujo otra vez al vestíbulo y de allí a un reducido ascensor, en el que llegaron al segundo piso. Siguieron un pasillo y abrió la puerta de una pequeña antesala, en la que entraron. El botones golpeó con los nudillos una segunda puerta y, sin aguardar respuesta, abrióla para que entrase Poirot.

Al entrar oyó el rumor de un grifo abierto, y dando vuelta a la puerta, encontró a Mister Morley lavándose las manos con placer profesional en un lavabo adosado a la pared.

6

En las vidas de los grandes hombres hay ciertos momentos humillantes. Ningún hombre es un héroe para su criado, se dice, y a esto hay que añadir que muy pocos se consideran héroes en el momento de visitar a su dentista.

A Hércules Poirot le constaba este hecho.

Era hombre acostumbrado a tener buena opinión de sí mismo. Él era Hércules Poirot, superior en muchos aspectos a los demás

mortales; y, sin embargo, en aquel momento era incapaz de sentirse superior a ninguno. Su moral estaba bajo cero. Constituía tan solo la imagen vulgar, cobarde, del hombre asustado ante el sillón del odontólogo.

Mister Morley había concluido sus abluciones, y le hablaba con su amabilidad profesional.

—Para la época del año en que estamos, apenas hace calor.

Le llevó hasta el punto temido… ¡El sillón!

Hércules Poirot aspiró profundamente antes de sentarse y apoyar la cabeza para que Mister Morley la acomodara a la altura conveniente;

—Bueno —dijo Mister Morley con vivacidad—; ¿está usted cómodo? ¿De verdad?

Con voz sepulcral, Poirot dijo que estaba perfectamente.

Mister Morley aproximó una mesita auxiliar, cogió su espejito y una herramienta y se preparó para su trabajo.

Hércules Poirot, asido con fuerza a los brazos del sillón, cerró los ojos y abrió la boca.

—¿Le duele algo? —preguntó Mister Morley.

Bastante confusamente, debido a la dificultad de pronunciar las consonantes teniendo la boca abierta, Hércules Poirot dijo que no le dolía nada en especial. Esta era la segunda visita anual que su orden y minuciosidad le exigía dedicar al cuidado de su dentadura. Era muy probable, claro está, que no tuviese nada. Pudiera ser que Mister Morley no viese la segunda muela del maxilar inferior que le diera aquellos pinchazos… *Pudiera ser*, pero no era probable, pues Mister Morley era un buen dentista.

Mister Morley iba examinando lentamente su dentadura, golpeando y tanteando, comentando al mismo tiempo…

—Este empaste está algo gastado; no es nada importante. Las encías las tiene muy bien… Me alegro de que así sea.

Una pausa. ¿Algo sospechoso? No; falso motivo de alarma. Uno, dos… ¿No pasa al tercero? No.

«El perro ha olfateado al conejo», pensó haciendo uso de un conocido modismo.

—Aquí hay algo. ¿No le ha dolido? ¡Hum, me extraña!

La prueba continuó.

Al fin Mister Morley apartóse, satisfecho.

—Nada de particular. Solo un par de empastes y un principio de caries en esta muela. Podré arreglárselo todo ahora.

Hizo girar un conmutador y se oyó un zumbido. Mister Morley descolgó el torno para colocarle una fresa con gran cuidado.

—Guíeme —dijo sencillamente, y se dispuso a trabajar.

A Poirot no le fue necesario hacer uso de su advertencia, ni levantar la mano, ni siquiera gritar, pues en el momento preciso Mister Morley detenía el torno, le daba la breve orden: «Enjuagúese», aplicaba una hila y escogía otra fresa para continuar. El torno produce más miedo que dolor.

Mientras Mister Morley preparaba el empaste, reanudaron la conversación.

—Esta mañana tengo que hacerlo yo mismo —explicó—. *Miss* Nevill ha tenido que ausentarse. ¿Recuerda a *Miss* Nevill?

Poirot asintió sin acordarse.

—Ha tenido que marcharse al campo a causa de un pariente enfermo. Estas cosas siempre ocurren en días de mucho trabajo, y hoy voy algo retrasado. El paciente que le ha precedido ha llegado tarde. Es de lamentar. Me estropea toda la mañana. Y además tengo que admitir a una cliente más porque tiene mucho dolor. Siempre reservo un cuarto de hora para estos casos. A pesar de eso, tendré que apresurarme.

Mister Morley revolvía en el pequeño mortero. Luego, prosiguió su discurso.

—Voy a decirle algo que he observado, Mister Poirot. Las personas importantes siempre llegan a tiempo, nunca hacen esperar. Los reyes, por ejemplo, siempre son puntuales, y esos grandes hombres de la ciudad, lo mismo. Esta mañana espero a uno de los más importantes… ¡Alistair Blunt!

Mister Morley pronunció el nombre con voz triunfal.

Poirot, a quien varios trozos de algodón y un tubo de cristal colocado bajo su lengua impedían hablar, exhaló un sonido indefinible.

¡Alistair Blunt! Hombres como aquel eran los que hacían vibrar en la actualidad. No duques, ni condes, ni primeros ministros. No. Sencilla y llanamente, Mister Alistair Blunt. Un hombre de rostro desconocido para el público en general, cuyo nombre solo aparecía en sencillos párrafos. Ningún ser excepcional. Sencillamente un

inglés desconocido, que era la cabeza de la mayor firma bancaria de Inglaterra. Un hombre inmensamente rico, que decía «sí» y «no» a los gobiernos, y llevaba una vida sosegada y discreta, sin aparecer jamás en ninguna tribuna pública ni pronunciar discursos. Sin embargo, en sus manos tenía el poder supremo.

Mister Morley continuaba empleando un tono, reverente mientras rellenaba su muela.

—Siempre acude a sus citas con puntualidad. A menudo despide su coche y regresa a pie a su despacho. Es un sujeto afable, sosegado y modesto; aficionado al golf y a su jardín. Al verle nunca se creería que puede comprar media Europa. Es como usted o como yo.

Momentáneamente, Poirot sintióse ofendido. Mister Morley era un buen odontólogo, eso sí; pero existían otros buenos dentistas en Londres. En cambio, Hércules Poirot solo había uno.

—Enjuagúese, haga el favor —dijo Mister Morley—. Esta es la réplica a sus Hitler, Mussolini y todos los demás —continuó Mister Morley emprendiéndola con otra muela—. Aquí no armamos tanto alboroto. Fíjese en nuestro rey y nuestra reina qué democráticos son. Claro, que un francés como usted, acostumbrado a la idea republicana…

—Ya na say francés. Ya…, say…, say…, balga —pronunciaba Poirot con la boca dilatada, inmóvil.

—¡Cállese! —le ordenó Mister Morley—. La cavidad debe estar completamente seca —y siguió inyectando aire caliente.

Luego, prosiguió:

—No creía que fuese usted belga. ¡Qué interesante! Siempre he oído decir que el rey Leopoldo es un hombre extraordinario. Soy partidario de la tradición de la realeza. Ya sabe usted la educación que reciben. Fíjese con qué facilidad recuerdan nombres y rostros. Todo es cuestión de educación…, aunque, claro está, hay personas con aptitud especial para estas cosas. Yo mismo no puedo acordarme de los nombres, pero nunca olvido una cara. Por ejemplo, el otro día vino un paciente a quien había visto antes. El nombre no me decía nada, pero me dije en el acto: «¿Dónde le he visto antes? Aún no lo he recordado, pero ya me acordaré. Estoy seguro». Enjuagúese otra vez, la última.

Poirot bebió un buche de agua y la retuvo buen rato en la boca.

Una vez le hubo obedecido, Mister Morley exploró la boca de su paciente.

—Bien; creo que está todo arreglado. Cierre la boca… ¿Qué tal? No nota el empaste, ¿verdad? Ahora ábrala otra vez. Gracias.

Retiró la mesa e hizo girar el sillón.

Hércules Poirot se levantó, sintiéndose un hombre libre.

—Bueno, adiós, Mister Poirot. Espero que no descubra a ningún asesino en mi casa.

El detective, repuso, con una sonrisa:

—Cuando venía, todos me parecían criminales. ¡Ahora puede que sea distinto!

—¡Oh, sí! Hay una gran diferencia entre antes y después. De todos modos, los dentistas ya no somos tan diabólicos como antes. ¿Quiere que pida el ascensor?

—No, no; bajaré andando.

—Como guste. El ascensor está junto a la escalera.

Poirot salió. Al cerrarse la puerta oyóse correr el agua del grifo.

Bajó los dos tramos de escalones. Al llegar al último peldaño vio salir al coronel angloindio. No era mal parecido. Seguramente sería buen tirador y habría matado más de un tigre. Un hombre útil, una avanzada del Imperio.

Entró en la sala de espera para recoger el sombrero y el bastón que allí dejara. El inquieto muchacho todavía estaba allí, cosa que le extrañó. Un nuevo paciente, otro caballero, leía el *Field*.

Poirot observó al primero con el espíritu mejor dispuesto que antes. Aún conservaba su aspecto fiero (como si quisiera matar a alguien), pero no como un criminal, pensó Poirot. Sin duda, aquel joven bajaría luego la escalera feliz y sonriente sin desear mal a nadie.

El botones entraba para avisar muy decidido:

—Mister Alistair Blunt.

El hombre próximo a la mesa dejó sobre ella el *Field* al levantarse. Era un hombre bien vestido, ni gordo ni delgado, de edad y estatura medianas.

Salió tras el botones.

Uno de los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra, que, sin embargo, tenía que visitar al dentista como cualquier otro, y que, sin duda, sentía lo mismo que los demás.

Estas reflexiones pasaron por la mente de Hércules Poirot mientras, luego de coger su sombrero y bastón, se dirigía a la puerta. Miró de reojo al joven y pensó que aquel muchacho debía de tener un espantoso dolor de muelas.

En el vestíbulo se detuvo ante el espejo para atusarse el bigote, ligeramente despeinado a causa de las manipulaciones de Mister Morley.

Acababa su arreglo cuando el ascensor descendía de nuevo y el botones salió del fondo del recibidor silbando desafinadamente. Se cortó en seco al ver a Poirot y fue a abrirle la puerta.

Ante la casa acababa de detenerse un taxi, del que sobresalía el pie de quien iba a apearse. Poirot lo contempló con galante interés.

Un tobillo bonito, enfundado en una media de buena calidad, no es despreciable. El zapato no le gustaba. Modelo nuevo de charol con una hebilla reluciente. Movió la cabeza. No era elegante, sino provinciano.

La dama apeóse del coche, y al hacerlo enganchó el otro pie en la puerta y la hebilla saltó tintineando sobre la acera. Poirot se adelantó a recogerla, devolviéndola con una inclinación.

¡Cielos! La mujer que le dio las gracias estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años. Anteojos sujetos sobre la nariz. Cabellos descoloridos, pero cuidados. Ropas holgadas. Al darle las gracias se le cayeron sus lentes y luego su bolso.

Poirot, por amabilidad, ya que no por galantería, se los recogió.

Ella subió los escalones del número 58 de la calle de la Reina Carlota, y Poirot interrumpió al taxista en la contemplación de la exigua propina recibida.

—Está libre, *hein*?

El conductor repuso de mala gana:

—¡Oh, sí; estoy libre!

—Yo también —dijo Hércules Poirot—. ¡Libre de cuidados!

Observó el aspecto asombrado del taxista.

—No, amigo; no estoy borracho. Es que acabo de ver al dentista y no necesito volver en seis meses. Es una sensación muy agradable.

Capítulo II

Three, four, shut the door[2]

1

A las tres menos cuarto sonó el teléfono. Hércules Poirot, sentado en un butacón, se hallaba digiriendo tranquilamente el espléndido *lunch*, y, sin moverse, aguardó a que el fiel George atendiera a la llamada.

—*¡Eh bien!* —dijo cuando George, con un «Espere un momento, señor», dejaba el auricular.

—Es el inspector Japp, señor.

—¡Ajá!

Poirot acercó el receptor a su oído.

—*Eh bien, mon vieux* —dijo—, ¿cómo le va?

—Eso a usted, Poirot.

—Perfectamente.

—Me han dicho que esta mañana fue al dentista. ¿Es cierto?

Poirot murmuró:

—¡Scotland Yard lo sabe todo!

—¿A… a uno llamado Morley, de la calle Reina Carlota, número cincuenta y ocho?

—Sí —la voz de Poirot había cambiado—. ¿Por qué?

—¿Fue una visita intrascendente? Quiero decir… que no fue

usted allí con el propósito de irritarle.

—Naturalmente que no. Tuvo que arreglarme tres muelas, si es eso lo que le interesa saber.

—¿Le pareció que estaba… del mismo humor de siempre?

—Yo diría que sí. ¿Por qué?

La voz de Japp no se alteró al decir:

—Porque poco rato después se disparó un tiro.

—¿Qué?

Japp dijo, irónico:

—¿Le sorprende?

—Sí, francamente.

Japp siguió hablando…

—No estoy muy satisfecho. Me gustaría charlar con usted. Supongo que no le importará venir por aquí.

—¿Dónde está usted?

—En la calle Reina Carlota.

—Me reuniré con usted inmediatamente —prometió Poirot.

2

Un agente le abrió la puerta del número 58 preguntando respetuoso:

—¿Mister Poirot?

—El mismo.

—El inspector está arriba en el segundo piso. ¿Sabe dónde es?

—Estuve aquí esta mañana —repuso Hércules Poirot.

Tres hombres hallábanse en la habitación. Japp levantó la cabeza al entrar el detective.

—Celebro verle, Poirot. Ahora íbamos a levantar el cadáver. ¿Quiere verle primero?

Un hombre con un aparato fotográfico, que se hallaba arrodillado al lado del muerto, se levantó.

Poirot aproximóse. El cuerpo yacía junto a la chimenea.

El cadáver de Mister Morley estaba exactamente igual que en vida, a excepción de una agujerito ennegrecido en su sien derecha. Cerca de su mano extendida veíase un revólver de reducido tamaño.

Poirot movió la cabeza con pesar.

Japp dijo:

—Está bien; podéis sacarlo ya.

Japp y Poirot quedaron solos.

El primero dijo:

—Hemos terminado con los formulismos. Huellas dactilares, etcétera.

Poirot sentóse, diciendo:

—Cuénteme.

Japp humedecióse los labios para decir:

—*Puede* haberse disparado él mismo. Probablemente se *suicidó*. Solo hemos encontrado sus huellas dactilares en el revólver…, pero no me doy por satisfecho.

—¿Qué tiene que objetar?

—Bueno; para empezar parece que no existe razón alguna para que se suicidara… Gozaba de buena salud, ganaba mucho dinero, no tenía preocupaciones que se sepan, ni estaba ligado a ninguna mujer…, al menos… —Japp corrigiese con precaución—, no tanto que resultase comprometido. No estaba triste ni desanimado. A este respecto deseaba conocer su opinión. Usted le vio esta mañana. ¿Notó algo de particular?

Poirot negó con la cabeza.

—Absolutamente nada. Estaba… ¿Cómo le diré yo?… Muy normal.

—Luego es muy extraño, ¿no le parece? De todas formas, ¿cree usted que un hombre se suicidaría en sus horas de trabajo? ¿Por qué no esperar hasta la noche? Eso es lo más lógico.

Poirot asentía.

—¿Cuándo ocurrió?

—No puede precisarse. Parece ser que nadie oyó el disparo, y lo creo. Hay dos puertas entre esta habitación y el pasillo, y las dos están forradas de bayeta, supongo que para ahogar los gritos de los pacientes.

—Es muy probable. A veces meten mucho ruido.

—Cierto. Y además hay mucho tráfico en la calle y no debería gustarle que se oyera desde aquí.

—¿Cuándo le descubrieron?

—Cerca de la una y media. Lo encontró Alfred Biggs, el botones. Aunque no es un dato muy seguro. Según él, la paciente de las doce y media protestó de que la hicieran aguardar tanto. Sobre la una y diez el botones llamó a la puerta del consultorio. No obtuvo respuesta y no quiso entrar. Mister Morley le había reñido varias veces y temía no obrar correctamente. Volvió a bajar y la paciente marchóse furiosa a la una y cuarto… No se lo reprocho. Estar esperando cuarenta y cinco minutos a la hora de la comida…

—¿Quién era?

Japp hizo una mueca.

—Según el botones, *Miss* Shirty; pero en la agenda consta como Kirby.

—¿Qué sistema seguía para introducir a los clientes?

—Cuando Morley se disponía a recibir al siguiente tocaba ese timbre que ve usted allí y el botones le acompañaba hasta esta habitación.

—¿Y cuándo llamó Morley por última vez?

—A las doce y cinco, y el botones subió con Mister Amberiotis, del hotel Savoy, según consta en la mencionada agenda.

Una ligera sonrisa bailó en los labios de Poirot al comentar:

—¡Dios sabe lo que diría el muchacho en vez de un nombre tan difícil!

—¡Figúrese! Se lo preguntaremos si quiere reírse un poco.

Poirot preguntó:

—¿Y a qué hora salió Mister Amberiotis?

—El botones no le acompañó a la puerta, así que no lo sabe. Por lo visto muchos pacientes no bajan en el ascensor, y salen solos.

Poirot asintió.

Japp prosiguió:

—Telefoneé al hotel Savoy. Mister Amberiotis ha sido muy exacto. Dijo que había mirado su reloj al salir de la casa y que eran las doce y veinticinco exactamente.

—¿No le ha dicho nada de importancia?

—No, solo que el dentista estuvo muy natural, en sus ademanes y en su aspecto.

—*¡Eh bien!* —dijo Poirot—. Entonces está claro. Entre las doce y veinticinco y la una y media tuvo que suceder algo, seguramente más cerca de las doce y media.

—Cierto, porque en otro caso…

—En otro caso hubiera tocado el timbre para que subiera otro cliente.

—Exacto. El informe del forense concuerda: el doctor examinó el cuerpo a las dos y veinte y dice que no pudo morir más tarde de la una, probablemente mucho antes, aunque no quiere asegurar nada.

El detective dijo, pensativo:

—Luego a las doce y veinticinco nuestro hombre es un dentista normal, alegre y educado, competente. Y después, ¿qué? Desesperación, ruina…; lo que sea, y se dispara un tiro.

—Es curioso —dijo Japp—. Tiene que admitir que es curioso.

—Curioso no es la palabra.

—Es verdad, pero es lo que se acostumbra decir. Diré: es extraño, si es que le parece mejor así.

—¿Era suyo el revólver?

—No. No tenía pistola. Nunca la tuvo. Si hemos de creer a su hermana, en su casa no había cosa semejante. Como no la hay en la mayoría. Claro que pudo comprarla si había decidido quitarse la vida. De ser así, pronto lo sabremos.

Poirot preguntó:

—¿Le preocupa algo más?

Japp rascóse la nariz.

—Pues sí. La posición en que le encontramos. Yo no digo que no pudiera caer así, pero no es demasiado real. En la alfombra hay un rastro…, como si hubiesen arrastrado algo.

—Eso es muy sugestivo.

—Sí, a menos que no lo hiciera ese muchacho atolondrado. Tengo el presentimiento de que intentaría mover a Morley cuando le encontró. Claro que lo niega porque está asustado. Es un estúpido. De esos que siempre están metiendo la pata y recibiendo reprimendas, y por eso se acostumbran a mentir casi automáticamente.

Poirot fue observando la estancia pensativo.

El lavabo adosado a la pared detrás de la puerta, la salita que se veía por ella, el sillón y los aparatos quirúrgicos cerca de la

ventana; luego, la chimenea, el lugar donde yaciera el cuerpo y la puerta.

Japp siguió su mirada.

—Solo hay una salita pequeña —y abrió la puerta de par en par.

Era, como dijo, una habitación reducida, con un escritorio, una mesa con un quinqué, un servicio de té y algunas sillas. No tenía más puertas.

—Aquí es donde trabaja su secretaria, *Miss* Nevill —explicó Japp —. Parece ser que hoy está ausente.

Sus ojos encontraron los de Poirot, que dijo:

—Eso me contó, ahora que recuerdo. Eso… puede ser un punto contra la idea de suicidio.

—¿Quiere decir que la quitaron de en medio?

Japp hizo una pausa.

—Si no es suicidio, fue asesinato. Pero ¿por qué? Esta idea parece tan descabellada como la otra. Era un sujeto tranquilo e inofensivo. ¿Quién querría asesinarle?

Poirot rectificó:

—¿Quién pudo haberle asesinado?

Japp repuso:

—¡Casi nadie! Su hermana pudo bajar del piso de arriba y matarle, o uno de sus criados lo mismo. Su socio, Reilly, también. El botones. O alguno de sus pacientes, y entre ellos Amberiotis con más facilidad que los demás.

Poirot asintió.

—Pero, en ese caso…, tenemos que hallar la causa.

—Exacto. Hemos llegado al problema básico. El porqué. Amberiotis se hospeda en el Savoy. ¿Piara qué iba a venir un griego acaudalado a matar a un dentista inofensivo?

—Este va a ser el hueso. ¡El *móvil*!

Poirot encogióse de hombros al decir:

—Parece como si la muerte se hubiese equivocado de hombre. El griego enigmático, el rico banquero, el detective famoso, es natural que cualquiera de los tres hubiese sido asesinado, porque los extranjeros misteriosos pueden estar mezclados en espionaje; los ricos banqueros, tener parientes a quienes beneficiar con su muerte, y los detectives famosos, ser un peligro para los criminales.

—Mientras que el pobre Morley no era un peligro para nadie —

observó Japp lúgubremente.

—Eso creo.

Japp dio una vuelta en torno al detective.

—¿Qué está usted pensando?

—Nada. Cierta observación.

Y le refirió el comentario de Mister Morley sobre su facilidad para recordar las caras y el paciente que puso por ejemplo.

Japp pareció meditar.

—Es posible; era algo aventurado. Pudo ser alguien que no quiso ser reconocido. ¿No notó nada de particular en otros pacientes esta mañana?

—Observé a uno de ellos en la sala de espera, un joven, que tenía todo el aspecto de un asesino —repuso Poirot.

—¿Como? —dijo Japp, sorprendido.

Poirot sonrió.

—*Mon cher*, era cuando llegué. Estaba nervioso, fantaseaba; en fin, aprensiones. Todo me parecía siniestro: la sala de espera, los pacientes, hasta la alfombra de la escalera. Ahora creo que al joven debían de dolerle mucho las muelas. Eso es todo.

—Sí, puede ser —aceptó Japp—; sin embargo, investigaremos acerca de ese nombre y de todo el mundo, sea o no suicidio. Creo que lo primero que hay que hacer es volver a interrogar a *Miss* Morley. Solo hemos cruzado unas palabras. Ha sido un gran golpe para ella; pero no es persona que se deje abatir. Vayamos ahora a verla.

3

Arrogante y afligida, Georgina Morley escuchaba a los dos hombres respondiendo a sus preguntas con énfasis:

—¡Me parece increíble que mi hermano se haya suicidado!

Poirot intervino:

—¿Cree posible otra alternativa, señorita?

—¿Quiere decir… asesinato?

Hizo una pausa antes de continuar:

—Es verdad. Esta idea parece casi tan descabellada como la otra.

—Pero no *tanto*, ¿verdad?

—No, porque, ¡oh!, en el primero de los casos yo les hablo de algo que conozco, esto es, el estado de ánimo de mi hermano. Sé que no *tenía* esa idea en el cerebro, y que no había ninguna razón para que se quitara la vida.

—¿Le vio usted esta mañana, antes que empezara su trabajo?

—Sí, a la hora del desayuno.

—¿Y estaba como de costumbre? ¿No le encontró alterado?

—Lo estaba un tanto, pero no en el sentido que usted alude. Simplemente estaba contrariado.

—¿Y por qué causa?

—Le esperaba una mañana de mucho trabajo, y su secretaria y ayudante había tenido que marcharse.

—¿Se trata de *Miss* Nevill?

—¿Cuál es su trabajo?

—Lleva toda su correspondencia y, claro está, anota en la agenda la hora que corresponde a cada cliente, y sus fichas. También se ocupa de esterilizar el instrumental, preparar los empastes y ayudarle en su trabajo.

—¿Hacía tiempo que trabajaba con él?

—Tres años. Es una chica de toda confianza, y nosotros… la apreciamos mucho.

—Me dijo su hermano que tuvo que marcharse por tener una parienta enferma —comentó Poirot.

—Sí. Recibió un telegrama diciendo que su tía había sufrido un ataque. Se fue a Somerset en el primer tren.

—¿Y eso es lo que contrariaba tanto a su hermano?

—Sí… —hubo cierta vacilación en la respuesta de *Miss* Morley, que se apresuró a proseguir—: No deben creer que mi hermano fuese insensible. Es solo que por un momento pensó…

—¿Qué, *Miss* Morley?

—Pues que pudieran haberlo planeado premeditadamente. ¡Oh, comprendan! Yo estoy segura de que Gladys no haría nunca una cosa así, y se lo dije a Henry. Pero el caso es que está prometida a

un joven bastante indeseable, cosa que contrariaba a mi hermano, y se le ocurrió que ese joven pudiera haberla convencido para que se tomara un día de fiesta.

—¿Y eso es probable?

—No. Estoy segura de que no. Gladys es una chica consciente.

—Pero ¿es algo que podría haber salido de ese joven?

Miss Morley sorbió.

—Eso sí.

—¿A qué se dedica ese muchacho? A propósito, ¿cuál es su nombre?

—Carter, Francis Carter. Es, o era, empleado de Seguros, según tengo entendido. Perdió su trabajo hace unas semanas y parece que no es capaz de encontrar otro. Henry decía, y me atrevo a añadir que con razón, que es un indeseable. Gladys le prestaba algunos de sus ahorros, cosa que disgustaba a Henry.

Japp preguntó con intención:

—¿Trató su hermano de convencerla para que rompiera su noviazgo?

—Sí, lo hizo. Me consta.

—Luego es muy posible que Francis Carter estuviese resentido con su hermano.

—¡Qué tontería! Si es que quiere sugerir que Francis Carter mató a Henry… Es cierto que mi hermano le aconsejó que le dejase, pero ella no le hizo caso; está locamente enamorada de Francis.

—¿Existe alguna otra persona que usted considere capaz de odiar a su hermano?

Miss Morley negó con la cabeza.

—¿Se llevaba bien con su socio, Mister Reilly?

—¡Todo lo bien que puede uno llevarse con un irlandés! —repuso agriamente *Miss* Morley.

—¿Qué quiere usted decir, *Miss* Morley?

—Pues que los irlandeses tienen un genio muy vivo; se acaloran por cualquier cosa. A Mister Reilly le gustan las discusiones sobre política.

—¿Eso es todo?

—Sí. Mister Reilly tiene sus cosas, pero es muy hábil en su profesión, o por lo menos eso decía mi hermano.

Japp insistió:

—¿Qué cosas?

Miss Morley vacilaba.

—Bebe demasiado; pero, por favor, no lo digan a nadie.

—¿Hubo algún disgusto entre él y su hermano por este motivo?

—Henry le hizo un par de indicaciones. Para ser dentista —continuó *Miss* Morley— se necesita una mano firme, y un aliento alcohólico no inspira confianza.

Japp inclinó la cabeza, asintiendo. Luego, dijo:

—¿Puede decirnos algo referente a la posición económica de su hermano? Tengo entendido que era uno de los dentistas que más ganaban.

—Henry tenía buenos ingresos, que depositaba en su cuenta corriente. Los dos poseemos una pequeña renta que nos dejó nuestro padre.

Japp carraspeó ligeramente.

—¿Sabe si su hermano deja testamento?

—Sí. Y puedo decirles su contenido. Deja cien libras a Gladys, y el resto pasa a mi poder.

—Ya. Ahora…

Llamaron a la puerta con fuerza, apareciendo tras ella la cara de Alfred. Sus inquietos ojos repasaban a los dos visitantes al anunciar:

—Es *Miss* Nevill. Ha regresado… muy apenada. Pregunta si puede pasar.

Japp asintió.

—Dile que entre, Alfred —respondió *Miss* Morley.

—Muy bien —repuso el botones antes de desaparecer.

Miss Morley suspiró, y sin duda con mayúsculas silabeó:

—Este Muchacho Es Una Dura Prueba.

4

Gladys Nevill era una joven de unos veintiocho años, alta, rubia y

algo anémica. Aunque no ocultaba su congoja, veíasela capaz e inteligente.

Con el pretexto de dar un vistazo a los papeles de Mister Morley, Japp bajó con la joven a la salita contigua a la clínica, alejándola de *Miss* Morley.

La muchacha fue repitiendo varias veces:

—¡No puedo creerlo! Es increíble que Mister Morley hiciera una cosa así.

No parecía preocupada ni turbada.

—Hoy tuvo usted que marcharse fuera, *Miss* Nevill… —comenzó a decir Japp.

—Sí, y la verdad es que ha resultado todo una broma poco graciosa. Es imperdonable que hagan estas cosas.

—¿Qué quiere decir, *Miss* Nevill?

—Pues que no le ha pasado nada a mi tía. Nunca estuvo mejor. Se sorprendió al verme aparecer de repente. Claro que yo me alegré…, pero me puse furiosa. Mandar un telegrama y asustarme de ese modo.

—¿Conserva el telegrama?

—Lo tiré. Creo que en la estación. Solo decía: «Su tía ha sufrido un ataque esta noche. Por favor, venga en seguida».

—¿Está usted segura… (¡Bueno…!) —Japp carraspeó—, de que no fue su amigo Mister Carter quien lo envió?

—¿Francis? ¿Y para qué? ¡Oh! Comprendo; quiere usted decir que fue una broma entre nosotros. No, inspector. Ninguno de los dos haríamos una cosa semejante.

Su indignación parecía bastante natural, y a Japp le fue difícil calmarla. Al preguntarle por los pacientes de aquella mañana volvió a ser dueña de sí.

—Están anotados en la agenda. Me atrevo a decir que ya los habrá usted mirado. Los conozco a casi todos. A las diez, *mistress* Soames; vino a ponerse la dentadura postiza. Diez y media, *lady* Grant; es ya de edad y vive en la plaza Lowndes. Once, Mister Hércules Poirot; viene con regularidad. ¡Oh, claro, pero si es usted! Lo siento, Mister Poirot. ¡Estoy tan trastornada! Once y media, Mister Blunt; ya sabe, el banquero; cuestión de poco rato, porque Mister Morley le había limpiado las caries la última vez. Luego, *Miss* Sainsbury Seale. Había telefoneado a última hora quejándose de

dolor de muelas, y Mister Morley le hizo un hueco. Es muy parlanchína, nunca calla. Después, a las doce, Mister Amberiotis; es un paciente nuevo; pidió hora desde el Hotel Savoy. Mister Morley tenía muchos clientes extranjeros y americanos. Doce y media, *Miss* Kirby. Viene desde Worthing.

Poirot quiso saber:

—Cuando yo llegué estaba aquí un militar alto. ¿Quién sería?

—Supongo que uno de los pacientes de Mister Reilly. Puedo traerle su lista. ¿Quiere usted?

—Gracias, *Miss* Nevill.

Tras breves instantes de ausencia regresó con un libro parecido al de Mister Morley. Leyó:

—«A las diez, Bety Heath (Es una niña de nueve años); a las once, coronel Abercrombie…» —leyó.

—¡Abercrombie! —murmuró Poirot—. *C'était gal*

—«… a las once y media, Mister Howard Raikes. A las doce, Mister Barnes, y estos son todos los de esta mañana. Mister Reilly no tiene tantos clientes como Mister Morley».

—¿Puede decirnos algo sobre alguno de los pacientes de Mister Reilly?

—El coronel Abercrombie es cliente suyo desde hace mucho tiempo, y todos los niños de rnistress Heath visitan a Mister Reilly. No puedo decirle nada de Mister Raikes ni de Mister Barnes, aunque creo haber oído sus nombres. Yo atiendo todas las llamadas telefónicas. ¿Sabe usted?

—Podemos interrogar a Mister Reilly. Quisiera verle tan pronto como sea posible —dijo Japp.

Miss Nevill salió. El inspector dirigióse a Poirot:

—Todos clientes antiguos, menos Amberiotis. Voy a sostener una conversación muy interesante con Mister Amberiotis. Es la última persona, según consta, que vio vivo a Morley, y tenemos que asegurarnos de que cuando lo vio por última vez estaba vivo.

—Pero tendrá que probar el móvil.

—Ya lo sé. Eso va a ser lo más peliagudo. Puede que encontremos algo referente a Amberiotis en Scotland Yard. ¡Está usted muy pensativo, Poirot!

—Quisiera saber una cosa.

—¿Qué?

Poirot sonreía.

—¿Por qué el inspector Japp?

—¿Eh?

—Digo: ¿Por qué el inspector Japp? Un funcionario de su importancia… ¿es lógico que le llamaran para un mero caso de suicidio?

—A decir verdad, me encontraba cerca cuando sucedió. En la calle Wigmore, investigando un fraude muy ingenioso. Me telefonearon para que viniese aquí.

—Pero *¿por qué* le telefonearon?

—¡Oh, es muy sencillo! Por Alistair Blunt. En cuanto el inspector territorial oyó que había estado esta mañana aquí, llamó a Scotland Yard. Mister Blunt es de las personas que nos inquietan.

—¿Insinúa que existe quien desearía quitarle de en medio?

—Puede apostar a que los hay. Los rojos, y también nuestros amigos *camisas negras*. Mister Blunt y sus secuaces están respaldados por el Gobierno actual. Y nos ordenaron investigar por si hubiese habido el menor atentado contra él.

Poirot convino:

—Eso es más o menos lo que suponía, y de ahí mi presentimiento de que aquí hay… alguna *equivocación*. La víctima debía ser Alistair Blunt. ¿O esto es solo el comienzo…, el principio de alguna campaña? Me huelo…, me huelo… —husmeó el aire— que en este asunto hay mucho dinero por medio.

—Eso es mucho suponer.

—Imagino que *ce pauvre Morley* era solo un peón en este juego. Es probable que supiese algo, quizá dijese alguna cosa a Blunt… o temieran que *pudiera* decírsela.

Se detuvo al ver entrar a Gladys Nevill.

—Mister Reilly está ocupado en la extracción de una muela. Terminará dentro de unos diez minutos.

—Mientras tanto —dijo Japp—, hablemos de nuevo con Alfred, el botones.

5

En Alfred mezclábase nerviosismo, regocijo y un miedo cerval a que le acusaran de lo ocurrido. Solo llevaba quince días al servicio de Mister Morley, y durante ese tiempo no hizo nada a derechas. Las constantes censuras le habían hecho perder la confianza en sí mismo.

—Tal vez estuviera algo más irritado que de costumbre —dijo, respondiendo a una pregunta—, pero nada más que yo recuerde. Nunca habría pensado que iba a matarse.

—Cuéntanos todo lo sucedido —intervino Poirot—. Eres un testigo muy importante, y tus observaciones pueden sernos de gran utilidad.

El rostro de Alfred tornóse escarlata. Anteriormente ya había dado a Japp un breve resumen de los sucesos de la mañana, y se propuso ser más extenso sabiéndose un personaje importante.

—Puedo contarles lo que gusten; solo tienen que preguntar.

—Para empezar. ¿Sucedió algo anormal?

Alfred, tras reflexionar unos instantes, repuso:

—No. Todo estuvo como de costumbre.

—¿Vino alguna persona extraña?

—No, señor.

—¿Ni siquiera entre los pacientes?

—No sé lo que quiere decir. No viene nadie si no tiene pedida hora de antemano. Todos están anotados en la agenda.

Japp asintió.

—¿Pudo haber entrado alguien? —inquirió Poirot.

—No. A no ser que tuviera una llave.

—Y, en cambio, es fácil salir de la casa.

—¡Oh, sí! Como le digo, muchos lo hacen. A menudo bajan la escalera mientras yo subo en el ascensor con el nuevo cliente. ¿Sabe?

—Ya. Ahora dinos quién llegó primero y sigue con los demás. Si no recuerdas los nombres, descríbelos.

Alfred, luego de pensar un poco, explicó:

—Primero vino una señora con una niña para ver a Mister Reilly, y Mister Soap, o algo así, cliente de Mister Morley.

—Muy bien, continúa —dijo Poirot.

—Luego, otra señora de edad, muy elegante, que vino en un Daimler. Cuando ella salía llegó un militar alto, y después usted —dijo, señalando a Poirot.

—Perfectamente.

—Luego, vino el americano.

Japp preguntó interesado:

—¿Americano?

—Sí, señor. Un joven muy americano…, se le notaba en el acento. Vino temprano, ¡ya lo creo!, y eso que su hora era a las once y media, y, lo que es más, tampoco se esperó.

—¿Cómo es eso? —extrañóse el inspector Japp.

—Vine a buscarle a las once y media, cuando sonó el timbre de Mister Reilly… Puede que fuese algo más tarde…, las doce menos veinte…, y ya no estaba allí. Debió de acobardarse —y añadió con aire experimentado—: A veces lo hacen.

Poirot siguió interrogándole.

—Luego, debió de salir poco después que yo.

—Sí, señor. Usted salió cuando hube acompañado a un individuo que vino en un Rolls. ¡Oh, es magnífico el coche de Mister Blunt! Después de despedirle a usted llegó una señora. *Miss* Some Berry Seale o algo parecido, y luego… Bueno, a decir verdad, bajé a la cocina a tomar un bocadillo, y entonces sonó el timbre de Mister Reilly; así que subí, y, como le dije, el americano ya no estaba. Fui a decírselo a Mister Reilly, que juró y maldijo como tiene por costumbre.

—Continúa —dijóle Poirot.

—Déjeme pensar. ¿Qué pasó después? ¡Ah, sí! El timbre de Mister Morley para que subiera *Miss* Seale, y Mister Blunt salió mientras yo subía con ella en el ascensor. Luego, volví a bajar y llegaron dos caballeros, uno bajito de voz atiplada, no recuerdo su nombre. Querían ver a Mister Reilly. Y un extranjero grueso, a Mister Morley. *Miss* Seale terminó en seguida (en menos de un cuarto de hora). La acompañé hasta la puerta e hice subir al extranjero. Ya había acompañado a los caballeros de Mister Reilly cuando él llegó.

—¿Y no viste salir a Mister Amberiotis, el caballero extranjero? —le dijo Japp.

—No, señor. Debió de marcharse solo. Tampoco vi salir a los dos caballeros.

—¿Dónde estuviste de las doce en adelante?

—Siempre me siento en el ascensor, en espera de que llamen a la puerta o suenen los timbres.

—¿Y puede que estuviera leyendo? —aventuró Hércules Poirot.

Alfred volvió a enrojecer.

—No hay ningún mal en ello, señor. Lo hago cuando no tengo nada que hacer.

—Muy cierto. ¿Y qué leías?

—*Asesinato a las once cuarenta y cinco*. Una novela policíaca americana. ¡Estupenda! Todos son pistoleros.

Poirot sonrió ligeramente al decir:

—¿Oyes cerrarse la puerta principal desde allí?

—¿Quiere decir si salió alguna persona? No creo, pero sí sé que lo habría notado. El ascensor está al fondo del vestíbulo. Los timbres suenan allí, también el de la puerta. No puedo dejar de oírlos.

Poirot hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y qué pasó luego? —quiso saber él inspector.

Alfred frunció el entrecejo, esforzándose por recordar.

—Solo quedaba *Miss* Shirty. Esperé a que llamase Mister Morley, y en vista de que no la recibía, se marchó a la una y media, bastante enfadada.

—¿Y no se te ocurrió subir a ver si Mister Morley estaba preparado?

Alfred negó con la cabeza.

—No, señor. Ni soñarlo. Porque sabía que el último cliente estaba todavía arriba. Tenía que esperar a oír el timbre. Claro que de haber sabido lo que había hecho Mister Morley…

—¿El timbre suena antes que baje el paciente, o mientras baja? —preguntó Poirot.

—¡Oh, según! En general, cuando ya ha bajado la escalera. Si pide el ascensor, suena a veces mientras bajamos. Pero no hay regla fija. Alguna vez Mister Morley esperaba unos minutos antes de llamar. Cuando tenía prisa llamaba en cuanto salían de la habitación.

—Ya… —Poirot hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Te ha

sorprendido el suicidio de Mister Morley, Alfred?

—Me quedé de una pieza. No tenía motivos para hacer eso —los ojos de Alfred abriéronse desmesuradamente—. ¡Oh!… No habrá sido asesinado, ¿verdad?

—Suponiendo que sí, ¿te sorprendería menos? —intervino Poirot antes que Japp pudiera hablar.

—Pues no lo sé, señor. ¿Quién desearía asesinar a Mister Morley? Era…, era un hombre muy *corriente*. ¿De veras le han asesinado?

—Tenemos que considerarlo todo. Por eso te he dicho que podrías ser un testigo muy importante y que debieras probar de reconstruir todo lo sucedido esta mañana —repuso Poirot con gravedad.

Alfred frunció el entrecejo en un prodigioso esfuerzo de memoria.

—No puedo recordar nada más, señor. De veras.

El tono de Alfred convenciólos.

—Está bien. ¿Y estás seguro de que no vinieron más pacientes?

—Sí, señor. Y el novio de *Miss* Nevill…, muy enfadado por no encontrarla aquí.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Japp, receloso.

—Poco después de las doce. Al decirle que *Miss* Nevill pasaría el día fuera, pareció desconcertado y quiso ver a Mister Morley. Le dijo que estaría ocupado hasta la hora de comer, pero repuso que no importaba, que esperaría.

—¿Y esperó? —inquirió Poirot.

Los ojos de Alfred reflejaron asombro al decir:

—¡Oh, no había pensado en eso! Entró en la sala de espera, *pero más tarde no estaba allí*. Debió de cansarse de esperar y pensaría volver en otra ocasión.

6

Una vez hubo salido Alfred de la habitación, Japp, dijo, mordaz:

—¿Cree usted que era conveniente sugerir al muchacho la idea de asesinato?

Poirot encogióse de hombros.

—Yo creo que sí. Es un estímulo para hacerle recordar cosas olvidadas y que le hará estar alerta por lo que pudiera suceder.

—De todas maneras, no queremos darle este carácter tan pronto.

—*Mon cher*, Alfred lee novelas detectivescas. Está enamorado del crimen. Lo que se le escape a Alfred lo registrará su morbosa imaginación.

—Bien; acaso tenga razón, Poirot. Ahora vayamos a oír lo que tenga que decirnos Reilly.

* * *

La clínica y despacho de Mister Reilly, situada en el primer piso, era tan espaciosa como la de arriba, aunque no tan bien equipada, y con menos claridad.

El socio de Mister Morley era un hombre joven, alto y moreno, con un mechón rebelde de cabellos cayendo sobre su frente, voz atractiva y mirada astuta.

—Esperamos, Mister Reilly —le dijo Japp después de las presentaciones—, que nos dé alguna luz sobre este asunto.

—Están ustedes equivocados. No puedo —respondió el otro—. Solo les digo que Henry Morley era una persona incapaz de suicidarse. Yo podría hacerlo, pero él *no*.

—¿Por qué habría usted de suicidarse? —inquirió Poirot.

—Porque tengo mil preocupaciones. La primera: el dinero. Nunca supe adaptar mis gastos a mis ingresos. Morley era hombre cuidadoso. Estoy seguro de que no le encontrarán deudas.

—¿Y en cuestiones amorosas…? —insinuó Japp.

—¿Quién? ¿Morley? No sentía la alegría de vivir. ¡Pobre hombre! Estaba dominado por su hermana.

Japp pasó a interrogarle sobre los pacientes de aquella mañana.

—¡Oh! Todos los tengo anotados y a su disposición. La niña Betty Heath es una chiquilla muy mona. He ido a visitar a toda su familia. Uno tras otro. El coronel Abercrombie, también antiguo cliente…

—¿Y qué nos dice de Mister Howard Raikes? —preguntóle Japp.

Reilly hizo una mueca.

—¿El que se fue sin verme? Es la primera vez que viene. No sé nada de él. Telefoneó pidiendo hora.

—¿Desde dónde llamó?

—Desde el hotel Holborn Palace. Me parece que es americano.

—Eso dijo Alfred.

—Pues debe saberlo —aseguró Mister Reilly—. Es un fanático aficionado al cine Alfred.

—¿Y el otro paciente?

—¿Barnes? Es un hombrecillo gracioso y puntual. Empleado del Estado, ya retirado. Vive en Ealing.

Japp hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Qué puede decirnos de *Miss* Nevill?

Reilly arqueó las cejas.

—¿La secretaria rubia? ¡Nada en absoluto! Sus relaciones con Morley eran perfectamente honestas… Estoy seguro.

—Yo no he dicho que no lo fueran —respondió Japp, enrojeciendo ligeramente.

—Ha sido culpa mía —repuso Reilly—. ¿Querrá perdonar mi mentalidad suspicaz? Creí que podría ser un intento por su parte para *cherchez la femme*. Perdone que emplee su idioma —añadió, dirigiéndose a Poirot—: Tengo buen acento, ¿verdad? Es que he sido educado en un colegio de monjas.

Japp no aprobó esta impertinencia.

—¿Sabe algo del prometido de *Miss* Nevill? Se llama Carter, según creo. Francis Carter.

—Morley no le tenía en buen concepto —explicó Reilly—, y trató de que *Miss* Nevill rompiera con él.

—¿Eso pudo disgustar a Carter?

—Probablemente, muchísimo —convino Mister Reilly con regocijo.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Discúlpeme, pero *es* un suicidio lo que está investigando, no un asesinato.

—Y si lo fuese, ¿tendría algo que sugerir? —preguntó Japp, vivamente interesado.

—¡Lo que es yo, no! ¿Quién quiere que fuese? ¿Georgina? Es

mujer de temperamento, pero su moral es muy recta. Claro que yo pude subir fácilmente y matarle, pero no lo hice. En resumen, no puedo suponer que quisieran matarle; pero tampoco concibo que se suicidara.

Y añadió en otro tono de voz:

—A decir verdad, lo he sentido mucho. No deben juzgarme por mis modales. Estoy nervioso. Yo apreciaba al pobre Morley y le echaré mucho de menos.

7

Japp colgó el teléfono. Su rostro parecía preocupado al volverse hacia Poirot.

—Mister Amberiotis no se encuentra bien… y no podrá ver a nadie esta tarde. Pues a mí me recibirá… No se me escapa. Tengo a un agente en el Savoy dispuesto a detenerle si trata de escabullirse.

—¿Cree que Amberiotis mató a Morley? —dijo Poirot, pensativo.

—No lo sé. *Pero es la última persona que le vio vivo*. Y era un paciente nuevo. Según su relato, le dejó vivo y perfectamente a las doce y veinticinco. Eso puede ser o no verdad. Si Morley estaba con vida a esa hora, tendremos que reconstruir lo que pasara después. *Aún quedan cinco minutos antes de su próximo cliente*. ¿Entró alguien durante esos cinco minutos? ¿Carter? ¿Reilly? ¿Qué sucedió? A las doce y media, o todo lo más a la una menos veinticinco, *Morley falleció*; de otro modo, habría llamado o avisado de palabra si es que no pensaba recibir a *Miss* Kirby. Como no lo hizo, o bien fue asesinado o alguien le dijo algo que le trastornó hasta el punto de suicidarse.

Hizo una pausa.

—Voy a interrogar a todos los pacientes de esta mañana. Queda la posibilidad de que dijera algo a alguno de ellos que nos ponga sobre la pista segura.

Miró su reloj.

—Mister Alistair Blunt dijo que podría dedicarnos unos minutos a las cuatro y cuarto. Iremos a verle el primero. Su casa está en Chelsea Embankment, y luego *Miss* Sainsbury Seale, de paso para visitar a Amberiotis. Prefiero que sepamos lo más posible sobre este asunto antes de hablar con nuestro amigo griego. Después querría charlar con el americano, que según usted tenía cara de criminal.

Hércules Poirot movió la cabeza.

—De criminal, no; de dolor de muelas.

—Es lo mismo; veremos a Mister Raikes. Su comportamiento fue muy extraño para decidirlo ahora. Indagaremos sobre el telegrama de *Miss* Nevill, su tía y su novio. En resumen, lo investigaremos todo e interrogaremos a todo el mundo.

8

Alistair Blunt nunca se había presentado a la vista del público. Posiblemente debido a ser un hombre apacible y retirado. Quizá porque durante años había figurado más como príncipe consorte que como rey.

Rebeca Sanseverato, de soltera Arnholt, a los cuarenta y cinco años vino a Londres desilusionada. Era descendiente de la realeza de los ricos Su madre fue una heredera de la familia europea Rothersteins. Su padre, la cabeza de la Banca americana Arnholt. Rebeca, debido a la desgraciada muerte de sus dos hermanos y un primo en un accidente de aviación, fue la única heredera de una inmensa fortuna. Se casó con un aristócrata europeo de nombre famoso, el príncipe Felipe di Sanseverato. Tres años más tarde obtuvo el divorcio y la custodia del hijo de su matrimonio, después de pasar dos años de miseria con aquel canalla bien educado, cuya mala conducta era notoria. Pocos años más tarde, el niño murió.

Amargada por sus sufrimientos, Rebeca Arnholt dedicó a la

Banca su indudable capacidad para los negocios que llevaba en la sangre, y se asoció a su padre.

Después de muerto este, ella continuó siendo una figura poderosa del mundo de los negocios con sus inmensas posesiones. Se vino a Londres y enviaron a un joven socio de la casa londinense para entregarle varios documentos. Seis meses después el mundo estremecióse al saber que Rebeca Sanseverato iba a contraer nuevas nupcias con Alistair Blunt, un hombre casi veinte años más joven que ella.

Hubo las consiguientes burlas… y sonrisas. Rebeca, según sus amistades, era una tonta en lo referente al sexo masculino. Primero, Sanseverato; ahora, aquel muchacho. Claro que él se casaba solo por su dinero. Iba hacia el segundo desastre. Pero ante la sorpresa general el matrimonio fue un éxito. Los que profetizaron que Alistair Blunt gastaría su caudal en otras mujeres, se equivocaron. Permaneció fiel a su esposa. Incluso diez años después de su fallecimiento, al heredar toda su fortuna, no volvió a casarse, viviendo su vida apacible y sencilla. Era un genio para los negocios, lo mismo que lo fuera su compañera. Sus decisiones e intervenciones eran seguras; su honradez, indiscutible. Dominaba los vastos intereses de Arnholt y Rotherstein con sus dotes extraordinarias.

Apenas frecuentaba la sociedad. Poseía una casa en Kent y otra en Norfolk donde pasar los fines de semana; no en alegres francachelas, sino con unos pocos amigos pacíficos y tragones. Era aficionado al golf, y jugaba bastante bien. Le gustaba ocuparse en su jardín y en pequeños entretenimientos.

Este es el retrato del hombre a cuyo encuentro iba el inspector Japp y Hércules Poirot en un taxi bastante desvencijado.

La Casa Gótica era muy conocida en Chelsea Embankment. Su interior era lujoso, de una sobriedad muy costosa. No muy moderno, pero sí muy confortable.

Alistair Blunt no los hizo aguardar.

—¿El inspector Japp?

Esta adelantóse, para presentarle a Hércules Poirot. Blunt le miró con interés.

—Desde luego conozco su nombre, *monsieur* Poirot, y creo haberlo oído hace muy poco… —se detuvo, tratando de recordar.

Poirot dijo:

—Esta misma mañana, señor, en la sala de espera de *ce pauvre Morley*.

Alistair Blunt desarrugó la frente.

—Claro, sabía que le había visto en alguna parte —volvióse a Japp—. ¿En qué puedo servirle? He sentido muchísimo lo ocurrido al pobre Morley.

—¿Le ha sorprendido, Mister Blunt?

—Muchísimo. Claro que sé muy poco de él, pero le consideraba incapaz de suicidarse.

—¿Así que esta mañana le pareció alegre y lleno de salud?

—Eso creo…, sí —Alistair Blunt se detuvo; luego, prosiguió con sonrisa infantil—: La verdad es que soy un cobarde cuando se trata de ir al dentista, y odio esa ruedecilla que le meten a uno en la boca. Por eso no me fijé en nada hasta que hube terminado y me dispuse a salir. Pero debo decir que entonces parecía natural, de buen humor y ocupado en su trabajo.

—¿Iba a la consulta a menudo?

—Creo que es la tercera o cuarta vez. No me molestaron las muelas hasta el año pasado.

Hércules Poirot preguntó:

—¿Quién le recomendó a Mister Morley?

Blunt frunció el entrecejo, haciendo un esfuerzo para concentrarse.

—Déjeme que piense… Tuve dolor de muelas… Alguien me dijo que viera a Morley, de la calle Reina Carlota… No… Aunque me maten, no recuerdo quién fue… Lo siento…

Poirot dijo:

—Si lo recuerda, ¿querrá comunicárnoslo?

Alistair Blunt le observó con curiosidad.

—Sí, desde luego. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Quizá pueda importarnos mucho —dijo Poirot.

Mientras bajaban los escalones de la entrada, se detuvo un automóvil ante la mansión. Era de tipo deportivo…, uno de esos coches de cuyo interior es necesario salir por partes.

La joven que así lo hizo era toda brazos y piernas. Acababa de apearse cuando los dos hombres enfilaban la calle.

La muchacha los vio marchar en pie en la acera. De pronto gritó:

—¡Eh!

Sin comprender que la llamada iba dirigida a ellos, no se volvieron y la joven repitió:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Ustedes!

Detuviéronse para volverse con aire interrogador. La muchacha se aproximó a ellos. Seguía dando la impresión de ser toda brazos y piernas. Era alta, delgada, y en su rostro había una inteligencia y vivacidad que reemplazaba su falta de belleza. Era morena y de piel muy tostada.

Dirigióse a Poirot:

—Sé quien es usted…, el detective Hércules Poirot —su voz era cálida y profunda con algo de acento americano.

—Para servirle —dijo Poirot.

La muchacha miraba a su compañero.

—El inspector Japp —presentó Poirot.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente…, casi con susto, y habló con cierto desasosiego.

—¿Qué han estado haciendo aquí? No le habrá pasado nada a tío Alistair, ¿verdad?

Poirot se apresuró a decir:

—¿Por qué piensa usted eso, *Miss*…?

—No, ¿verdad? Gracias a Dios.

Japp repitió la pregunta de Poirot.

—¿Qué le hace pensar que le haya ocurrido algo a Mister Blunt, *Miss*…? —se detuvo, interrogándola.

La chica dijo mecánicamente:

—Olivera. Jane Olivera —luego, echóse a reír—. ¿No es verdad que ver sabuesos en la puerta sugiere una tragedia?

—Me satisface decir que no le ha sucedido nada a Mister Blunt, *Miss* Olivera.

Esta miró de frente a Poirot.

—¿Los llamó para algo?

Japp repuso:

—Nosotros vinimos a verle, *Miss* Olivera, para ver si podía iluminarnos sobre el caso de suicidio ocurrido esta mañana.

Ella dijo, interesada:

—¿Suicidio? ¿Quién fue? ¿Y dónde?

—El dentista Mister Morley, de la calle Reina Carlota, número

cincuenta y ocho.

—¡Oh! —dijo Jane Olivera, añadiendo impulsivamente—: ¡Oh, pero eso es absurdo! —y dando media vuelta los dejó sin más ceremonias, subiendo al galope la escalera de la Casa Gótica, que abrió ella misma con su llave.

—¡Bueno! —dijo Japp, contemplándola—. Esto es algo inaudito.

—Interesante —observó Poirot.

Japp miró su reloj y detuvo un taxi.

—Tenemos tiempo para ver a *Miss* Sainsbury Seale de paso para el Savoy.

9

Miss Sainsbury Seale hallábase tomando el té en el vestíbulo, escasamente iluminado, del hotel Glengowrie Court.

Sorprendióse al ver a los policías vestidos de paisano, pero su agitación fue debida a su naturaleza afable.

Poirot pudo observar con disgusto que aún no había cosido la hebilla de su zapato.

—No sé adonde podríamos ir para hablar privadamente —dijóles mirando a su alrededor—. Es difícil; es la hora del té… ¿No querría tomar una taza? Y su amigo…

—Yo no, gracias —respondió Japp—. Este es Mister Hércules Poirot.

—¿De veras? ¿Cierto que no tomarían un poco de té? ¿No? Bien, podemos probar en el salón, aunque suele llenarse. ¡Oh, veo un rincón al fondo que va a desocuparse! Podemos ir allí.

Los condujo hasta un sofá y dos butacas situados en un ángulo. Poirot y Japp la siguieron; El primero recogió el chal y un pañuelo que *Miss* Sainsbury Seale dejó caer por el camino y se lo devolvió.

—¡Oh, gracias! ¡Soy tan descuidada! Ahora, por favor, inspector, pregúnteme lo que guste. ¡Es un caso tan desconcertante! ¡Pobre

hombre! Supongo que tendría alguna preocupación. ¡Vivimos en una época tan difícil!

—¿Le pareció angustiado, *Miss* Seale?

—Pues… —*Miss* Sainsbury Seale reflexionó antes de responder —. No puedo decir que lo estuviera. Pero quizá no me diera cuenta debido a las *circunstancias*. Me temo que soy bastante *cobarde*.

Miss Sainsbury Seale acarició sus rizos.

—¿Puede decirnos quién más había en la sala de espera mientras estuvo usted allí?

—Veamos… Cuando entré solo vi a un joven. Pensé que debían de dolerle mucho las muelas, porque hablaba en voz baja con mirada de animal herido, volviendo las hojas de una revista sin ton ni son. De repente se puso en pie y salió. Debía de tener un dolor muy fuerte.

—¿No sabe si abandonó la casa al salir de la habitación?

—No lo sé. Me figuré que no podía esperar más para ver al dentista. Pero no debió de ver a Mister Morley, porque unos instantes más tarde vino el botones para acompañarme.

—¿Volvió a entrar en la sala de espera al salir?

—No. Me peiné y me puse el sombrero arriba. Algunas personas —continuó *Miss* Sainsbury Seale— dejan sus sombreros *abajo*, en la sala de espera, pero yo *no*. A una amiga mía le ocurrió algo muy desagradable. Estrenaba un sombrero y lo dejó sobre una silla; cuando volvió a buscarlo, no querrá usted creerlo, una niña se había sentado encima, dejándolo como una torta. ¡Estropeado…, completamente estropeado!

—Una catástrofe —dijo Poirot con gentileza.

—La culpa fue de la madre —prosiguió *Miss* Sainsbury Seale—. Las madres deben vigilar a sus hijos. Las criaturas no quieren hacer ningún daño, pero hay que vigilarlas.

Japp insistía.

—Entonces, ¿ese joven fue el único cliente que encontró en el número cincuenta y ocho de la calle Reina Carlota?

—Cuando subía para ver a Mister Morley, bajaba por la escalera un caballero… ¡Oh!… Y recuerdo a un extranjero muy peculiar que salía de la casa cuando yo llegué.

Japp carraspeó.

—Ese era yo, *madame* —intervino Poirot con dignidad.

—¡Oh Dios mío! ¡Era usted! Perdóneme, soy tan corta de vista, y esto está tan oscuro, ¿verdad? Yo alardeo de tener buena memoria, para las caras, pero hay muy poca luz aquí, ¿verdad? Perdone mi lamentable equivocación.

Consolaron a la dama y Japp preguntó:

—¿Está segura de que Mister Morley no dijo nada de…, por ejemplo, de que aguardaban una entrevista desagradable esta mañana? ¿O algo parecido?

—No. Estoy segura.

—¿No mencionó a un paciente llamado Amberiotis?

—No, no. No dijo nada, excepto, claro está, lo que los dentistas suelen decir.

Por la mente de Poirot pasaron veloces las palabras: «Enjuagúese», «Abra la boca un poco más», «Puede cerrarla».

Japp, mientras, advertía a *Miss* Seale que quizá tuviese que prestar su testimonio ante el Jurado.

Después de exhalar un grito ahogado, *Miss* Sainsbury Seale pareció acoger la idea con agrado. A la primera insinuación de Japp les contó toda la historia de su vida.

Había llegado de la India hacía seis meses. Estuvo hospedada en varios hoteles y casas de huéspedes hasta que al fin vino al hotel Glengowrie Court, que le gustaba por su ambiente familiar; en la India vivió casi siempre en Calcuta, trabajando como misionera y profesora de declamación.

—Inglés puro; lo más importante es pronunciar bien. ¿Sabe, inspector? Cuando niña trabajé en el teatro. ¡Oh, solo en papeles sin importancia! ¡En provincias! Pero tenía grandes ambiciones y repertorio. Hice una gira por todo el mundo… Shakespeare, Bernard Shaw… —suspiró—. Lo que nos pierde a las mujeres es el corazón… y la piedad de nuestros corazones. Me casé de pronto, y lo dejé todo. Y bien que me engañó. Recobré mi nombre de soltera. Una amiga me prestó un pequeño capital, y monté mi escuela de declamación. Formé una sociedad dramática de aficionados. Ya le enseñaré algunos programas.

El inspector Japp conocía ese peligro. Escabullóse mientras *Miss* Seale iba diciendo:

—… Y si por casualidad debiera aparecer mi nombre en los periódicos, como testigo en el juicio, claro, ¿ya sabe cómo se

escribe? Mabelle Sainsbury Seale. Mabelle se escribe MABELLE, y Seale, SEALE. Y si quisieran mencionar mi actuación en *Como tú quieras*, en el teatro de Oxford…

—¡Claro, claro! —el inspector Japp casi salió huyendo.

En el taxi suspiró, mientras se secaba el sudor de su frente.

—Es preciso investigar por si todo fuesen mentiras… Aunque no lo creo.

Poirot movió la cabeza.

—Los mentirosos no son tan circunstanciales, ni tan inconsecuentes.

Japp proseguía;

—Temo que haga demasiada comedia en el juicio (muchas solteronas lo hacen), pero habiendo sido actriz será mucho peor. ¡Pues no es poca propaganda para ella!

—¿De veras la quiere como testigo? —le preguntó Hércules Poirot.

—Probablemente, no. Veremos —hizo una pausa antes de continuar—: Estoy más convencido que nunca, Poirot. *Esto no fue un suicidio*.

—¿Y el móvil?

—Dejémoslo de momento. Suponga que Morley hubiese seducido a la hija de Amberiotis.

Poirot, en silencio, trató de imaginar a Mister Morley en el papel de seductor de una muchacha griega, pero fracasando.

Recordó a Japp que Mister Reilly dijo que su socio no sentía la alegría de vivir.

Japp repuso vagamente:

—¡Oh, nunca se sabe lo que puede pasar en un crucero! —y añadió con satisfacción—: Sabremos a qué atenernos cuando hablemos con ese individuo.

Pagó al taxista y luego entraron en el Savoy.

Japp preguntó por Mister Amberiotis.

El encargado miróle con bastante extrañeza.

—¿Mister Amberiotis? Lo siento, señor; pero me temo que no podrá verle.

—¡Oh, sí que puedo! —saltó Japp, enseñando sus credenciales.

El encargado repuso:

—No me ha entendido, señor. *Mister Amberiotis ha fallecido hace*

media hora.

A Hércules Poirot le pareció como si acabasen de cerrar una puerta sin hacer ruido.

Capítulo III

Five, six, pick up sticks[3]

1

Veinticuatro horas más tarde Japp telefoneaba a Poirot. Su tono era amargo.

—¡Ya está todo aclarado!

—¿Qué quiere decir, amigo mío?

—Que Morley se suicidó. Ya sabemos el motivo.

—¿Cuál fue?

—Acabo de recibir el informe del doctor acerca de la muerte de Amberiotis. No voy a repetirle las palabras técnicas, pero en lenguaje sencillo le diré que ha fallecido a consecuencia de una dosis abusiva de adrenalina y procaína. Le atacó el corazón y ha sufrido un colapso. Cuando anoche nos dijo que no se encontraba bien, el pobre diablo solo decía la verdad. Pues bien, en conclusión: adrenalina y procaína es la mezcla que los dentistas inyectan en las encías, anestesia local. Morley, por error, inyectó una dosis extraordinaria, y cuando se dio cuenta de lo que había hecho no fue capaz de arrostrar las consecuencias y se disparó un tiro.

—¿Con una pistola que no tenía? —preguntó Poirot.

—Pudiera ser que la tuviera. Los familiares no lo saben todo. Le sorprendería la de cosas que ignoran a veces.

—Eso sí es verdad.

—Bueno…, ya ve usted: es una explicación lógica de lo sucedido.

Poirot dijo:

—¿Pues sabe que no me satisface del todo? Es cierto que algunos pacientes reaccionan desfavorablemente ante esas anestesias. Es bien conocida la idiosincrasia de la adrenalina, que, combinada con procaína, produce efectos tóxicos, aun empleada en pequeñas dosis. Pero el doctor o el dentista que la hubiera empleado no acostumbra suicidarse.

—Sí, pero usted se refiere a los casos en que el empleo del anestésico sea normal. En esas circunstancias, el cirujano no tiene nada que reprocharse. Es la idiosincrasia del paciente la causa de su fallecimiento. Pero en este caso está bien claro que le administraron una dosis excesiva. Aún no se conoce la cantidad exacta (parece ser que esos análisis llevan mucho tiempo), pero es seguro que fue una dosis fuera de lo normal. Eso significa que Morley debió de equivocarse.

—Incluso en ese caso —dijo Poirot— sería un error y no un asunto criminal.

—Sí, pero ¿qué bien iba a hacerle en su profesión? Habría sido su ruina. Nadie visita a un dentista capaz de administrarle dosis mortales de veneno solo porque es un tanto distraído.

—Admito que hay algo de verdad.

—Esas cosas suceden a médicos…, farmacéuticos. Durante años son cuidadosos y de toda confianza, y luego, en un momento de distracción, el mal está hecho, y los pobres diablos pagan las consecuencias. Morley era hombre sensible. En el caso de un médico, siempre hay un farmacéutico o un preparador a quien echar la culpa, o con quien compartirla. En este caso, Morley era el único responsable.

—¿Y no habría dejado algún mensaje diciendo lo hecho, que no era capaz de afrontar las consecuencias, o algo por el estilo? ¿O unas palabras para su hermana?

—Tal como yo lo veo, no. Al darse cuenta de lo ocurrido, perdería el dominio de sus nervios y eso le hizo tomar el camino más corto.

Poirot no respondió.

Japp seguía hablando.

—Le conozco, viejo amigo. Una vez que usted mete las narices en un caso de muerte, quiere que *sea* asesinato. Confieso que esta vez he sido yo quien le ha metido en esto. Bueno, me equivoqué, lo confieso. Se acabaron las explicaciones.

—Yo sigo pensando que puede haber otra explicación.

—Y muchísimas. He pensado en ello, pero todas me parecen demasiado fantásticas. Supongamos que Amberiotis matase a Morley y una vez en su casa se suicidase presa de remordimientos utilizando drogas sustraídas de la clínica de Morley. Si esto le parece probable, yo lo considero *increíble*. En el Yard hemos encontrado un informe de Amberiotis muy interesante. Comenzó en Grecia con una casa de huéspedes reducida, y luego se mezcló en la política. Dedicóse al espionaje en Alemania y Francia…, con lo que hizo algo de dinero. Pero así no se hacía rico lo bastante aprisa, y se cree que llevaría a cabo algunos chantajes. No era persona escrupulosa nuestro Amberiotis. El año pasado estuvo en la India y les sacó dinero a los príncipes nativos con bastante desparpajo. Lo difícil era encontrar pruebas contra él. ¡Escurridizo como una anguila! Queda otra posibilidad. Que hubiese utilizado el chantaje con Morley, y este, aprovechando la ocasión, le inyectara adrenalina y procaína con la esperanza de que el veredicto fuese: «Accidente desgraciado» por idiosincrasia o algo por el estilo. Luego, una vez se hubo marchado su víctima, Morley, presa de remordimientos, se suicida. Eso es posible, pero no puedo imaginar a Morley como asesino consciente. No. Estoy casi seguro de que fue como dije primero: una lamentable equivocación cometida en una mañana de excesivo trabajo. Tendremos que dejarlo así, Poirot.

—Ya —dijo el detective con un suspiro—. Ya veo…

Japp añadió, con amabilidad:

—Sé lo que siente, viejo amigo; pero no puede tratarse siempre de un asesinato. Todo lo que puedo decir a modo de disculpa es la frase tan sabida: «¡Siento haberle molestado!». Adiós.

Y colgó el receptor.

2

Hércules Poirot hallábase sentado ante su moderno y elegante escritorio. Siempre le gustaron los muebles modernos. Prefería simplicidad y solidez a los contornos suaves de los modelos antiguos.

Ante él, una hoja de papel, y en ella escritos algunos nombres seguidos de comentarios.

En primer lugar:

Amberiotis. Espía. ¿Para qué vino a Inglaterra? El año pasado estuvo en la India durante un período de motines e intranquilidad. Pudiera ser un agente comunista.

Luego de un espacio, venía lo siguiente:

¿Frank Carter? Morley no le tenía en buen concepto. Recientemente fue despedido de su empleo. ¿Por qué?

Luego, tan solo un nombre entre interrogantes:

¿Howard Raikes?

Después una frase con admiración:

Pero ¡esto es absurdo!

Hércules Poirot piensa. En el exterior pasó un pájaro llevando paja en el pico para construir su nido. El detective semejaba bastante un pájaro, allí sentado con su cabeza de forma ovoidal ladeada.

Hizo otra anotación:

¿Mister Barnes?

Luego de una pausa escribió:

¿Clínica de Morley? Rastro sobre la alfombra. Posibilidades.

Consideró estos datos durante algún tiempo.

Al cabo, levantándose, pidió su sombrero y el bastón y salió a la calle.

3

Tres cuartos de hora más tarde Hércules Poirot asomaba por la estación del Metro de Ealing Broadway, y cinco minutos después llegó a su destino, el número 88 de Castlegardens Road.

Era una casa pequeña, y la pulcritud de su jardín hizo brotar una frase de elogio de Hércules Poirot:

—¡Admirable simetría! —murmuró.

Mister Barnes se hallaba en casa y el detective fue introducido en un reducido comedor. Le vemos en el momento en que entra Mister Barnes.

Este es un hombre de corta estatura, ojos chispeantes y bastante calvo. Miraba a su visitante por encima de sus lentes, mientras en su mano izquierda sostenía la tarjeta que Poirot diera a la doncella, diciéndole con su voz aguda, casi de falsete:

—¡Vaya, vaya! ¿Mister Poirot? Me honra usted,

—Debe perdonar que me presente tan de improviso.

—Es la mejor manera —dijo Mister Barnes—, y la hora también. A las siete menos cuarto, en esta época del año, sé encuentra siempre a la gente en casa. Siéntese, Mister Poirot. Sin duda tendremos de qué hablar acerca del número cincuenta y ocho de la calle Reina Carlota, ¿eh?

—Supone usted bien; pero ¿por qué cree que hemos de hablar

sobre eso precisamente?

—Mi buen amigo —repuso Mister Barnes—, estoy retirado desde hace tiempo del Ministerio de la Gobernación, pero aún no me he enmohecido del todo. Donde hay algún negocio oculto es muchísimo mejor que no intervenga la Policía. ¡Llamaría la atención!

—Quiero hacerle otra pregunta. ¿Por qué supone que hay un negocio oculto?

—¿Y no es así? Pues bien: en mi opinión debería haberlo —inclinóse hacia adelante golpeando con sus lentes el brazo de su sillón—. En el Servicio Secreto no es el pececillo quien interesa, sino los peces gordos, pero para llegar a ellos es necesario no asustar a los pececillos.

—Me parece, Mister Barnes, que sabe usted más que yo.

—No sé nada en absoluto; solo ordeno los factores.

—¿Y uno de ellos es…?

—Amberiotis —fue la inmediata respuesta de Mister Barnes—. Olvida usted que estuve sentado frente a él en la sala de espera durante un par de minutos. *Él* no me conocía. Soy un ser insignificante, pero yo le conocía muy bien, y podría adivinar lo que vino a hacer aquí.

—¿Y qué es ello?

Mister Barnes parpadeó más que nunca.

—Somos muy cargantes en este país. Conservadores hasta la medula. Refunfuñamos siempre, pero no deseamos realmente cambiar nuestro gobierno democrático y probar nuevos experimentos. Eso es lo que descorazona a ese agitador extranjero que insiste una y otra vez. Desde su punto de vista, lo peor es que nuestra nación es solvente, casi como ninguna otra de Europa en la actualidad. Para trastornar a Inglaterra de verdad hay que desbaratar su economía, y para eso vino. No se puede mandar una economía al diablo cuando la dirige un hombre como Alistair Blunt.

Mister Barnes hizo una pausa antes de continuar:

—Blunt es el hombre que en su vida privada siempre paga sus cuentas religiosamente, vive dentro de lo que le permiten sus ingresos, lo mismo si gana dos peniques, o varios millones al año. Es de esos tipos. Y cree que una nación puede hacer igual. Nada de experimentos costosos, ni de gastos de posibles utopías. Por eso…,

por eso ciertas personas han determinado que Blunt debe marcharse.

—¡Ah! —exclamó Poirot.

—Sí —le dijo Mister Barnes—, sé de lo que hablo. Existen varios tipos. Algunos muy agradables: cabellos largos, ojos ansiosos y llenos de ideales para un mundo mejor. Otros no tanto, más bien repugnantes, furtivos como ratoncillos con barbas y acento extranjero. Y otro grupo perteneciente al tipo camorrista. Pero todos tienen la misma idea: Blunt debe irse.

Recostóse en su silla y luego volvió a inclinarse hacia adelante.

—¡Barramos el antiguo régimen! A los Conservadores, Los Sin Corazón, Cabezas duras y a los suspicaces hombres de negocios. Ese es su lema. Quizá tengan razón. No lo sé, solo sé una cosa: se necesita algo que pueda sustituir al antiguo régimen. No que solo *suene* bien. No es necesario llegar a eso. Estamos hablando de factores concretos, no de teorías abstractas. Quite las vigas y el edificio se derrumbará. Blunt es uno de los puntales del actual estado de cosas.

Barnes proseguía:

—*Van tras Blunt. Lo sé*. Y según mi opinión, *ayer por la mañana casi le eliminan*. Puedo equivocarme, pero ya se ha intentado antes. Me refiero al método empleado.

Hizo una pausa y luego, despacio, mencionó tres nombres. Un canciller del Tesoro muy hábil, un fabricante inteligente y próspero y un prometedor joven político que ganó las simpatías del público. El primero murió en la mesa de operaciones; el segundo, de una extraña enfermedad reconocida demasiado tarde, y el tercero, atropellado por un automóvil.

—Es muy sencillo —seguía diciendo Mister Barnes—. El practicante poco diestro causó la muerte del canciller al anestesiarle; eso puede suceder. En el segundo caso, los síntomas eran confusos. Era probable que el doctor, a pesar de ser un médico famoso, no los reconociera, y en el tercer caso, una madre ansiosa por reunirse con su hijito enfermo conducía el coche a toda marcha. Un trance sentimental. El jurado la absolvió. Todo perfectamente natural y pronto olvidado. Pero yo puedo decirle *dónde están ahora esas personas*. El practicante ha establecido por su cuenta un laboratorio de investigaciones de primera clase, sin reparar en

gastos. El doctor no ejerce. Posee un yate y una casita en las afueras. Y la madre educa a sus hijos en los mejores colegios y viven en una linda casita con gran jardín y *ponyes* para que monten durante las vacaciones. En todas las profesiones y pasos de la vida, siempre hay *alguien* vulnerable a la tentación. En nuestro caso, Morley *no quiso serlo*.

—¿Cree usted que fue así? —preguntó Hércules Poirot.

—Sí. No es fácil librarse de uno de esos grandes hombres. Están muy protegidos. El ardid del coche es arriesgado y no siempre tiene éxito. Pero un hombre está completamente indefenso en la silla de su dentista.

Quitóse los lentes para limpiarlos, volviendo a colocárselos antes de proseguir.

—¡Esta es mi teoría! Morley *no quiso hacerlo*. Sabía demasiado y le eliminaron.

—¿*Eliminaron*? —inquirió Poirot.

—Al hablar en plural me refiero a la organización que se esconde detrás de todo esto. Claro que lo haría una sola persona.

—¿Quién?

—Bien podría tratar de adivinarlo… —repuso Mister Barnes—; pero sería solo por adivinar y pudiera equivocarme.

—¿Reilly? —pronunció despacio el detective.

—¡Pues claro! Si es la persona indicada… Puede ser que él no se lo propusiera a Morley. Lo que había que hacer era llevar a Blunt a su socio en el último momento; por haber enfermado súbitamente o algo por el estilo. Reilly habría ejecutado el trabajo… y hubiese habido otro lamentable accidente: fallecimiento de un famoso banquero, y el desgraciado dentista comparece ante el Juzgado en tal estado de temor y desesperación, que es puesto en libertad. Luego, abandona la odontología y se instala cómodamente viviendo de una renta de varios miles al año.

Mister Barnes miró de hito en hito a Poirot.

—No crea que estoy inventando. Esas cosas suceden a menudo.

—Sí, sí, ya lo sé.

Mister Barnes se dispuso a continuar, golpeando con su mano una novela de portada espeluznante que había a su lado sobre una mesita.

—Leo mucho sobre esas organizaciones de espías. Algunas son

fantásticas. Pero es curioso, *ninguna es más fantástica que la realidad*. Hermosas aventureras, hombres siniestros con acento extranjero, bandas, asociaciones internacionales y asesinos. Le asombraría leer impresas algunas cosas que yo sé. ¡Nadie las creería ni por un segundo!

—¿Cuándo aparece Amberiotis, según su teoría? —preguntó Poirot.

—No estoy seguro. *Creo* que fue el encargado de dar el golpe. Más de una vez ha desempeñado un doble papel, y me atrevo a decir que estaba planeado así. Es solo una idea mía.

Hércules Poirot prosiguió lentamente:

—Y de ser ciertas sus suposiciones…, ¿qué pasará después?

Mister Barnes rascóse la nariz.

—Pues que tratarán de quitarle de en medio —dijo—. ¡Oh sí! Lo intentarán otra vez. El tiempo apremia. Blunt tiene quien le vigila y hay que extremar las precauciones. No puede hacerlo un hombre con un revólver escondido detrás de un arbusto. Es demasiado crudo, y buscarán entre la gente respetable, sus parientes, criados, el farmacéutico que prepara sus medicinas, el vinatero que le vende el oporto. Alistair Blunt representa muchos millones, y es maravilloso lo que la gente es capaz de hacer por…, digamos una renta de cuatro mil dólares al año.

—¿Tanto?

—Posiblemente más…

Poirot habló al cabo de unos momentos de silencio:

—Reilly fue el primero de quien sospeché. Había un rastro sobre la alfombra como si hubiesen arrastrado el cuerpo. Si Morley fue asesinado por un paciente no hubiese habido necesidad de mover el cadáver. Por eso sospeché desde el principio que no le dispararon en la clínica, sino en su despacho, que está en la habitación de al lado. Eso significaría que el asesino fue alguien de su propia casa.

—¡Claro! —convino Barnes.

Hércules Poirot le tendió la mano.

—Gracias —le dijo—. Me ha servido de gran ayuda.

4

De regreso, el detective se detuvo en el hotel Glengowrie Court.

Y como resultado de esta visita, a la mañana siguiente muy temprano llamó a Japp.

—*Bonjour, mon ami*. Es hoy la vista de la causa, ¿verdad?

—Sí. ¿Va usted a ir?

—Me parece que no.

—Creo que no vale la pena.

—¿Piensa llamar a *Miss* Sainsbury Seale como testigo?

—La adorable Mabelle, ¿por qué no puede llamarse sencillamente Mabel? ¡Estas mujeres me vuelven loco! No, no voy a llamarla. No es necesario.

—¿Ha sabido algo de ella?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Suposiciones. Puede ser que le interese saber que *Miss* Sainsbury Seale salió del hotel Glengowrie Court hace dos noches, antes de cenar… y aún no ha vuelto.

—¿Qué? ¡Se ha escondido!

—Esa es una posible explicación.

—Pero ¿por qué? Sabe que no es sospechosa. Nos dijo la verdad. Cablegrafié a Calcuta antes de saber la causa de la muerte de Amberiotis, de otro modo no me habría molestado, y ayer noche me contestaron. La conocen hace años y todo es cierto…, excepto que desvirtuó algo su matrimonio. Se casó con un estudiante hindú y luego supo que había tenido otros enlaces. Así que volvió a usar su nombre de soltera dedicándose a buenas obras. Está en buenas relaciones con los misioneros, enseñaba declamación y los ayudaba en las representaciones teatrales de aficionados. En resumen, lo que yo llamo una mujer terrible, pero definitivamente fuera de sospecha de asesinato. Y *ahora* me dice que ha desaparecido. No lo entiendo. ¿No será que se ha cansado ya del hotel? Puedo averiguarlo.

Poirot le dijo:

—Su equipaje sigue allí. No se llevó nada consigo.

Japp lanzó una blasfemia.

—¿Cuándo se marchó?

—Cerca de las siete menos cuarto.

—¿Qué dicen en el hotel?

—Están muy angustiados.

—¿Por qué no avisan a la Policía?

—Porque, suponiendo que una dama quiere pasar la noche fuera (por raro que parezca en este caso), pudiera muy justamente ofenderse a su regreso al ver que llamaron a la Policía. La dueña, *mistress* Harrison, llamó a varios hospitales por si hubiera sufrido un accidente. Cuando yo fui pensaba dar parte. Mi aparición fue como una respuesta a sus plegarias. Me hice cargo de todo, explicándole que recurriría a la ayuda de un detective discreto.

—Y supongo que ese detective discreto será usted mismo, ¿verdad?

—Supone usted bien.

—De acuerdo. Me reuniré con usted en el hotel Glengowrie Court después del juicio.

5

Japp dijo, refunfuñando mientras aguardaba a la dueña del hotel:

—¿Por qué habrá desaparecido esa mujer?

—Es curioso, ¿verdad?

No hubo tiempo para más comentarios. *Mistress* Harrison, propietaria del Glengowrie Court, estaba antes ellos, semillorosa y muy angustiada por *Miss* Sainsbury Seale. ¿Qué pudo haberle ocurrido? Rápidamente expuso varias desgracias posibles: Pérdida de memoria, repentina indisposición, una hemorragia, atropello, robo, asalto, secuestro…

Se detuvo para respirar y murmuró:

—Una señora tan agradable…, que parecía encontrarse tan a gusto aquí…

A petición de Japp los acompañó hasta el dormitorio ocupado por la dama desaparecida. Todo estaba pulcro y ordenado. Los

vestidos, colgados en el armario; el camisón, preparado sobre la cama; en un rincón, las dos modestas maletas de *Miss* Sainsbury Seale, y bajo el tocador, una hilera de zapatos…, algunos deportivos, dos pares de fantasía adornados con lazos de ante y altos tacones; otros «salón» de raso negro para noche, prácticamente nuevos, y un par de zapatillas.

Poirot observó que los zapatos de vestir eran un número más cortos que los de día, factor que podía atribuirse a coquetería o a los juanetes. Preguntábase si habría tenido tiempo de coserse la hebilla de su zapato antes de salir. Ojalá fuera así, le desagradaba el desaliño en el vestir.

Japp se entretenía revisando unas cartas que encontró en un cajón del tocador. Hércules Poirot abrió otro lleno de ropa interior, volviéndolo a cerrar, murmurando que «por lo visto *Miss* Sainsbury Seale prefería la ropa de lana». Se dispuso a abrir otro cajón lleno de medias.

—¿Ha encontrado algo, Poirot?

Poirot repuso, mostrándole un par:

—De la talla diez, seda barata; probablemente le costaron dos chelines y once peniques.

Japp dijo:

—No pensará presentarlas como prueba. Aquí hay dos cartas de la India, y un par de recibos de una organización benéfica. Un personaje muy estimable *Miss* Sainsbury Seale.

—Pero con muy poco gusto para vestir —comentó Poirot.

—Puede ser que lo considere mundano —Japp anotaba una dirección de una carta fechada meses antes—. Esta gente acaso sepa algo de ella. Su amistad parece bastante íntima.

Ya no había más que investigar en el hotel Glengowrie Court. Les dijeron que *Miss* Sainsbury Seale no parecía preocupada ni excitada cuando salió, y todo, les hizo suponer que pensaba regresar, puesto que al tropezarse en el vestíbulo con su amiga, *mistress* Bolitho, le gritó:

—Después de cenar te enseñaré ese punto que te dije.

Además, en el hotel era costumbre avisar en el comedor si se comía o cenaba fuera, y la señorita en cuestión no lo hizo. Todo indicaba que había pensado volver a la hora de la cena, que servían de siete y media a ocho y media.

Mas no regresó. Se fue por la calle Cromwell para desaparecer.

Japp y Poirot se dirigieron a la dirección de la carta hallada, West Hampstead.

Era una casa de buen aspecto y los Adams gente simpática y con mucha familia. Habían vivido en la India durante muchos años, y hablaron con cariño de *Miss* Sainsbury Seale. Sin embargo, no les sirvieron de ayuda.

Dejaron de verla un mes antes, más exactamente desde que regresaron de las vacaciones de Pascua. Entonces se hospedaba en un hotel cerca de la plaza Russell. *Mistress* Adams les dio la dirección y otra de unos amigos angloindios que vivían en Streatham.

Los dos hombres fracasaron en ambos lugares. *Miss* Sainsbury Seale se hospedó en el hotel, pero la recordaba vagamente como una señora apacible que había vivido en el extranjero. La familia de Streatham tampoco pudo ayudarlos. No había visto a la dama desde febrero.

Quedaba la posibilidad de un accidente, pero también fue descartado. No había ingresado en ningún hospital nadie que respondiera a sus características.

Miss Sainsbury Seale se había desvanecido en el aire.

6

A la mañana siguiente Poirot se dirigía al hotel Holborn Palace para preguntar por Mister Howard Raikes.

No le habría sorprendido que también Mister Raikes se hubiese marchado una tarde, sin regresar. Sin embargo, Howard Raikes todavía se hallaba en el Holborn Palace y, según le dijeron, desayunándose.

La aparición de Hércules Poirot ante la mesa pareció proporcionar un dudoso placer a Mister Raikes. Aunque su aspecto

no era tan feroz como recordaba el detective, su ceño era formidable. Mirándole de frente le preguntó:

—¿Qué diablos le trae por aquí?

—¿Me permite?

Hércules Poirot acercó una silla perteneciente a otra mesa.

—¡Qué más me da! ¡Siéntese y haga como si se encontrase en su casa! —le dijo Mister Raikes.

Poirot, sonriente, se tomó el permiso.

—Bien, ¿qué es lo que desea?

—¿Me recuerda usted bien, Mister Raikes?

—No lo he visto en mi vida.

—Está usted equivocado. No hace ni tres días que estuvimos sentados en la misma estancia durante cinco minutos por lo menos.

—No puedo recordar a todo el que tropiezo por esas malditas reuniones.

—No fue en una fiesta —dijo el detective—, sino en la sala de espera de un dentista.

Un ligero sobresalto brilló en los ojos del joven para morir al instante. Sus modales cambiaron; dejó de mostrarse agresivo y se mantuvo a la expectativa.

—¿Y bien?

Poirot le fue estudiando cuidadosamente antes de responder. Aquel hombre era peligroso. Rostro estrecho y famélico; mandíbula agresiva y ojos de fanático, aunque atractivo para las mujeres. Descuidado, casi mal vestido, y comía con una voracidad muy significativa para su observador. Poirot se dijo: «Es un lobo astuto».

—¿Qué diablos busca usted aquí? —preguntó Raikes.

—¿Le desagrada mi visita?

—Ni siguiera sé quién es usted.

—Le ruego me perdone.

Poirot extrajo una tarjeta de su cartera.

De nuevo aquel indefinible sobresalto volvió a apoderarse de Mister Raikes. No era miedo…, sino más bien agresividad.

Le devolvió la tarjeta.

—¿Así que ese es usted? He oído hablar de usted.

—Y mucha gente —dijo el detective sin modestia.

—Un detective privado, y de los caros. De los que alquila la gente que no le importa el dinero… cuando se trata de salvar sus

miserables pellejos…

—Bébase el café —dijo Hércules Poirot amablemente—. Se le quedará frío.

Raikes le miró de hito en hito.

—Dígame: ¿qué clase de insecto es usted?

—De todas maneras, en este país el café es muy malo; pero frío…, peor.

—Lo es —convino Raikes.

—Si se deja enfriar, es imposible tomarlo.

El joven inclinóse hacia adelante.

—¿Qué busca? ¿Qué le ha traído aquí?

Poirot se encogió de hombros.

—Quería… verle a usted.

—¡Ah!, ¿sí? —repuso Mister Raikes con sarcasmo.

Sus ojos se entornaron.

—Si es dinero lo que busca, se equivoca usted. Mi gente no puede comprar lo que desea. Será mejor que vuelva con quien le paga.

Poirot dijo con un suspiro:

—Nadie me ha pagado nada… todavía.

—¡No me diga!

—Es la verdad —repuso Hércules Poirot—: Estoy perdiendo un tiempo precioso sin que nadie me recompense. Simplemente, como diríamos…, por satisfacer mi curiosidad.

—Y supongo que el otro día en casa del maldito dentista lo que estaba haciendo era satisfacer su curiosidad.

Poirot movió la cabeza.

—Parece usted olvidar que la razón ordinaria de hallarse en la sala de espera de un dentista es aguardar a que le revise la dentadura.

—¿Así que era eso lo que usted hacía allí?

El tono de Mister Raikes denotaba incredulidad.

—Cierto.

—Me perdonará si no lo creo.

—¿Puedo preguntar a mi vez, Mister Raikes, qué hacía usted allí?

Mister Raikes parpadeó nerviosamente al decir:

—¡Ya lo vio usted! También aguardaba turno.

—¿Tal vez le dolían las muelas?

—Eso es, muchacho.

—Pero, de todas maneras, se marchó sin que le atendieran.

—¿Y qué? Eso es asunto mío.

Hizo una pausa, y luego dijo en tono iracundo:

—¿A qué diablos viene toda esta conversación inútil? Usted estaba allí para vigilar a su pez gordo. Bueno, y está ileso, ¿verdad? No le ha sucedido nada a su precioso Alistair Blunt. Usted no tiene nada contra mí.

—¿Adonde fue usted cuando salió tan de improviso de la sala de espera? —prosiguió Poirot.

—Desde luego, fuera de la casa.

—¡Ah! —el detective miró al techo—. Pero nadie le vio salir, Mister Raikes.

—¿Y eso qué importa?

—¿No?… Recuerde que poco después una persona murió en aquella casa.

—¡Ah!, ¿se refiere al dentista?

La voz de Poirot tenía un timbre de dureza al decir:

—Sí, a él me refiero.

—¿Y usted intenta colgarme el sambenito? ¿Es eso lo que pretende? No puede hacerlo. Ayer leí la síntesis del proceso. El pobre diablo se suicidó por equivocarse al administrar una anestesia local, provocando la muerte a uno de sus pacientes.

Poirot seguía inconmovible:

—¿Puede usted probar que, efectivamente, abandonó la casa cuando dice? ¿Hay alguien que pueda atestiguar dónde estuvo entre las doce y la una?

—Quiere cargármelo a mí, ¿eh? Supongo, que Blunt le paga para que investigue.

Poirot suspiró:

—Me perdonará, pero creo que para usted es una obsesión Mister Alistair Blunt. No estoy bajo sus órdenes ni nunca lo estuve. A mí no me atañe su integridad personal, sino la muerte de un hombre que se desenvolvía muy bien en su profesión.

—Lo siento. No lo creo. Usted es el detective privado de Mister Blunt, pero no podrá salvarle. Tendrá que desaparecer con todo lo que representa. Habrá nuevas negociaciones…, el viejo sistema

bancario se acabará…, y esta maldita red de banqueros de todo el mundo se desvanecerá como una tela de araña. Tendrán que marcharse todos. No tengo nada contra Blunt personalmente…, pero es el tipo de hombre que aborrezco. Mediocre…, presumido. De los que dicen: «No pueden romperse las bases de la civilización». ¡Que espere y verá! Es un obstáculo en el camino del progreso y tiene que ser reemplazado. Hoy en día no hay lugar en el mundo para hombres como Blunt…, hombres que miran al pasado…, que viven como sus padres y sus abuelos. Tenemos bastantes seres como ese en Inglaterra, corazones disecados, inútiles símbolos de una era en decadencia, y, ¡cielos!, tiene que marcharse. Tiene que haber un mundo nuevo. ¿Me lo trae usted?

—Ya veo, Mister Raikes, que es usted un idealista —repuso Poirot, mientras suspiraba y se levantaba de su asiento.

—¿Y qué si lo soy?

—Demasiado idealista para preocuparse por la muerte de un dentista.

Mister Raikes dijo, resentido:

—¿Qué importa que muera un miserable dentista?

—A usted no le importa. A mí, sí. Esta es la diferencia que hay entre nosotros.

7

Cuando Poirot regresó a su casa, George le anunció la visita de una dama.

—Está…, ejem…, un poquito nerviosa, señor.

Puesto que la señora no había dado su nombre, Poirot se tomó la libertad de adivinarlo, y se equivocó, pues la joven que se puso en pie agitadísima al verle entrar era la última secretaria de Morley, *Miss* Gladys Nevill.

—¡Oh Mister Poirot! Siento tanto molestarle así. En realidad no

sé como he tenido valor para venir… Temo que me crea muy osada. No quisiera hacerle perder el tiempo…; sé lo que significa para un hombre tan ocupado…, pero estoy tan triste… No le molestaré mucho… No…

Conocedor del carácter inglés, Poirot sugirió la idea de tomar una taza de té. La reacción de *Miss* Nevill fue la que era de esperar.

—Gracias, Mister Poirot, es muy amable por su parte. No hace mucho que me he desayunado, *pero una taza de té siempre apetece*, ¿no es verdad?

Poirot, que nunca lo tomaba, asintió cortésmente, George recibió las instrucciones oportunas al efecto y en brevísimo tiempo el detective y su visitante vieron ante ellos una bandeja con el servicio.

—Debo pedirle perdón —dijo *Miss* Nevill recobrando su aplomo habitual bajo la influencia del brebaje—, pero la verdad es que el juicio de ayer me trastornó bastante.

—Lo creo —dijo Poirot amablemente.

—No había ninguna razón que motivara mi presencia, pero alguien tenía que acompañar a *Miss* Morley. Claro que Mister Reilly también fue…, pero yo me refiero a una *mujer*. Además, a *Miss* Morley no le agrada Mister Reilly. Así que creí mi deber ir.

—Fue una gentileza por su parte —dijo el detective para halagarla.

—¡Oh, no!, yo *debía* hacerlo. Ya sabe que he trabajado con Mister Morley durante varios años…, y lo sucedido fue un gran golpe para mí…, y, claro, el proceso lo agravó…

—Me temo que sí.

Miss Nevill se inclinaba hacia adelante con ansiedad.

—Pero están equivocados, Mister Poirot. Todo es un error.

—¿Quiénes están equivocados, *mademoiselle*?

—No puede haber sucedido…, como dicen; me refiero a que le diera una dosis excesiva de anestésico. Eso no puedo creerlo.

—Usted cree que no fue así.

—Estoy segura. Algunas veces los pacientes no la asimilan bien, pero es porque son fisiológicamente ineptos…, porque su corazón no funciona normalmente, pero una superdosis es algo muy raro. Los odontólogos están tan acostumbrados a la cantidad empleada, que en ellos se convierte en un hábito mecánico por completo…

Automáticamente ponen la cantidad requerida.

Poirot asintió.

—Sí, eso es lo que yo creo.

—Siempre utilizan la misma cantidad. No como un farmacéutico, que prepara diferentes combinaciones de dosis múltiples, donde un error puede producirse sin intención. Ni un doctor, cuyas recetas son tantas y tan diferentes. Un dentista es muy distinto.

Poirot quiso saber:

—¿No pidió que le permitieran hacer estas observaciones durante el interrogatorio del forense?

Gladys Nevill negó con la cabeza mientras retorcía sus manos, inquieta.

—Ya verá —dijo al fin—. Temía empeorar las cosas. Claro que sé que Mister Morley no hizo una cosa así…, pero eso haría que la gente creyese… que lo había hecho deliberadamente.

Poirot hizo un gesto de asentimiento. La muchacha continuó:

—Por eso he venido a verle, Mister Poirot. Porque nuestra conversación no será *oficial*… Pero yo creo que alguien debe saber… lo poco *convincente* que es todo esto…

—Nadie desea saberlo —le repuso Poirot.

Ella le miró extrañada.

—Quisiera saber algo más de aquel telegrama que recibió pidiéndole que se marchara.

—Con sinceridad, no sé qué pensar, Mister Poirot. Es tan raro. Quien lo envió conoce bien mi vida… y la de mi tía…, su residencia y lo demás.

—Sí. Parece como si lo hubiese escrito uno de sus amigos íntimos, o alguien que viviera en la casa y la conociera muy bien.

—Ninguno de mis amigos haría una cosa así, Mister Poirot.

—¿No sospecha de nadie?

La muchacha vacilaba. Al fin dijo, despacio:

—Solo al principio, cuando supe que Mister Morley se había suicidado, pensé si lo habría enviado él.

—¿Quiere decir que en consideración a usted quiso que no estuviera presente?

La joven asintió con la cabeza.

—Esa idea me parece algo fantástica, aunque hubiese pensado

suicidarse. Es muy extraño. Francis, mi novio, se mostró muy poco comprensivo al principio. Me acusó de querer marcharme a pasar el día con otra persona…, como si yo fuese a hacer una cosa semejante.

—¿Hay alguien más?

Miss Nevill enrojeció.

—No. Claro que no. Pero Francis ha estado tan extraño últimamente…, tan variable y desconfiado. La verdad es que, como usted sabe, había perdido su empleo y no le era posible encontrar otro. Es malo para un hombre no tener nada que hacer. Me sentía muy angustiada.

—Se disgustó al saber que se había marchado, ¿verdad?,

—Sí. Venía a decirme que había encontrado un nuevo empleo…, algo maravilloso…, diez libras semanales. Y no pudo esperar. Quería que lo supiera en el acto. Y que se enterara también míster Morley, porque le dolía su desprecio, y que influyera en mí contra él.

—Lo cual es cierto, ¿verdad?

—Sí, en cierto modo. Claro que Francis ha perdido muchos empleos y no ha sido lo que se dice muy… *seguro*. Pero ahora será distinto. Yo creo que uno puede hacer mucho bajo la influencia de otra persona. Si un hombre sabe lo que una mujer espera de él, procura realizar ese ideal.

Poirot suspiró. Mas no hizo comentario alguno. Había oído el mismo argumento a cientos de mujeres, con la misma fe ciega en el poder redentor de su amor. Suponía cínicamente que por lo menos una vez entre mil *pudiera* ser cierto.

Y entonces dijo:

—Me gustaría hablar con su novio.

—Y a mí también, Mister Poirot. Pero ahora su único día libre es el domingo. Toda la semana la pasa en el campo.

—¡Ah!, en su nuevo empleo. A propósito, ¿en qué consiste?

—Pues no lo sé con exactitud. Me figuro que alguna secretaría o departamento del Gobierno. Solo sé que tengo que escribirle a Londres y de allí le remiten las cartas.

—Es un poco extraño. ¿No le parece?

—Sí, pero Francis dice que hoy en día es muy corriente.

Poirot la miró unos instantes sin hablar. Al cabo dijo

deliberadamente:

—Mañana es domingo. ¿Me harían el honor de comer conmigo en el Logan's Corner House? Me gustaría que discutiéramos este desgradable asunto.

—Gracias, Mister Poirot. Yo… Sí, estoy segura de que nos encantará comer en su compañía.

8

Frank Carter era un muchacho joven, de mediana estatura y aspecto elegante. Hablaba deprisa y con facilidad. Sus ojos, demasiado juntos, movíanse inquietos de un lado a otro.

Mostróse receloso y hostil.

—No tenía idea de que íbamos a comer con usted, Mister Poirot. Gladys no me dijo nada.

Al hablar dirigía una mirada contrariada a su novia.

—Lo decidimos ayer —sonrió Poirot—. *Miss* Nevill está muy trastornada por las circunstancias del fallecimiento de Mister Morley y quizá si nos uniéramos…

—¿La muerte de Morley? —le interrumpió Francis Carter—. ¡Estoy harto de este asunto! ¿Por qué no puedes olvidarle, Gladys? No ha sido nada extraordinario, que yo sepa.

—¡Oh, Francis!, no creo que debas hablar así. Me ha dejado cien libras. Ayer me dieron la carta en que lo dice.

—Esto está bien. Pero, después de todo, ¿por qué no había de hacerlo? Te hacía trabajar como una negra…, ¿y quién cobraba las facturas importantes? Él, desde luego.

—Bien; es cierto, pero me pagaba un buen sueldo.

—No, según *mis ideas*. Eres demasiado modesta, Gladys querida. Conocía a Morley. Sabes tan bien como yo que hizo lo que pudo para que me dieses calabazas.

—¡Él no comprendía!

—Comprendía perfectamente. Ahora está muerto; de otro modo puedo decirte que hubiese sabido lo que pienso.

—Y fue a decírselo en la mañana de su defunción, ¿verdad? —preguntó el detective con amabilidad.

Francis Carter dijo de malos modos:

—¿Quién le ha dicho eso?

—Fue usted a eso, ¿verdad?

—¿Y qué? Deseaba ver a *Miss* Nevill.

—Pero le dijeron que no estaba.

—Sí, y eso me hizo sospechar bastante. Le dije a ese tonto pelirrojo que esperaría para ver a Morley. Ya duraba demasiado su interés en ponerla contra mí. Quería decirle que ya no era un pobre desgraciado sin trabajo, que tenía un buen empleo y que ya era hora de que Gladys lo supiera y fuera pensando en su *trousseau*.

—Pero no se lo dijo.

—No. Me cansé de esperar en aquel mausoleo oscuro y me fui.

—¿A qué hora salió?

—No me acuerdo.

—Entonces, ¿a qué hora llegó?

—No lo sé. Me figuro que poco después de las doce.

—Y estuvo allí una media hora… ¿Más? ¿Menos?

—Le digo que no lo sé. No soy de esos que siempre están mirando el reloj.

—¿Había alguien más en la sala de espera?

—Había un gordiflón cuando entré, pero no estuvo mucho tiempo. Luego, me quedé solo.

—Así, pues, debió de salir antes de las doce y media, porque a esa hora llegó una dama.

—Puede ser. Aquel lugar me crispaba los nervios.

Poirot contemplábale pensativo. El fanfarrón estaba inquieto. No parecía muy sincero, aunque bien podría ser solo los nervios.

Con tono cordial le dijo el detective:

—*Miss* Nevill me ha dicho que ha tenido la suerte de encontrar un buen empleo.

—El sueldo es bueno.

—Me dijo que diez libras semanales.

—Sí. No es despreciable, ¿verdad? Demuestra que puedo ganarlo cuando me empeño.

Fanfarroneaba un poco.

—Sí. ¿Es un trabajo pesado?

—No demasiado —contestó Francis, cauteloso.

—¿E interesante?

—¡Oh!, sí, mucho. Hablando de trabajos, siempre me ha interesado saber cómo averiguan las cosas ustedes, los detectives. Supongo que eso de las corazonadas de Sherlock Holmes habrá pasado a la historia. ¿Muchos divorcios?

—Yo no me dedico a eso.

—¿De veras? Entonces no sé cómo vive.

—Me las arreglo, amigo mío, me las arreglo.

—Pero usted siempre está en lo alto, ¿verdad, Mister Poirot? —intervino Gladys Nevill—. Así lo decía Mister Morley. Quiero decir que a usted lo llama la nobleza, el Ministerio de Gobernación…, duquesas…

Poirot se sonrió para decir:

—Me confunde usted, *mademoiselle*.

9

Poirot, de vuelta a su casa por las calles solitarias, iba pensativo.

Al llegar telefoneó a Japp.

—Perdone que le moleste, inspector; quisiera saber si hizo alguna averiguación con respecto al telegrama que enviaron a Gladys Nevill.

—¿Todavía indagando? Sí, se hizo. El telegrama fue enviado con bastante perspicacia, pues la tía vive en Richbourne, en Somerset, y fue redactado en Richbarn…, ya sabe, el suburbio londinense.

Hércules dijo:

—Sí. Fue una medida inteligente. Si el destinatario miraba desde donde fue remitido, Richbarn es tan parecido a Richbourne, que convencería.

Hizo una pausa.

—¿Sabe lo que opino?

—¿Qué?

—Que hay un cerebro que dirige este asunto.

—Hércules Poirot quiere que sea asesinato, y tiene que serlo.

—¿Cómo se explica el telegrama?

—Coincidencia. Alguien quiso gastar una broma a la muchacha.

—¿Y por qué?

—¡Oh, por Dios, Poirot! ¿Por qué se hacen estas cosas? Bromas. Inocentadas. Un equivocado sentido del humor, ¡qué sé yo! ¿Por qué es usted tan horriblemente suspicaz?

—Y alguien tuvo la ocurrencia de sentirse con ganas de broma precisamente el día que Morley iba a equivocarse al poner una inyección.

—Pudo haber ciertas causas y efectos. Al hallarse ausente *Miss* Nevill, Morley estuvo más ocupado que de costumbre y, en consecuencia, más predispuesto a cometer un error.

—No me satisface del todo.

—Yo diría… ¿No ve adonde le conduce su punto de vista? Si alguien quiso librarse de *Miss* Nevill, sería probablemente el propio Morley, que hubiese premeditado matar a Amberiotis.

Poirot no contestó. Japp siguió diciendo:

—¿Lo ve?

Poirot repuso:

—A Amberiotis pudieron matarle de otra manera.

—Pero no él. Nadie fue a verle al Savoy. Comió en su habitación. Los médicos dicen que la droga le fue inyectada, no ingerida por vía bucal…, no tenía nada en el estómago. Ahí tiene. Es un caso claro.

—Eso es lo que se pretende que creamos.

—Scotland Yard está conforme.

—¿Y también lo está con lo de la dama desaparecida?

—¿El caso de la Dama Evaporada? No. No puedo decir eso; aún están trabajando en ello. Esa mujer tiene que estar en alguna parte. Uno no puede salir a la calle y desaparecer.

—Pues ella parece que lo hizo.

—De momento. Pero tiene que estar en algún sitio, viva o muerta, y yo no creo que esté muerta.

—¿Por qué no?

—Porque habríamos encontrado su cadáver.

—¡Oh, Japp! ¿Es que los cadáveres aparecen tan pronto?

—Supongo que insinúa que ha sido asesinada y que la encontraremos en una cantera cortada a pedacitos, como *mistress* Ruxton.

—Al fin y al cabo, usted sabe, *mon ami*, que algunas personas desaparecen y no vuelve a saberse de ellas.

—Muy rara vez, amigo mío. Desaparecen montones de mujeres, pero solemos encontrarlas perfectamente. Nueve de cada diez se hallan en compañía de algún hombre. Pero no creo que este sea el caso de nuestra Mabel, ¿verdad?

—Eso no se sabe nunca —dijo Poirot—. Pero no lo creo. ¿Así que está seguro de poder encontrarla?

—La encontraremos. Hemos publicado su fotografía en la Prensa y dado su descripción por la B.B.C.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Imagino que eso traerá consecuencias.

—No se preocupe. Encontraremos a su bella desaparecida con su ropa interior de lana y todo.

Y colgó.

George entró en la estancia con su habitual parsimonia para depositar sobre la mesita una taza humeante de chocolate con sus correspondientes bizcochos.

—¿Desea algo más el señor?

—Estoy perplejo, George.

—¿De veras, señor? Lo siento.

El detective, muy pensativo, tomó un sorbo de chocolate.

George, que conocía esos síntomas, aguardó en pie. En algunas ocasiones, Hércules Poirot discutía sus casos con su criado. Siempre dijo que encontraba sus comentarios muy acertados.

—Sin duda estarás enterado de la muerte de mi dentista, ¿no es así, George?

—¿Mister Morley? Sí, señor. Muy lamentable. Según tengo entendido, se suicidó.

—Esa es la opinión general. No se suicidó; fue asesinado.

—Sí, señor.

—El problema está, si ha sido asesinado, en ¿quién le mató?

—Cierto, señor.

—Hay solo un número limitado de personas que *pudieron* asesinarle. Es decir, que estaban en la casa… o que *podrían* haber estado cuando sucedió.

—Cierto, señor.

—Esas personas son: la cocinera y la doncella, ambas simples domésticas incapaces de nada semejante. Una hermana que le adora, pero que hereda sus bienes…, no hay que descuidar el aspecto económico. Un socio hábil y eficiente…, sin motivo conocido. Un botones atolondrado, con afición a las novelas de crímenes y, por último, un caballero griego con antecedentes algo dudosos.

George carraspeó:

—Esos extranjeros, señor…

—Exacto. Estoy de acuerdo contigo. El caballero griego es muy sospechoso. Pero ya sabes que ese hombre también murió, y en apariencia fue Mister Morley quien le mató, sea intencionadamente o a causa de una lamentable equivocación. No podemos asegurarlo.

—Puede ser que se matasen mutuamente. Quiero decir que cada uno de ellos tuviese la idea de asesinar al otro, aunque, claro, ignorasen sus respectivas intenciones.

Hércules Poirot le miró aprobadoramente.

—Muy ingenioso, George. El dentista asesina al infortunado caballero sentado ante él, sin saber que la supuesta víctima está aguardando la oportunidad de sacar su revólver. Pudiera ser así, pero a mí me parece muy inverosímil, George. Aún no hemos terminado la lista. Nos quedan otras dos personas que acaso estuvieran en la casa en el momento preciso. Todos los pacientes anteriores a Mister Amberiotis fueron vistos al salir, a excepción de uno…, un joven americano. Abandonó la sala de espera a las doce menos veinte y nadie le vio salir de la casa. Debemos contarle como sospechoso. El otro es un tal Mister Francis Carter (no era paciente), que llegó a la casa un poco después de las doce con intención de ver a Mister Morley. Tampoco le vieron salir. Estos, mi buen George, son los personajes. ¿Qué opinas de ellos?

—¿A qué hora fue cometido el crimen, señor?

—Si Amberiotis fue el asesino, debió de ser entre doce y cinco y doce y veinte. Si le mató otra persona, sería después de las doce y veinticinco; de otro modo, Amberiotis hubiera hallado el cadáver.

Ahora, mi buen George, ¿qué tienes que decir sobre este asunto?

El criado meditó antes de decir:

—Me sorprende, señor.

—¿Sí, George?

—Tendrá usted que buscar otro dentista que cuide de su dentadura en el futuro.

Hércules Poirot exclamó:

—Te superas, George. ¡No se me había ocurrido este aspecto del asunto!

Satisfecho, George salió de la habitación.

El detective siguió saboreando su taza de chocolate y considerando los factores expuestos. Sintióse satisfecho. En aquel círculo de personas hallábase la mano que cometiera el crimen no importa por qué motivo.

Sus cejas se unieron al darse cuenta de que la lista estaba incompleta. Había olvidado un nombre, y no debía dejarse ninguno…, ni siquiera el menos sospechoso.

Hubo otra persona en la casa cuando se cometió el crimen.

Y escribió:

«Mister Barnes».

10

George anunció:

—Una señora desea hablar con usted. Está al teléfono, señor.

Una semana antes, Poirot no supo adivinar a su visitante. Esta vez sí acertó.

Reconoció la voz al instante.

—¿Mister Hércules Poirot?

—Al habla.

—Soy Jane Olivera. La sobrina de Alistair Blunt.

—Sí, *Miss* Olivera.

—¿Podría venir a la Casa Gótica, por favor? Hay algo que creo debe saber.

—De acuerdo. ¿A qué hora le parece?

—A las seis y media.

—Allí estaré.

—Espero no haber interrumpido su trabajo.

—En absoluto. Aguardaba su llamada.

Rápidamente colgó el receptor, y sonriente preguntóse qué excusa habría encontrado Jane Olivera para citarle.

Al llegar a la mansión gótica fue conducido directamente a la amplia biblioteca, cuyas ventanas miraban al río. Alistair Blunt, sentado ante el escritorio, jugueteaba distraído con un cortapapeles.

Jane Olivera hallábase en pie ante la chimenea. Una mujer de mediana edad decía, malhumorada, al entrar Poirot:

—… y creo que mis sentimientos debieran tenerse en cuenta en este asunto.

—Sí, claro, Julia, claro —dijo Alistair Blunt apaciguadoramente al levantarse para saludar a Poirot.

—Y si van ustedes a hablar de horrores, me iré —añadió la buena señora.

—Yo sí, madre —dijo Jane Olivera.

Mistress Olivera salió de la estancia ignorando la presencia del detective.

Alistair Blunt comenzó la conversación.

—Ha sido muy amable al venir, Mister Poirot. Creo que ya conoce a *Miss* Olivera. Fue ella quien le llamó.

Jane dijo precipitadamente:

—Es para algo referente a esa mujer desaparecida de que hablan los periódicos. *Miss* Nósequé Seale. ¿No es algo parecido?

—¿Sainsbury Seale? ¿Sí?

—Es un nombre tan raro; por eso no lo recuerdo. ¿Se lo cuento, o lo haces tú, tío Alistair?

—Es cosa tuya, querida.

Jane volvióse hacia Poirot.

—Puede ser que no tenga importancia, pero creí que debía saberlo.

—¿Sí?

—Sucedió la última vez que tío Alistair fue al dentista. No me

refiero al otro día, sino hace tres meses. Le acompañé a la calle Reina Carlota en el Rolls, que luego debía llevarme a Regent's Park para reunirme con unos amigos y volver a recogerle. Nos detuvimos ante el número cincuenta y ocho y mi tío se apeó. En aquel momento salía una mujer de la casa…, de mediana edad, cabellos alborotados y vestida con bastante mal gusto. Se hizo a un lado para dejar paso a mi tío, diciendo —la voz de Jane Olivera simulaba un afectado falsete—: «¡Oh Mister Blunt! No me recuerda. *Estoy segura*». Pude ver en el rostro de mi tío que no la recordaba en absoluto.

Alistair Blunt suspiró.

—Es cierto. La gente siempre dice…

—Puso cara de circunstancias —prosiguió Jane—. Le conozco bien. Mitad amable, mitad incrédulo. No engañaría a un niño. Mi tío dijo en tono poco convincente: «¡Oh…, claro!». La terrible mujer continuó: «Fui muy amiga de su esposa, ¿sabe?».

—Acostumbran decir eso —la voz de Alistair Blunt tuvo un dejo de tristeza—. Todas terminan pidiendo una suscripción para un sitio u otro. Aquella vez me salió barato. Solo le di cinco libras para una misión en la India o algo parecido.

—¿Es cierto que conoció a su esposa?

—Al interesarse por las misiones me hizo suponer que, de ser cierto, debió de ser en la India. Estuvimos allí hará unos diez años, pero, naturalmente, no debió de ser muy grande su amistad, pues si no, yo la hubiera conocido. Acaso se vieran en alguna ocasión.

Jane Olivera intervino:

—Yo no creo que conociera a tía Rebeca. Opino que fue un pretexto para hablar contigo.

El magnate de la Banca dijo, tolerante:

—Es posible.

Jane continuó:

—Quiero decir que me pareció una forma de trabar amistad contigo, tío.

—Solo quería una limosna.

El detective preguntó:

—¿No hizo nada para continuarla?

Blunt negó con la cabeza.

—No volví a pensar en ella. Incluso había olvidado su nombre

hasta que Jane lo leyó en el periódico.

La joven habló sin gran convencimiento:

—Bien; yo *creí* que Mister Poirot debía saberlo.

—Gracias, *mademoiselle* —dijo el detective con amabilidad—. No debo entretenerle más, Mister Blunt. Usted es un hombre muy ocupado.

—Iré con usted —Jane habló presurosa.

Por debajo de su bigote, Hércules Poirot sonrió.

Al llegar a la planta baja la muchacha se detuvo y le dijo:

—Entre usted aquí.

Y entraron en una habitación pequeña a un lado del vestíbulo.

La muchacha se enfrentó a él.

—¿Qué quiso significar al decirme por teléfono que esperaba mi llamada?

Poirot sonrió.

—Solo esto, *mademoiselle*. Esperaba que usted me llamara…, y llamó.

—¿Es que usted sabía que iba a llamarle a causa de *Miss* Sainsbury Seale?

Poirot movió la cabeza.

—Eso fue solo el pretexto. Hubiese encontrado otro cualquiera de ser necesario, ya que usted tenía interés por verme.

—¿Por qué tenía que llamarle?

—¿Por qué me ha dado a mí esta información en vez de dársela a Scotland Yard? Eso hubiese sido lo más natural.

—Muy bien, señor Sabelotodo. ¿Qué es exactamente lo que usted sabe?

—Sé que le interesa hablar conmigo desde que supo que el otro día estuve en el hotel Holborn Palace.

Se puso tan pálida que le asustó. Nunca hubiese creído que su color tostado pudiera cambiar tanto. Continuó despacio, pero con firmeza:

—Me ha hecho venir hoy aquí porque deseaba sonsacarme… Sí, sonsacarme acerca de Mister Howard Raikes.

—¿Quién es? —preguntó Jane Olivera.

—No necesita sonsacarme, *mademoiselle*. Le diré lo que sé o, mejor dicho, lo que he adivinado. El primer día que vine aquí con el inspector Japp se asustó al vernos. Creyó que le había sucedido algo

a su tío, ¿por qué?

—Pues… porque es de esos hombres a quienes pueden sucederles ciertas cosas. El otro día recibió una bomba por correo…, después del empréstito checoslovaco, y recibe montones de cartas amenazadoras.

Poirot prosiguió:

—El inspector Japp le dijo que un dentista llamado Morley se había suicidado. Debe recordar cuál fue su respuesta; dijo: *«Pero ¡eso es absurdo!»*.

—¿Eso dije? —Jane se mordió los labios—. Fue bastante tonto por mi parte. ¿No cree?

—Fue un curioso comentario, *mademoiselle*, y revelaba que conocía la existencia de Mister Morley y que esperaba que ocurriera algo…, no precisamente a él, sino en su casa.

—Le gusta contarse las historias usted mismo, ¿no?

Poirot no le hizo caso.

—Usted esperaba, mejor dicho, temía que ocurriera algo en casa de Mister Morley, y que ese algo le hubiese sucedido a su tío. Mas en ese caso *usted debe saber algo que nosotros ignoramos*. Recordé a todas las personas que estuvieron en casa de Morley aquel día y di en seguida con la persona que puede tener relación con usted, y es el joven americano, Howard Raikes.

—Es como una novela por entregas, ¿verdad? ¿Cuál es el apasionante episodio siguiente?

—Fui a ver a Mister Howard Raikes. Es un hombre peligroso… y atractivo…

Poirot hizo una significativa pausa.

Jane dijo, pensativa:

—Sí, ¿verdad? —sonrió—. ¡Está bien, usted gana! —inclinóse hacia adelante—. Voy a decirle varias cosas, Mister Poirot. A usted no pueden engañarle. Prefiero decírselo antes que lo descubra. Quiero a Howard Raikes. Estoy loca por él. Mi madre me trajo aquí para separarme de él. Bueno, y en parte porque tiene la esperanza de que tío Alistair se encariñe lo bastante conmigo para nombrarme su heredera aunque soy parienta muy lejana. La madre de mi madre es hermana de Rebeca Harnold. Por tanto, es tío abuelo político mío. Como no tiene parientes, mi madre dice que por qué no podemos ser sus herederas. Ya ve que soy franca con usted, Mister

Poirot. Ya sabe la clase de personas que somos. En la actualidad tenemos mucho dinero…, una ridiculez, según Howard; pero no pertenecemos a la esfera de Alistair Blunt.

Hizo una pausa. Asióse con fuerza al brazo del sillón antes de continuar.

—¿Cómo podré hacérselo comprender? Howard aborrece y quiere destruir todo lo que yo aprendí a querer. Y de cuando en cuando pienso como él. Aprecio a tío Alistair, pero me crispa los nervios. Es un tragón…, tan inglés, tan precavido y conservador… Siento algunas veces que es de los que debieran desaparecer, que bloquean el progreso…, que sin ellos podrían hacerse *las cosas*.

—¿Se ha convertido a las ideas de Howard Raikes?

—Sí… y no. Howard es… más impetuoso que los suyos. Existen personas, ya sabe, que…, que están de acuerdo con él en algunos puntos. Quisieran intentar… ciertas cosas… si tío Alistair y los suyos estuvieran de acuerdo. Pero ¡nunca lo hacen! Se sientan y, moviendo la cabeza, dicen: «No resultaría económicamente». «Tenemos que considerar nuestra responsabilidad». «Mirad la Historia». Pero yo opino que no se debe copiar de la Historia. Eso es mirar atrás, y se debe mirar siempre adelante.

—Es una perspectiva atractiva —dijo amablemente el detective.

—¡Usted también dice eso! —Jane le miró con desagrado.

—¡Quizá porque soy viejo! Los viejos *tienen sueños*…, solo sueños, ya ve usted.

Hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Por qué Mister Howard Raikes pidió hora al dentista de la calle Reina Carlota?

—Porque yo quería que se entrevistase con tío Alistair y no sabía cómo arreglarlo. Estaba tan resentido contra mi tío, tan lleno de…, sí, de odio, que pensé que si pudiera verle…, ver la persona tan amable y modesta que es, cambiaría de parecer… No pude arreglarlo para que se viesen aquí, porque mi madre… lo habría estropeado todo.

—Pero después de este arreglo usted estaba asustada.

Los ojos de Jane se agrandaron y oscurecieron.

—Sí…, porque…, porque Howard se extralimita a veces… A él…

Poirot concluyó la frase:

—Le gusta acabar pronto. Exterminar…

Jane Olivera exclamó:
—¡No digo eso!

Capítulo IV

Seven, eight, lay them straight[4]

1

Ya había transcurrido cerca de un mes desde el fallecimiento de Mister Morley y todavía no se tenían noticias de *Miss* Sainsbury Seale.

Japp se iba impacientando.

—¡Maldita sea, esa mujer tiene que estar en alguna parte!

—Indudablemente, *mon cher* —dijo Poirot.

—Lo mismo si está viva que si está muerta. Si ha muerto, ¿dónde está su cadáver? Supongamos que se hubiera suicidado…

—¿Otro suicidio?

—Dejemos eso. Usted sigue manteniendo que Morley fue asesinado. Yo digo que se suicidó.

—¿Ha averiguado la procedencia del revólver?

—No. Es una marca extranjera.

—Eso es muy sugestivo. ¿No le parece?

—Sí, pero no en el sentido que usted alude. Morley estuvo en el extranjero. Hizo varios cruceros en compañía de su hermana y pudo comprarlo entonces. Todos los ingleses viajan. Mucha gente al hallarse lejos de su patria gusta de tener una pistola con que defenderse —hizo una pausa y prosiguió—: No me desvíe de la

cuestión. Estaba diciendo que en el supuesto…, es tan solo una suposición…, de que esa condenada se hubiese suicidado; si, por ejemplo, se hubiese ahogado, el cuerpo hubiera aparecido en la playa. Y de haber sido asesinada, lo mismo.

—Eso si no le ataron un peso antes de arrojarla al Támesis.

—Sí, desde un sótano de Limehouse, supongo. Está usted hablando como un aficionado a novelas escritas por damiselas.

—Lo sé. Lo sé. ¡Me pongo colorado cuando digo estas cosas!

—E imagino que el crimen fue cometido por una banda internacional.

Poirot suspiró y dijo:

—Me dijeron no hace mucho que, efectivamente, suceden esas cosas.

—¿Quién se lo contó?

—Reginald Barnes; vive en la calle Castlegardens, en Ealing.

—Sí, puede ser que él lo sepa —dijo Japp sin gran convencimiento—. Estuvo en contacto con extranjeros cuando estaba en el Ministerio de la Gobernación.

—¿Y usted no está de acuerdo?

—No me cuido de eso… ¡Oh, claro que suceden cosas así!… Pero, por lo general, no es lo más corriente.

Se hizo un silencio mientras Poirot se retorcía el bigote.

—Hemos recibido algunas informaciones más sin importancia —prosiguió Japp—. Sabemos que regresó de la India en el mismo barco que Amberiotis. Ella, iba en segunda clase y él en primera, así que no veo nada de particular, aunque un camarero del Savoy dice que comieron juntos un par de veces la semana antes de su muerte.

—Pero ¿pudo haber relación entre ellos?

—Sí, pero no lo creo. No puedo imaginarme a una dama misionera mezclada en «asuntos tan entretenidos».

—¿Es que Amberiotis lo estaba?

—Sí. Estaba en contacto directo con algunos de nuestros amigos espías del centro de Europa.

—¿Está usted seguro?

—Sí. ¡Oh, no es que él hiciera directamente ese trabajo! En ese caso no hubiésemos podido acercarnos a él. Su misión consistía en recibir y organizar los informes.

Japp hizo una pausa antes de continuar:

—Mas eso no nos sirve de ayuda en el caso de *Miss* Sainsbury Seale. ¿Por qué iba a mezclarse en este asunto?

—Recuerde que vivió en la India, y allí hubo bastante jaleo el año pasado.

—Amberiotis y la excelente *Miss* Seale…, no puedo imaginarlos como compañeros de un mismo partido.

—¿Sabía que esa señorita fue amiga de la última esposa de Alistair Blunt?

—¿Quién dijo eso? No lo creo. No eran del mismo círculo social.

—Ella misma.

—¿Y a quién se lo contó?

—A Mister Alistair Blunt.

—¡Ah, vamos! Ya debe estar acostumbrado a esos trucos. ¿Quiere insinuar que Amberiotis la utilizó para eso? No le hubiese servido de nada. Blunt se hubiese librado de ella con un donativo. No la hubiera invitado a su casa. No es de esa clase de hombres.

Eso era tan evidente que Poirot tuvo que asentir. Después de unos minutos, Japp continuó refiriendo sus suposiciones sobre el caso Sainsbury Seale.

—Un químico perturbado pudo sumergir su cuerpo en un tanque de ácido…, esa es otra de las soluciones que se encuentran en las novelas. Pero yo le doy mi palabra de que son cosas absurdas. Si está muerta, su cadáver debe de estar enterrado en alguna parte.

—Pero ¿dónde?

—Eso es. Ha desaparecido en Londres. Por aquí nadie posee un jardín apropiado… ¡Lo que hay que encontrar es una granja solitaria!

¿Un jardín? En la mente de Poirot apareció el cuidado jardín de Ealing con sus primorosos arriates. ¡Qué fantástico pensar que pudiera estar enterrada *allí*!

No quiso imaginar absurdos.

—Y si no ha muerto —continuó Japp— ¿dónde está? Sus características personales vienen publicándose en la Prensa desde hace un mes, y, pese a todo, seguimos a oscuras respecto a su paradero.

—¿Y nadie la ha visto?

—¡Oh, sí; prácticamente la ha visto *todo el mundo*! No tiene usted idea de la cantidad de señoras de mediana edad vestidas de

verde que andan por ahí. La vieron en Yorkshire, en los hoteles de Liverpool, en las casas de huéspedes de Devon y en la playa de Ramsgate. Mis hombres han investigado pacientemente todos los informes, que no nos han conducido a ninguna parte, más que a una serie de señoras respetables de mediana edad.

Poirot hizo chasquear su lengua con simpatía.

—Y con la agravante —prosiguió Japp— de que es una persona normal y real. Quiero decir que algunas veces se tropieza con un fantasma (valga el símil), un ser que aparece en un lugar como *Miss* Spinks… donde nunca hubo una *Miss* Spinks. Pero esta mujer es *auténtica*…, tiene un pasado, un origen. Todos la conocemos desde su niñez. Ha llevado una vida perfectamente razonable…, y de pronto… ya no está…, ha desaparecido.

—Debe de haber una razón —le dijo Poirot.

—No mató a Morley. ¿No es eso lo que insinúa? Amberiotis le vio con vida después de salir ella y hemos seguido todos sus movimientos desde entonces.

—Yo no insinúo que matase a Morley —dijo Poirot impacientemente—. Claro que no, pero…

Japp le atajó:

—Si es usted quien tiene razón en el asunto Morley es posible que le dijese algo, sin ella sospecharlo, que diese una pista al asesino. En ese caso pudo ser eliminada deliberadamente.

—Todo eso supone una organización de mucha más importancia que la muerte de un simple dentista —observó el detective.

—No crea todo lo que cuente Reginald Barnes. Es un tipo muy divertido que por todas partes ve espías y comunistas.

Japp se puso en pie y Poirot le pidió:

—Comuníqueme las noticias que se reciban.

Cuando se hubo marchado Japp, el detective quedó ante su mesa con el entrecejo fruncido.

Tenía la sensación de estar aguardando algo. ¿Qué era?

Recordó que antes estuvo sentado recopilando datos y nombres y que un pájaro pasó ante: la ventana con una brizna de paja en el pico.

Él también estuvo recogiendo pajitas. «Five, six, picking up sticks…».

Tenía las ramitas…, un buen número. Faltaba ordenarlas. Tenía

que dar otro paso…, *colocarlas en su sitio*.

¿Por qué no lo hacía? No ignoraba la respuesta. Aguardaba…, no sabía qué. Algo inevitable, imprevisto, el eslabón siguiente en la cadena. Cuando llegara…, entonces…, entonces podría continuar.

2

A última hora de la tarde llegó la noticia. La voz de Japp sonó áspera a través del teléfono.

—¿Es usted, Poirot? *La hemos encontrado*. Será mejor que venga cuanto antes a las residencias del Rey Leopoldo, Battersea Park, número cuarenta y cinco.

Un taxi depositaba a Hércules Poirot un cuarto de hora después ante las residencias del Rey Leopoldo. Era un gran bloque de edificios de varias plantas situado frente a Battersea Park. El número 45 estaba en el segundo piso. Japp en persona le abrió la puerta.

—Entre —le dijo—; no es muy agradable precisamente, pero creo que querrá verlo.

Poirot dijo, aunque era una pregunta ociosa:

—¿Muerta?

—¡Podrá comprobar por sí mismo que está bien muerta!

Poirot volvió la cabeza al oír un ruido procedente de una habitación a su derecha.

—Es el portero —le aclaró Japp—. ¡Se ha mareado ante esta podredumbre! Tuve que enseñarla por si podía identificarla.

Echó a andar por el pasillo seguido de Poirot, que arrugó la nariz.

—No es agradable —dijo Japp—, pero ¿qué esperaba? Lleva muerta cerca de un mes.

La habitación en que se hallaba el cadáver era el cuarto trastero. En el centro veíase un arcón de metal de los empleados para

guardar pieles, con la tapa alzada.

Poirot se aproximó para contemplar su interior. *Lo primero que vio fue un pie calzando un zapato viejo con hebilla*. El recuerdo que guardaba de su primer encuentro con *Miss* Sainsbury Seale era también una hebilla.

Sus ojos recorrieron el abrigo de lana verde hasta llegar a la cabeza. Exhaló un sonido inarticulado.

—Lo sé —dijo Japp—, es horrible.

El rostro había sido golpeado hasta quedar irreconocible, y si a esto hay que añadir el natural proceso de descomposición, no es de extrañar que los dos hombres palidecieran y se alejasen.

—Bien —dijo Japp—; este va a ser un día muy atareado. Ya lo creo. Nuestro trabajo es desagradable a veces. Hay una botella de coñac en la otra habitación. Será mejor que beba un trago.

El saloncito estaba amueblado elegantemente a la última moda, con gran profusión de tonos crema y algunas butacas cuadradas tapizadas con un tejido geométrico de un color tostado claro.

Poirot cogió la botella para servirse coñac. Al terminar de beberlo, dijo:

—¡Qué desagradable! Ahora, amigo mío, cuénteme todo lo que sepa.

Japp comenzó:

—Este piso pertenece a *mistress* Chapman, que me la figuro cuarentona, rubia y elegante; paga sus cuentas, aficionada al *bridge* si se tercia jugar con sus vecinos; sin hijos. Mister Chapman es viajante de comercio. *Miss* Seale vino aquí la noche de nuestra entrevista cerca de las siete y cuarto. Es probable que viniera directamente desde el hotel. Ya había estado otras veces aquí, según el portero. Ya ve usted…, todo muy natural y explicable…, una visita amistosa. El portero la acompañó en el ascensor hasta este piso. La vio por última vez llamando al timbre.

Poirot le interrumpió:

—¡Ha tardado mucho tiempo en recordarlo!

—Ha estado en el hospital aquejado de una dolencia intestinal, y mientras, le sustituyeron. La semana pasada leyó en un periódico atrasado la descripción de la dama desaparecida y le dijo a su mujer: «Parece esa señora que vino a ver a *mistress* Chapman. También llevaba un abrigo de lana verde y zapatos con hebilla.

Creo que tenía un nombre parecido». Y después de una hora, dijo: «*Miss* No Sé Cuántos Seale». Después —siguió diciendo Japp—, tardó cuatro días en sobreponerse al natural recelo de verse mezclado con la Policía y entonces vino a vernos. No creímos que su información nos condujera a ninguna parte. No tiene usted idea de las falsas alarmas que recibimos. Sin embargo, envié al sargento Beddoes a investigar… Es un muchacho muy competente. Un poco engreído, pero ahora eso está de moda. Pues bien: Beddoes tuvo la corazonada de que estábamos sobre la verdadera pista.

»En primer lugar, *mistress* Chapman no había sido vista desde hacía un mes. Se marchó sin dejar dirección alguna. Esto era un poco raro. Y en resumen, todo lo que pudo averiguar sobre el matrimonio Chapman era por demás extraño. El portero no vio salir a *Miss* Sainsbury Seale. Esto de por sí no era anormal. Pudo bajar la escalera y salir sin que él la viera, pero luego añadió que la marcha de *mistress* Chapman fue precipitada. A la mañana siguiente encontró un papel en su puerta que decía:

«Dígale a Nellie que no traiga leche. He tenido que marcharme».

Nellie es la doncella que se la trae a diario. *Mistress* Chapman se había marchado un par de veces de improviso; así que no lo encontró extraño, pero sí lo es el que no llamase al portero para que le bajase el equipaje hasta el taxi.

»Beddoes decidió penetrar en la casa. Obtuvimos la autorización del portero y la llave maestra del administrador. No encontramos nada de interés hasta llegar al cuarto de baño. Allí se había efectuado una apresurada limpieza. Hallamos señales de sangre en el linóleo, en los rincones donde no llegó el lavado. Después fue cuestión de buscar el cuerpo. *Mistress* Chapman no se había llevado el equipaje, pues de lo contrario lo habría sabido el portero. El cuerpo aún *debía* de estar en el piso. Pronto dimos con este arcón para pieles…, ya sabe que cierran herméticamente. Las llaves estaban en el cajón del tocador. Lo abrimos, y allí estaba la «Dama desaparecida».

Poirot quiso saber:

—¿Y qué hay de *mistress* Chapman?

—¡Y eso qué! ¿Quién es? No lo sé. Solo una cosa es cierta: Sylvia

(a propósito, se llama Sylvia), Sylvia o sus amigas asesinaron a esa mujer y la encerraron en el arcón.

Poirot asintió y dijo:

—Pero ¿por qué la desfiguraron el rostro?

—Pues para…, bueno, son solo suposiciones… Venganza refinada, o acaso para evitar su identificación.

Poirot frunció el entrecejo.

—Pero ha sido reconocida.

—Sí, porque no solo teníamos una descripción detallada de sus vestidos, sino que su bolso ha sido hallado dentro del arcón, y en su interior una carta a ella dirigida con la dirección del hotel de la plaza Rousell.

Poirot se puso en pie.

—Pero eso…, eso no tiene sentido común.

—No, es cierto. Supongo que sería una equivocación del asesino.

—Sí, puede que sí, pero… ¿Han registrado el piso?

—Bastante bien. No hay nada que nos ilumine.

—Me gustaría ver la habitación de *mistress* Chapman.

—Pues vamos.

El dormitorio no daba muestras de una marcha precipitada. Estaba aseado y en orden. La cama, preparada para la noche, no había sido utilizada. Una espesa capa de polvo lo cubría todo.

—No hay huellas dactilares —dijo Japp—. Solo algunas en los utensilios de cocina, pero me imagino que pertenecerán a la doncella.

—Esto significa que todo fue limpiado cuidadosamente después del asesinato.

—Sí.

Los ojos del detective recorrieron lentamente la estancia amueblada, como la sala, al estilo moderno, adaptándose a una renta moderada. Los muebles eran caros, pero no de lujo. Ostentosos, pero no de primera categoría. El color dominante era el rosa pálido. Miró el interior del armario donde estaban los trajes, elegantes, aunque no de calidad, y luego los zapatos, la mayoría de tipo sandalia, tan en boga hoy en día, y algunos exageradísimos con gruesa suela de corcho. Cogió uno, y tras observar que *mistress* Chapman calzaba un treinta y cinco, lo puso de nuevo en su sitio. En otro armario encontró arrinconado un montón de pieles.

—Son las que llenaban el arcón —le dijo el inspector.

Poirot hizo un gesto de asentimiento al mismo tiempo que, levantando un abrigo de *pedí gris* observaba lentamente:

—¡Buenas pieles!

De allí pasaron al cuarto de baño. Había gran profusión de cosméticos. Poirot los estuvo observando con interés. Polvos, *rouge*, cremas, y dos botellas de tinte para el cabello.

—Por lo visto, no es de nuestras rubias platino naturales —observó Japp.

—A los cuarenta, *mon ami* —murmuró Poirot—, el cabello de la mayoría de las mujeres ha empezado a encanecer, y *mistress* Chapman no es de las que se resignan con la Naturaleza.

—A lo mejor, ahora se ha vuelto pelirroja, por variar. Hay algo que le inquieta, Poirot. ¿Qué es?

—Pues sí, estoy preocupado. Muy preocupado. Este es un problema insoluble para mí.

Y resueltamente volvió una vez más al cuarto donde estaba el arcón…

Y quitó el zapato a la muerta con bastante dificultad.

Examinó la hebilla que había sido cosida a mano y bastante mal.

—¡Esto es que estoy soñando! —exclamó Hércules Poirot.

—¿Qué es lo que intenta? —inquirió Japp, extrañado—. ¿Complicar más las cosas?

—Exacto.

—Un zapato de ante completo, con su hebilla… ¿Qué es lo que tiene de extraño?

—Nada, nada en absoluto —repuso el detective—, pero no lo entiendo.

3

El portero les indicó como amiga íntima de *mistress* Chapman a

mistress Merton del número 82 de las residencias del Rey Leopoldo.

Y allí fue donde se dirigieron Japp y Poirot.

Mistress Merton era una dama parlanchína de ojos negros y peinado complicado. No les costó ningún trabajo hacerla hablar.

—Sylvia Chapman… Claro que no la conozco muy bien… es decir, íntimamente. Jugamos al *bridge* un par de veces y fuimos juntas al cine y también de compras. Pero ¡oh!, dígame. No ha muerto ¿verdad?

Japp la tranquilizó…

—Gracias a Dios. ¡Cuánto me alegro! El cartero va por ahí hablando de un cadáver que se ha encontrado en su piso, pero no se debe creer ni la mitad de lo que se oye… Yo nunca hago caso.

Japp hizo otra pregunta, a la que repuso *mistress* Merton con firmeza:

—No, no he sabido nada de mi amiga desde que se marchó. Por lo visto, tuvo que marcharse de improviso, pues hablamos de ir a ver la última película de Fred Astaire y Ginger Rogers la semana siguiente y entonces no me dijo nada de su marcha.

Mistress Merton no había oído mencionar nunca a *Miss* Sainsbury Seale. Su amiga no la nombró jamás.

—Y ya ve usted, este nombre *me es familiar*. Me parece haberlo oído recientemente.

—Ha aparecido en los periódicos durante algunas semanas —dijo Japp con brusquedad.

—Ya… Alguna persona desaparecida, ¿verdad? ¿Y cree usted que *mistress* Chapman la conocía? No. Estoy segura de que nunca se la oí nombrar.

—¿Puede decirme algo sobre Mister Chapman?

Una expresión indefinible apareció en el rostro de *mistress* Merton al responder:

—Creo que era viajante de comercio, me lo dijo su esposa. Salía al extranjero con frecuencia por cuenta de la casa en que trabajaba…, de armamentos, según creo. Recorría toda Europa.

—¿Le vio alguna vez?

—No. Nunca. Apenas estaba en casa y cuando venía no le gustaba la presencia de extraños. Es muy natural.

—¿Sabe si *mistress* Chapman tenía parientes cercanos o amigos?

—No sé que tuviera otros amigos. Ni parientes tampoco. Nunca

me habló de ellos.

—¿Estuvo siempre en la India?

—No, que yo sepa —hizo una pausa y continuó—: Pero dígame: ¿por qué me hace tantas preguntas? Ya sé que viene usted de Scotland Yard, pero debe de haber alguna razón especial.

—Pues bien: *mistress* Merton, alguna vez tendría que saberlo. A decir verdad, se ha encontrado un cadáver en el piso de *mistress* Chapman.

—¡Oh! —por un momento los ojos de la mujer se abrieron como platos—. ¡Un cadáver! No será Mister Chapman. ¿Verdad? ¿Algún extranjero?

—No era un hombre, sino una mujer —dijo Japp.

—¿Una mujer? —*mistress* Merton pareció aún más sorprendida.

—¿Por qué creyó que sería un hombre?

—¡Oh, no lo sé! Me pareció más fácil.

—Pero ¿por qué? ¿Es que *mistress* Chapman tenía costumbre de recibir visitas masculinas?

—¡Oh, no!; no, desde luego —*mistress* Merton se indignó—. Nunca oí nada *semejante*. Sylvia Chapman no es de esa clase de mujeres. ¡En absoluto! Es solo que Mister Chapman…, quiero decir.

Se detuvo y Poirot comentó:

—Me parece, *madame*, que usted sabe más de lo que nos ha contado.

—No estoy segura de lo que debo hacer —dijo *mistress* Merton, indecisa—. Quiero decir que no quiero revelar las confidencias de Sylvia y no lo he repetido más que a una o dos amigas íntimas que sé son fieles.

Mistress Merton hizo una pausa para tomar aliento, y Japp, cada vez más intrigado ante las reticencias de *mistress* Merton, preguntó:

—¿Qué le dijo *mistress* Chapman?

Mistress Merton inclinóse hacia adelante y bajó la voz.

—Lo descubrí un día mientras veíamos una película de espionaje. Mi amiga me dijo que quien hubiese escrito aquel guión no conocía gran cosa la materia, y luego me pidió que le jurase no repetir lo que iba a contarme. Su esposo era del Servicio Secreto y por eso tenía que ir tanto al extranjero. La casa de armamentos era un pretexto para despistar, pues podían escribirse mientras estaba ausente. Era muy desagradable para ella y, además,

extremadamente *peligroso*.

4

Mientras bajaban la escalera para volver de nuevo al número 45, Japp iba exteriorizando, su sentir:

—¡Por todos mis antepasados! ¡Creo que me voy a volver loco!

Un joven elegante los aguardaba: el sargento Beddoes, que les comunicó, respetuoso:

—No he podido sacar nada interesante de la muchacha, señor. *Mistress* Chapman cambiaba muy a menudo de doncella. Esta, solo hace un par de meses que trabaja en la casa. Dice que *mistress* Chapman es muy simpática, aficionada a la radio y una agradable conversadora. Opina que su marido es un seductor, pero que ella no lo sospecha. Ha recibido cartas del extranjero, unas de Alemania, dos de América, una de Italia y otra de Rusia. El novio de la muchacha colecciona sellos y *mistress* Chapman acostumbraba darle los de las cartas.

—¿Ha encontrado algo entre los papeles de *mistress* Chapman?

—Nada en absoluto, señor. No tiene muchos. Algunas cuentas y recibos…, todo local. Programas de teatro, un par de recetas culinarias recortadas de una revista y un impreso de las misiones de la India.

—Y podemos adivinar quién lo trajo aquí. No tiene aspecto de asesina, y, sin embargo, parece que lo es, y si no, por lo menos cómplice. ¿No vieron a algún extraño aquella noche?

—El portero no recuerda…, pero no creo que se acordase tampoco habiendo tantos pisos… y en una casa que entra y sale tanta gente. No ha olvidado a *Miss* Sainsbury Seale porque al día siguiente le llevaron al hospital y aquella tarde se encontraba bastante mal.

—¿Oyeron algo los ocupantes de los otros pisos?

El sargento movió la cabeza.

—He preguntado en el de arriba y en el de abajo. Nadie recuerda haber oído nada anormal. Los dos tenían la radio conectada.

El forense venía de lavarse las manos.

—¡Qué cadáver tan hediondo! —dijo alegremente—. Avísenme cuando estén ustedes listos, y le clavaremos una tapa de latón.

—Doctor, ¿tiene alguna idea sobre la causa de su fallecimiento?

—Imposible decirlo hasta que haya hecho la autopsia. En la mayoría de los casos les desfiguran el rostro después de muertos, pero se lo diré con seguridad en el depósito de cadáveres. Era una mujer de mediana edad, sana, de cabellos grises en la raíz, aunque teñida de rubio. Puede que tuviera algunas señales en su cuerpo; si no, va a costar identificarla. ¡Oh, ya saben quién era! ¡Espléndido! ¿Qué? ¿Que es la «dama desaparecida» de quien tanto se ha hablado? Ah, yo nunca leo los periódicos; solo hago los crucigramas.

—Ya ve de lo que sirve la publicidad —dijo Japp con amargura al salir el doctor.

Poirot revolvía en el escritorio y cogió un librito de direcciones.

El infatigable Beddoes le dijo:

—Ahí no hay nada de interés… Sombrereras, modistas…, etc. He anotado todas las direcciones particulares.

Poirot abrió el librito por la letra D y leyó:

Dr. Davis
calle Prince Albert, 17
Drake & Pomponetti, Pescadería.

Y debajo:

Dentista, Mister Morley
Queen Charlotte, 58.

Una lucecita brilló en los ojos del detective al decir:

—Me parece que no habrá dificultad para identificar el cadáver.

—Pues claro…, no supondrá… —Japp le miro extrañado.

—Quiero estar *seguro* —repuso Poirot con vehemencia.

5

Miss Morley se había trasladado al campo. Habitaba un hotelito cerca de Hertford, donde recibió a Poirot cordialmente. Desde la muerte de su hermano su rostro habíase vuelto más sombrío, su aire más altivo y su modo de ver la vida en general más exigente. Estaba resentida por los cargos que se hicieron durante el proceso contra el buen nombre profesional de su hermano.

Según ella, Poirot compartía la opinión de que el veredicto del forense fue falso.

Respondió a todas sus preguntas con bastante prontitud y competencia. Todos los papeles profesionales habían sido cuidadosamente archivados por *Miss* Nevill y entregados al odontólogo que había de encargarse de sus pacientes. Algunos de estos se pasaron a Mister Reilly, otros aceptaron a su nuevo socio y el resto buscaron otros dentistas.

Miss Morley decía, después de darle todos los informes que pudo:

—Así, que han encontrado a esa mujer, *Miss* Sainsbury Seale, que era paciente de mi hermano… y *también ha sido asesinada*.

Él «también» era desafiador. Recalcó la palabra.

—¿Su hermano no le habló nunca en particular de esa señorita? —le preguntó el detective.

—No. No recuerdo. Me hablaba de sus casos difíciles, de las cosas graciosas que le decían; pero en general no hablábamos mucho de su trabajo. Le gustaba olvidarlo al terminar su tarea. A veces estaba muy fatigado.

—¿Recuerda haber oído hablar de *Miss* Chapman como cliente de su hermano?

—¿Chapman? Creo que no. *Miss* Nevill es la indicada para informarle sobre este particular.

—Estoy deseando ponerme en contacto con ella. ¿Dónde está ahora?

—Está empleada en casa de un dentista de Ramsgate, según tengo entendido.

—¿Todavía no se ha casado con aquel joven, Frank Carter?

—No. Ni creo que lleguen a casarse. No me gusta ese muchacho,

Mister Poirot. De verdad. Es algo raro. No creo que tenga el menor sentido de la moral.

—¿Le cree usted capaz de haber matado a su hermano?

Miss Morley repuso despacio:

—Quizá sí. Tiene un carácter indomable; pero no creo que tuviera motivos ni oportunidad. Ya sabe, ni siquiera porque mi hermano tratara de convencer a Gladys para que le dejase, pues lo hizo siempre con nobleza.

—¿No cree que pudieron sobornarle?

—¿Sobornarle? ¿Para que matase a mi hermano? ¡Qué idea tan extraordinaria!

En aquel momento una doncella morenita entraba con el té. Al cerrarse la puerta tras ella, Poirot preguntó:

—Esa chica estaba en Londres con usted, ¿verdad?

—¿Agnes? Sí, es la doncella. La cocinera se fue…, no quiso venir al campo…, y Agnes lo hace todo. Se está volviendo una buena cocinera.

Poirot conocía el sistema doméstico del número 58 de la calle Reina Carlota. Recorrieron sus dependencias cuando ocurrió la tragedia. Mister Morley y su hermana habitaban los dos últimos pisos de la casa. El de arriba solo tenía una entrada, del patio interior, donde un pequeño montacargas, instalado al lado de un teléfono interior, trasladaba los encargos de las tiendas y los comestibles.

Así, que la única entrada de la casa era la principal, atendida por Alfred. Esto permitió a los policías asegurarse de que nadie pudo entrar aquella mañana.

La cocinera y la doncella habían estado varios años al servicio de los Morley y ambas tenían buen carácter. Así que aunque en teoría era posible que una de ellas bajase a asesinar a su amo, esa posibilidad no fue tenida seriamente en cuenta. Ninguna de las dos se azaró al ser interrogada y no parece haber razón para relacionarlas con su fallecimiento.

Sin embargo, cuando Agnes tendía a Poirot su sombrero y su bastón, le preguntó con desusado nerviosismo:

—¿Se ha sabido algo más de la muerte de mi señor?

Poirot volvióse para mirarla.

—No hemos sacado nada en claro.

—¿Aún siguen pensando que se suicidó por equivocarse al administrar aquella droga?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

Agnes retorcía la punta de su delantal. Su rostro se alteró y dijo con dificultad:

—La señorita… no lo cree.

—¿Y usted tampoco, quizá?

—¿Yo? ¡Oh, yo no sé nada, señor! Yo solo… quisiera estar segura.

Hércules Poirot le dijo con su voz más amable:

—¿Sería un alivio para usted saber sin lugar a dudas que se suicidó?

—¡Oh, sí, señor —dijo Agnes con prontitud—; ya lo creo!

—¿Por alguna razón especial?

Sus asombrados ojos se encontraron con los del detective. Retrocedió.

—Yo…, yo no sé nada, señor. Solo preguntaba.

«Pero ¿por qué?», se preguntó Poirot al salir de la casa.

De verdad que existía una respuesta para aquella pregunta, más aún no podía adivinar cuál era. De todas formas, sintió que había avanzado un paso más.

6

Cuando Poirot regresó a su piso le sorprendió la presencia de un visitante inesperado.

Tras el respaldo de un sillón sobresalía una cabeza calva y la figura atildada y menuda de Mister Barnes se puso en pie.

Sus ojos brillaban como de costumbre al disculparse.

Había venido, explicó, a devolver la visita a Mister Poirot.

Este declaróse encantado de volver a verle.

Ordenó a George que trajera café, a menos que su visitante

prefiriera *whisky* con agua de Seltz.

—El café me gusta mucho —dijo Mister Barnes—. Me figuro que su criado lo preparará, bien. Muchos sirvientes ingleses no saben.

Después de intercambiar unas cuantas frases corteses, Mister Barnes carraspeó y dijo:

—Voy a ser franco con usted, Mister Poirot. Es mera curiosidad lo que me trae aquí. Imagino que usted estará al corriente de todos los detalles de este caso bastante curioso. He leído en la Prensa que *Miss* Sainsbury Seale ha sido hallada y que hubo un proceso a causa de Morley, que fue suspendido por falta de pruebas. La causa de la muerte fue atribuida a una fuerte dosis de anestésico.

—Es cierto —dijo Poirot—. ¿Ha oído hablar de Albert Chapman, Mister Barnes?

—¡Ah! ¿El esposo de la señora en cuyo piso encontró la muerte *Miss* Sainsbury Seale? Parece ser una persona muy escurridiza.

—¿Casi inexistente?

—¡Oh, no! —dijo Mister Barnes—. Existe. ¡Claro que existe!… o *existía*. Oí decir que murió. Pero no hay que hacer caso de rumores.

—¿Quién era?

—No creo que lo digan en el proceso si pueden evitarlo. Sacarían, a relucir la historia del viajante de una fábrica de armamentos.

—¿Que estaba en el Servicio Secreto?

—¡Claro que sí! Pero no debió decírselo a su mujer; es decir, no debía haber continuado perteneciendo al Servicio Secreto después de casado. No es costumbre… cuando se es un verdadero espía.

—¿Y Albert Chapman lo era?

—Sí. Le conocíamos por Q.X.912. ¡Oh, no digo que tuviese una importancia especial!… Nada de eso. Pero era útil por ser insignificante…, de esas caras que no son fáciles de recordar. Le utilizaban como mensajero por toda Europa. Ya sabe de qué se trata. Se le envía una carta oficial a nuestro embajador en Ruritania… y otra extraoficial que contiene el informe por Q.X.912…, es decir: Mister Albert Chapman.

—Entonces conocerá informaciones valiosísimas.

—Probablemente no —dijo Mister Barnes alegremente—. Su trabajo consiste en coger trenes, aviones y barcos, y en explicar *por qué* viaja y *adonde* va.

—¿Y le dijeron que murió?

—Eso es lo que oí; pero no hay que hacer caso de todo lo que se oye. Yo no lo creo.

Poirot le preguntó, mirándole fijamente:

—¿Qué cree usted que le ha sucedido a su esposa?

—No sé —dijo Mister Barnes—. ¿Y usted?

—Tengo una idea… Pero es muy confusa.

—¿Le preocupa alguna cosa en particular? —murmuró Mister Barnes con simpatía.

Hércules Poirot repuso despacio:

—Sí. La evidencia de mis propios ojos.

7

Japp entró en la sala en casa de Poirot y dejó caer su bombín sobre la mesa, con tal fuerza, que esta crujió.

—¿Qué demonios piensa usted de todo esto?

—Mi buen Japp, no sé de qué me está hablando.

—¿Qué fue lo que le hizo pensar que el cadáver no era el de *Miss* Sainsbury Seale?

Poirot pareció angustiado al decir:

—Fue su rostro lo que me extrañó. ¿Por qué golpear la cara de una muerta?

—¡Ojalá Morley se halle en el lugar donde se sabe todo! —dijo Japp—. Es posible que le quitaran de en medio para que no pudiera identificarla.

—Hubiese sido mejor que él hubiera podido hacerlo.

—Leatheran, su sucesor, lo hará también. Es un hombre muy capaz y amable y su testimonio es infalible.

Los periódicos de la noche publicaron una noticia sensacional. El cadáver hallado en el piso de Battersea, que se creía era el de *Miss* Sainsbury Seale, fue identificado como el de la esposa de Albert

Chapman.

El nuevo dentista del número 58 de la calle Reina Carlota, Mister Leatheran, la identificó por su mandíbula y su dentadura, con todas las particularidades detalladas en las fichas profesionales de Mister Morley.

Las ropas y el bolso de *Miss* Sainsbury Seale fueron encontradas con el cuerpo; pero ¿dónde estaba *Miss* Sainsbury Seale?

Capítulo V

Nine, ten, a good fat hen[5]

1

Al salir de la vista del proceso, Japp dijo en tono jovial a Poirot:

—¡Buen trabajo!…, pero ya sabe que yo tampoco estaba satisfecho con el cadáver. No se golpea el rostro de una muerta por placer. Es algo desagradable, y estaba bien claro que fue hecho por algún motivo. Y solo existe uno: para encubrir su identidad —y añadió con generosidad—: Pero yo no hubiese caído tan pronto.

—Y eso que las características eran las mismas —dijo Poirot con una sonrisa—. *Mistress* Chapman era elegante, atractiva y vestía a la última moda. *Miss* Sainsbury Seale era descuidada y no usaba colorete ni *rouge*. Pero las dos eran cuarentonas, recias y de la misma estatura y constitución, y ambas se teñían el pelo de rubio.

—Sí, claro, visto *así*; pero tiene que admitir una cosa…, la rubia Mabel no fue sincera con nosotros. Hubiese jurado que era una buena persona.

—Pero ¡si lo era, amigo mío! Conocemos toda su vida pasada.

—Ignorábamos que fuese capaz de cometer un asesinato. Y ahora resulta que Sylvia no mató a Mabel, sino que fue Mabel quien asesinó a Sylvia.

Hércules Poirot movió la cabeza preocupado. Le costaba

reconocer a Mabelle Sainsbury Seale como asesina. En sus oídos aún resonaba la vocecilla irónica de Mister Barnes: «Busque entre la gente respetable». Mabelle Sainsbury Seale evidentemente lo fue.

—Voy a terminar este caso, Poirot —dijo Japp, con énfasis—. Esta mujer no volverá a engañarme.

2

Al día siguiente Japp le llamó por teléfono. Su voz tenía un tono curioso.

—Poirot, ¿quiere saber unas cuantas novedades? Se acabó, muchacho, se acabó.

—*Pardon*. La línea no está quizá bien conectada. No entiendo bien.

—Se acabó, muchacho, ¡se acabó! ¡Vaya un día! ¡Ya podemos cruzarnos de brazos!

Poirot, sorprendido, captó la amargura de su voz.

—¿Qué se acabó?

—Las pesquisas. La alarma. La publicidad. Todos esos ardides.

—Todavía no lo entiendo.

—Bien; escuche, escuche con atención, porque no puedo mencionar nombres. ¿Sabe lo que andamos buscando? ¿Sabe que estábamos barriendo el país en busca de un bicho comediante?

—Sí, sí. Ahora comprendo.

—Pues bien. Se da por terminado. Tenemos orden de que no se hable más de ello, que se olvide. ¿Me entiende ahora?

—Sí, sí; pero ¿por qué?

—Orden del maldito Ministerio de Negocios Exteriores.

—¡Es extraordinario!

—Sí, sucede pocas veces.

—¿Por qué harán eso con la señorita…, con ese bicho comediante?

—No les importa un comino. Es por la publicidad… Si se llega a un proceso podría salir a relucir A. C: el cadáver. ¡Ahí está el Misterio! No conviene que su esposo…, Mister A. C… ¿Me comprende?

—Sí, sí.

—Estará en algún lugar estratégico por el extranjero y no querrán que se sospeche de él. ¡Vaya usted a saber qué hay tras todo esto!

—¡Pchs!

—¿Qué ha dicho?

—Nada, *mon ami*, ha sido una exclamación.

—¡Ah! Creí que estaba acatarrado. Dejando escapar a esta dama lo veo todo negro.

—No se escapará —dijo Poirot sin alzar la voz.

—¡Le digo que tenemos las manos atadas!

—Las suyas, quizá; las *mías*, no.

—¡Mi buen Poirot! Luego, ¿piensa continuar?

—*Mais, oui*, hasta la muerte.

—Bueno, pero no deje que sea su muerte. Si este asunto continúa como empezó, es probable que le manden por correo una tarántula envenenada.

Al colgar el receptor se dijo: «¿Por qué habré empleado esa frase melodramática “Hasta la muerte”? *Vraiment*, eso es absurdo».

3

La carta llegó en el correo de la tarde, escrita a máquina a excepción de la firma.

> Mister Poirot:
>
> Le estaré muy agradecido si viene a verme mañana.

Tengo que hacerle un encargo. ¿Qué le parece a las doce y media en mi casa de Chelsea? Si no le va bien, telefonee a mi secretario y quede de acuerdo con él para otro día. Le ruego disculpe esta carta tan corta.

Suyo afectísimo,

Alistair Blunt

Poirot se disponía a leer la misiva por segunda vez cuando sonó el teléfono.

Hércules se preciaba de adivinar por el sonido del timbre la condición de la llamada.

En esta ocasión estaba seguro de que era muy significativa. No sería un número equivocado…, ni ninguno de sus amigos.

Se levantó para descolgar el auricular. Dijo con su voz amable de acento extranjero:

—¿Diga?

Una voz anónima preguntó:

—¿Qué número tiene usted, por favor?

—El siete mil doscientos setenta y dos, de Whitehall.

Se hizo un silencio y luego habló otra voz de mujer.

—¿Mister Poirot?

—Sí.

—¿Mister Hércules Poirot?

—Sí, yo soy.

—Mister Poirot, usted ha recibido, o está a punto de recibir una carta.

—¿Con quién hablo?

—No es necesario que lo sepa.

—Muy bien. Esta tarde he recibido ocho cartas y tres recibos, *madame*.

—Luego ya sabe a qué carta me refiero. Será mejor que renuncie al encargo que se le ha anunciado, Mister Poirot.

—*Madame*, eso debo decirlo yo.

—Le estoy advirtiendo, Mister Poirot —dijo la voz con frialdad —, que no toleraremos su intervención. *No se mezcle en este asunto*.

—¿Y si no hago caso?

—Entonces daremos los pasos necesarios para que no haya que

temer su intervención en lo sucesivo…

—Eso es una amenaza, *madame*.

—Solo le pedimos que sea razonable… por su propio bien.

—¡Es usted muy magnánima!

—Usted no puede alterar el curso de los acontecimientos. *¡No se meta en lo que no es de su incumbencia!* ¿Comprende?

—¡Oh, sí, comprendo! Pero considere que la muerte de Mister Morley *sí* es de mi incumbencia.

—La muerte de Morley fue solo un accidente —dijo la voz—. Se interpuso en nuestros planes.

—Era un ser humano, *madame*, y murió antes que sonara su hora.

—No tiene importancia.

Poirot habló despacio, pero amenazador:

—Se equivoca.

—Fue culpa suya. No quiso ser razonable.

—Yo también renuncio a serlo.

—Entonces es usted tonto.

Y se oyó cómo colgaban el receptor.

Poirot preguntó: «¿Diga?», y al no obtener respuesta colgó a su vez. No se tomó la molestia de preguntar a la central desde dónde fue hecha la llamada. Con seguridad, desde un teléfono público.

Lo que le desconcertaba era el hecho de que había oído aquella voz en alguna parte. Trató de recordar inútilmente. ¿Sería la voz de *Miss* Sainsbury Seale?

Según recordaba, la de Mabelle era aguda, algo afectada y de dicción bastante exagerada. Esta otra era distinta…, aunque podía ser que *Miss* Sainsbury Seale la hubiese desfigurado. Después de todo, en sus buenos tiempos fue actriz y podía cambiar la voz con bastante facilidad. Su timbre era tan distinto, según su memoria.

Mas esta explicación no le satisfizo. No. Le recordaba la voz de otra persona. No muy conocida, pero que estaba seguro había oído una o dos veces.

«¿Por qué —se preguntaba— se ha molestado en llamar para amenazarme? ¿Es que creyeron que me detendrían sus amenazas? Por lo visto, sí. ¡Qué malos psicólogos!».

4

Los periódicos de la mañana trajeron noticias sensacionales. Habían disparado contra el primer ministro cuando salía con un amigo del número 10 de la calle Downing la tarde anterior. Afortunadamente, la bala pasó rozándole. El autor del hecho, un indio, había sido detenido.

Después de leerlos, Poirot tomó un taxi hasta Scotland Yard, siendo introducido en el despacho de Japp, que le recibió con los brazos abiertos.

—¡Vaya, las noticias le han traído aquí! ¿Ha mencionado algún periódico quién es «el amigo» que estaba con el primer ministro?

—No. ¿Quién es?

—Alistair Blunt.

—¿De veras?

—Y —prosiguió Japp— tenemos razones para creer que la bala iba dirigida a él y no al primer ministro. Es decir, a no ser que el indio fuese peor tirador de lo que es.

—¿Quién es?

—Un loco estudiante hindú. Medio desnudo, como van ellos. No fue cosa suya. Le indujeron a hacerlo. Su captura dio algo de trabajo. Ya sabe que siempre hay un grupo de gente frente al número diez de esa calle. Cuando sonó el disparo, un joven americano agarró a un hombrecillo barbudo diciendo a la Policía que había sido él. Mientras tanto el indio los contemplaba tranquilamente…, pero uno de los nuestros le había visto y le capturó.

—¿Quien es ese americano? —preguntó Poirot con interés.

—Un joven llamado Raikes. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Poirot respondió:

—Howard Raikes se hospeda en el hotel Holborn Palace.

—Sí, es verdad. ¿Quién?… ¡Ah, claro! Por eso me sonaba el nombre. Es el paciente que salió corriendo de casa de Morley cuando este se suicidó.

Hizo una pausa.

—¡Este asunto va tomando incremento! ¿Aún sigue teniendo ideas sobre esto, Poirot?

—Sí, aún las tengo —repuso el detective gravemente.

5

En la Casa Gótica, Poirot fue recibido por el secretario del banquero, un joven alto y muy educado.

—Lo siento mucho, Mister Poirot, y también Mister Blunt. Pero ha tenido que ir a la calle Downing a causa del lamentable incidente de anoche. He llamado a su piso, pero usted ya había salido.

El joven continuó con rapidez:

—Mister Blunt le ruega acepte pasar el fin de semana en su finca de Kent. Ya sabe: en Exsham. De ir, pasaría a buscarle en su coche mañana por la tarde.

Poirot vacilaba y el joven le convenció.

—Mister Blunt está deseando verle.

—Gracias. Dígale que acepto —dijo Poirot con una inclinación de cabeza.

—¡Magnífico! Mister Blunt estará encantado. ¿Le parece bien que le pase a recoger a eso de las seis menos cuarto? ¡Oh, buenos días, *mistress* Olivera!

La madre de Jane Olivera acababa de entrar. Iba vestida con elegancia, y un sombrero colocado en la frente ocultaba parte de su peinado muy *soignée*.

—¡Oh, Mister Selby! ¿Le ha dicho algo Mister Blunt sobre las sillas del jardín? Quería hablar con él anoche, porque nos vamos este fin de semana y…

Mistress Olivera reparó en el detective y se detuvo.

—¿Conoce a *mistress* Olivera, Mister Poirot?

—Ya he tenido el placer de conocerla —y se inclinó.

—¡Oh! ¿Cómo está usted? —repuso *mistress* Olivera—. Mister Selby, ya sé que Alistair Blunt es un hombre demasiado ocupado y

que no da importancia a estos detalles domésticos.

—No se preocupe —le dijo el eficiente Mister Selby—. Me habló de ello y telefoneé a Mister Deevers.

—Bien, eso me quita un peso de encima. Ahora, Mister Selby, si usted quisiera decirme…

Mistress Olivera siguió charlando. Según Poirot, se parecía bastante a una gallina. ¡Una gallina grande y gorda! Parloteando se acercaba a la puerta.

—… ¿y está usted seguro de que estaremos solos este fin de semana?

—¡Hum! —Mister Selby carraspeó— Mister Poirot viene también.

Mistress Olivera se detuvo y miró a Poirot con manifiesto desagrado.

—¿Es verdad eso?

—Mister Blunt ha tenido la amabilidad de invitarme —dijo Poirot.

—¡Qué extraño! Usted me perdonará, Mister Poirot; pero Mister Blunt me dijo que deseaba pasar este fin de semana tranquilo y *en familia*.

—Mister Blunt tiene grandes deseos de que venga Mister Poirot —dijo Selby con firmeza.

—¡Oh! ¿De veras? No me dijo nada.

Se abrió la puerta y Jane preguntó, impaciente:

—¿Vienes, mamá? ¡Nuestra cita es a la una y cuarto!

—Ya voy, Jane. No seas impaciente.

—Bueno, apresúrate, por lo que más quieras… ¡Hola, Mister Poirot!

De pronto se puso seria y angustiada.

—Mister Poirot viene a Exsham con nosotros a pasar el fin de semana —dijo la madre con frialdad.

—¡Ah, ya!

Jane Olivera dejó paso a su madre, pero antes de seguirla se volvió.

—¡Mister Poirot!

Era un mandato. Poirot se aproximó a ella, que le habló en voz baja.

—¿Viene usted a Exsham? ¿Por qué?

El detective encogióse de hombros.

—Ha sido idea de su tío.

Jane dijo:

—Pero él no puede… No puede… ¿Cuándo le invitó? ¡Oh, no hay necesidad de…!

—¡Jane!

Su madre la llamaba desde el vestíbulo, y Jane se apresuró a susurrar:

—¡Quédese! No vaya, por favor.

Y se fue. Poirot las oyó discutir.

«No voy a tolerar esos modales, Jane. Tomaré mis medidas para que no te mezcles en esto…».

—Entonces, un poco antes de las seis —le decía el secretario—, Mister Poirot.

Poirot hizo un gesto mecánico de asentimiento. Estaba inmóvil como quien acaba de ver un fantasma. Pero fue su oído y no su vista lo que le impresionó. Las dos frases que llegaron hasta él eran bastante parecidas a las que oyera por teléfono, y ahora ya sabía por qué la voz le era familiar.

Al salir a la luz del sol se preguntó: «¿*Mistress* Olivera?». Pero eso era imposible. No pudo ser ella quien le hablara por teléfono.

«Una mujer insustancial, egoísta, avara. ¿Cómo acababa de calificarla interiormente? ¿Gallina gorda? *C'est ridicule!* —dijose el detective—. Mis oídos debieron de engañarme, y, sin embargo…».

6

El Rolls llegó puntualmente, poco antes de las seis, para recoger a Poirot. Los únicos ocupantes eran Alistair Blunt y su secretario. Por lo visto, *mistress* Olivera y Jane se fueron más temprano en otro coche.

El viaje transcurrió sin incidentes, Blunt habló casi

exclusivamente de su jardín y de la próxima exposición de horticultura.

Poirot le dijo que celebraba hubiese escapado de la muerte, a lo que Blunt repuso:

—¡Oh, eso…! No creo que el muchacho disparase contra mí. De todas formas, no tiene la más remota idea de cómo se hace. Es uno de esos estudiantes medio locos. No tienen picardía. Creen que un disparo contra el primer ministro puede cambiar el curso de la Historia. Es una verdadera lástima.

—Debe de haber sufrido otros atentados, ¿verdad?

—Parece melodrama —repuso Blunt con un ligero respingo—. No hace mucho me enviaron una bomba por correo. No estalló. Si esos jóvenes no son capaces de inventar un explosivo más eficaz, ¿qué clase de negocios esperan realizar? Siempre son los mismos tipos…, cabellos largos, idealistas de mentalidad corta sin un ápice de cultura. Yo no soy inteligente…, ni nunca lo fui…, pero sé leer y escribir y conozco la aritmética. ¿Comprende lo que quiero significar?

—Creo que sí, pero expliqúese mejor.

—Pues bien: si leo algo escrito, *entiendo lo que dice*…, no le hablo de cosas complicadas, fórmulas o filosofía…, sino del inglés comercial…, que muchos desconocen. Si quiero escribir, *escribo lo que deseo* (he descubierto que no todas las personas pueden). Y, como ya le he dicho, sé aritmética. Si Juan tiene ocho plátanos y Pedro le quita diez, ¿cuántos plátanos le quedan a Juan? Esta es la clase de resta que la gente cree de solución sencilla. No admiten, primero, que Pedro no puede quitarle diez plátanos, y segundo, que no puede sobrar ninguno.

—Y convierten la solución en un juego de ilusión.

—Exacto. Los políticos son así. Pero yo siempre he procurado conservar el sentido común. Bueno, no debo hablar de mi profesión. Es una mala costumbre. Además, me gusta no pensar en los negocios cuando salgo de Londres. Me gustaría conocer alguna de sus *aventuras*. Leo muchas historias emocionantes detectivescas, ¿cree usted que ocurren en la vida real?

La conversación versó durante el resto del viaje sobre los casos más espectaculares de Hércules Poirot. Alistair Blunt le escuchó como un colegial ávido de detalles.

Este ambiente de cordialidad se heló al llegara Exsham, donde *mistress* Olivera les dispensó un frío recibimiento. Hizo caso omiso de Poirot, dirigiéndose exclusivamente a su anfitrión y a Mister Selby.

Este último acompañó al detective a su habitación.

La casa era muy bonita, no demasiado grande, pero amueblada según el estilo que Poirot observó en Londres. Todo era bueno, aunque sencillo. El servicio, admirable. La cocina, inglesa, no europea…, los manjares y los vinos encantaron al detective. Un consomé perfecto, lenguado a la parrilla, costillas de cordero con guisantes y fresas con nata.

Poirot estaba tan a gusto entre tantas atenciones, que apenas reparó en la frialdad de *mistress* Olivera ni en los bruscos modales de su hija, Jane. Por lo visto, le demostraba su hostilidad. Al final de la comida Poirot preguntóse el porqué.

—¿Helen no cena con nosotros esta noche? —preguntó Blunt, tras observar a los comensales con curiosidad.

Los labios de *mistress* Olivera se unieron hasta formar una delgada línea.

—La pobre Helen se ha cansado demasiado en el jardín. Le he dicho que sería mejor que no se vistiera para la cena y se acostara. En seguida me obedeció.

—¡Ah, ya! —Blunt pareció extrañado—. Creí que los fines de semana serían una distracción para ella.

—¡Helen es tan sencilla! Le gusta acostarse temprano —dijo *mistress* Olivera.

Cuando Poirot se reunió con las señoras en la sala, Blunt se había retirado a conversar con su secretario y Jane Olivera decía:

—A tío Alistair no le gusta que te portes tan fríamente con Helen Montressor, mamá.

—¡Qué tontería! —dijo *mistress* Olivera con energía—. Alistair es demasiado bueno con los parientes pobres… Es muy amable al dejarla disfrutar de balde de la casita, pero de eso a pensar que ha de participar en todas las reuniones… ¡Es absurdo! Solo es prima segunda. ¡No creo que Alistair tenga obligaciones con ella!

—Es orgullosa a su manera —dijo Jane—, y trabaja mucho en el jardín.

—Eso demuestra todo un carácter —dijo *mistress* Olivera—. Los

escoceses son muy independientes y se los respeta por ello.

Se arrellanó cómodamente en el sofá, y sin advertir la presencia de Poirot añadió:

—Tráeme la revista *Lov Dawn*. Trae un artículo de Lois van Schuyler.

Alistair Blunt apareció bajo el dintel de la puerta.

—Mister Poirot, tenga la bondad de venir a mi habitación.

El santuario de Alistair Blunt era un cuarto rectangular situado en la parte posterior de la casa, cuyas ventanas daban al jardín; muy cómodo, con amplios butacones y canapés, y con cierto desorden que lo hacía muy acogedor.

No es necesario decir que Hércules Poirot hubiera preferido más simetría y orden.

Después de ofrecer un cigarro a su huésped y prender fuego a su pipa, Alistair Blunt pasó directamente a hablar de lo que le interesaba.

—Hay muchas cosas que no me satisfacen. Me estoy refiriendo a esa mujer, Sainsbury Seale. Por razones de su incumbencia, sin duda perfectamente justificadas, las autoridades han dejado de investigar. Yo no sé con exactitud quién es Albert Chapman ni lo que hace…; pero sea lo que sea es algo de vital importancia y es de esa clase de negocios que pueden conducirle a una situación embarazosa. No conozco los pros y los contras, pero el primer ministro dijo que no podía consentirse más publicidad y que cuanto antes lo olvidase el público, mejor. Eso está bien. Es la opinión oficial y saben lo que es necesario. Así es que la Policía tiene las manos atadas —se inclinó hacia adelante—. *Pero yo quiero saber la verdad, Mister Poirot*, y usted es el hombre que puede ayudarme. A *usted* no se lo impide el Gobierno.

—¿Qué quiere que yo haga, Mister Blunt?

—Quiero que encuentre a esa mujer.

—¿Viva o muerta?

—¿Cree usted posible que haya muerto? —Alistair Blunt enarcó las cejas.

Hércules Poirot permaneció en silencio unos instantes, y luego dijo, despacio y con energía:

—Si desea saber mi opinión…, solo es una simple opinión…, creo que sí, que está muerta.

—¿Por qué lo cree?

Hércules Poirot sonrió.

—Si no le pareciese una falta de sentido común, le diría que a causa de un par de medias que encontré en un cajón.

Blunt le miró con curiosidad.

—Es usted un hombre extraño, Mister Poirot.

—Sí, lo soy. Es decir, soy metódico, ordenado y lógico…, aunque no descarto los factores desconcertantes para formar mis teorías…, eso, por lo visto, es excepcional.

—He estado dándole vueltas al asunto en mi cabeza…, me cuesta bastante comprender las cosas… ¡Y todo es tan extraño! Me refiero al suicidio del dentista y luego a esa *mistress* Chapman enterrada en su propio arcón con la cara destrozada. ¡Qué horror! No puedo dejar de pensar que *algo se esconde tras todo esto*.

Poirot asintió. El millonario seguía diciendo:

—¿Y sabe usted?… Cuanto más lo pienso…, estoy seguro de que esa mujer no conoció nunca a mi esposa. Que fue solo un pretexto para hablar *conmigo*; pero ¿por qué? ¿Qué bien podía hacerle? Una limosna que ni siquiera era para ella, sino para una sociedad. Y, sin embargo, sigo pensando que fue un ardid para detenerme en la escalera de mi casa. ¡Fue tan oportuno! ¡Tan bien calculado! Pero ¿por qué? Eso es lo que no dejo de preguntarme. ¿Por qué?

—¿Por qué? También yo quisiera saberlo… y no puedo dar con ello.

—¿No tiene ninguna idea?

—Mis ideas son extremadamente infantiles. Quizá fue un ardid para que alguien pudiera verle con tranquilidad. Pero eso también es absurdo. Usted es un hombre conocido y es mucho más fácil decir: «Mira, es aquel que sale ahora de su casa».

—De todas formas, ¿para qué querían fijarse en mí?

—Mister Blunt, trate de recordar la mañana en que fue al dentista. ¿Notó algo raro en Mister Morley? ¿No recuerda nada que pudiera darnos una pista?

Alistair Blunt hizo un esfuerzo por recordar. Al cabo movió la cabeza.

—Lo siento. No recuerdo.

—¿Está usted seguro de que no mencionó a esa mujer…, *Miss* Sainsbury Seale?

—Seguro.

—¿Ni a la otra…, esa *mistress* Chapman?

—Tampoco, no me habló de nadie. Charlamos de flores, jardines, vacaciones…, nada más.

—¿No entró nadie en la habitación mientras estuvo usted allí?

—A ver…, no. Creo que no. En otras ocasiones recuerdo haber visto a una joven rubia. Pero aquel día no estaba. ¡Ah, sí! Entró otro dentista, ahora me acuerdo… un joven con acento irlandés.

—¿Y qué es lo que dijo o hizo?

—Solo le hizo un par de preguntas y salió. Morley fue muy conciso, porque solo le entretuvo un par de minutos.

—¿Y no recuerda más? ¿Nada en absoluto?

—No. Lo encontré muy natural.

—Yo también le encontré completamente normal.

Se hizo un silencio, y al fin Poirot habló:

—¿Y no recuerda a un joven que estaba en la sala de espera?

—Deje que piense —Alistair Blunt frunció el entrecejo—. Sí. Había un joven… bastante nervioso. Pero no le vi nada de particular. ¿Por qué?

—¿Le conocería si volviera a verle?

—Apenas me fijé en él.

—¿No intentó entablar conversación?

—No, no.

Blunt le miró con franca curiosidad.

—¿Quién es ese hombre?

—Su nombre es Howard Raikes.

Poirot esperó su reacción, pero no la hubo.

—¿Tengo que conocerle? ¿Le he visto en alguna parte?

—No. No lo creo. Es amigó de su sobrina, *Miss* Olivera.

—¡Ah, uno de los amigos de Jane!

—Me parece que su madre no aprueba esa amistad.

—No creo que eso haga mella en ella —dijo Alistair Blunt con indiferencia.

—Su madre reprueba esa amistad hasta el punto de que ha traído a su hija de los Estados Unidos con intención de apartarla de ese hombre.

—¡Ah! —el rostro de Blunt expresó inteligencia—. ¿Es ese muchacho?

—¡Ajá! Ahora parece más interesado.

—Creo que es un indeseable en todos aspectos, y está mezclado en muchas actividades subversivas.

—He sabido por su sobrina que fue a la calle Reina Carlota solo para verle.

—¿Para tratar de convencerme?

—Pues… no. Más bien creo que fue a ver si usted le agradaba.

—¡Qué cinismo! —dijo indignado el banquero.

Poirot se dignó sonreír.

—Parece ser que usted representa todo lo que él desaprueba.

—Él sí que pertenece a la clase de hombres que aborrezco. Se pasa el tiempo predicando en vez de dedicarse a un trabajo honrado.

Poirot guardó silencio durante unos instantes. Luego, añadió:

—¿Me perdona si le hago una pregunta muy personal e impertinente?

—Pregunte.

—En el caso de fallecer usted, ¿cuáles son las condiciones testamentarias?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Porque es posible que tenga mucha importancia en este caso.

—¡Qué tontería!

—Puede ser que sí y puede ser que no.

—Creo que se está poniendo trágico, Poirot. No están tratando de asesinarme… ni nada parecido.

—Una bomba a la hora del desayuno…, un disparo en medio de la calle…

—¡Oh! Cualquier hombre que se desenvuelve en el mundo de los negocios está expuesto a estos atentados de algunos locos fanáticos.

—Pudiera ser alguien que no fuese ni loco ni fanático.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Sin más rodeos, quiero saber quién se beneficiaría de su muerte.

—Principalmente el hospital de San Eduardo. El de cancerosos y el Instituto Real de Ciegos.

—¡Ah!

—Además dejo una cantidad a mi sobrina Julia Olivera, otra equivalente, aunque en custodia, a su hija Jane, y otra similar a mi

prima segunda, única parienta, Helen Montressor, que ha venido a menos y ocupa una casita de mi propiedad en esta localidad.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Esto, Mister Poirot, es estrictamente confidencial.

—Desde luego, *monsieur*, desde luego.

Alistair Blunt prosiguió con sarcasmo:

—Supongo que no sugerirá que Julia o Jane Olivera o mi prima Helen Montressor están planeando mi muerte por cobrar mi dinero.

—No sugiero nada…, nada en absoluto.

—¿Y tomará el encargo que le he hecho?

—¿La búsqueda de *Miss* Sainsbury Seale? Sí, lo haré.

Alistair Blunt dijo de corazón:

—Buen muchacho.

7

Al abandonar la estancia, Poirot casi tropieza con una persona que estaba detrás de la puerta.

—Le ruego me perdone, *mademoiselle*.

Jane Olivera se hizo a un lado.

—¿Sabe lo que pienso de usted?

—*Eh bien, mademoiselle?*

No le dio tiempo a concluir. La pregunta fue hecha con intención de contestarla acto seguido.

—… Que es usted un espía. ¡Eso es lo que es! Un espía miserable y rastrero, que va metiendo cizaña.

—Le aseguro, *mademoiselle*…

—¡Sé lo que anda buscando! ¡Y las mentiras que cuenta! ¿Por qué no lo reconoce? Bien, voy a decirle una cosa: no descubrirá *nada, absolutamente nada*. ¡No hay nada que descubrir! Nadie va a tocar un pelo de la preciosa cabeza de mi tío Alistair. Está a salvo…, como siempre…; ¡presumido, próspero y lleno de

vulgaridades! Es un inglés glotón sin pizca de imaginación.

Se detuvo y con su voz agradable y pastosa dijo con odio:

—¡Aborrezco su presencia…, detective *bourgeois* y sanguinario!

Y se alejó entre el revuelo de su vestido, un modelo de mucho precio.

Hércules Poirot quedó atusándose el bigote, con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas.

El epíteto *bourgeois* le cuadraba muy bien. Su visión de la vida era esencialmente burguesa; pero empleado como epíteto por la exquisita Jane Olivera, le daba mucho que pensar.

Y pensativo dirigióse al salón.

Mistress Olivera, que estaba resolviendo problemas de ajedrez, dedicóle la más glacial de sus miradas y murmuró, distraída:

—Alfil blanco come a la reina negra.

Dolido, el detective se retiró.

«Cielos, parece que nadie me quiere», se dijo.

Y salió al jardín. Hacía una noche apacible y el perfume de madreselvas embalsamaba el ambiente. Poirot aspiró con fruición y echó a andar por un sendero bordeado de arbustos.

Al volver un recodo vio dos figuras que se separaban.

Le pareció haber interrumpido una escena amorosa, y se dispuso a volver sobre sus pasos. Incluso en aquel lugar estorbaba. Pasó ante la ventana de Alistair Blunt y le vio dictando a su secretario.

En definitiva, no había lugar para él, y subió a su cuarto.

Durante un rato fue considerando varios aspectos de la situación.

Debió de equivocarse al creer que la voz de la llamada telefónica fuese la de *mistress* Olivera. ¡Parecía una idea absurda!

Recordó las revelaciones de Mister Barnes sobre las Misteriosas andanzas de Q.X.912, *alias* Albert Chapman, y la mirada ansiosa y preocupada de Agnes, la doncella…

Siempre lo mismo…, la gente se reserva muchas cosas. Por lo general, sin importancia, pero a menos que salgan a relucir es imposible seguir una pista segura.

Y el peor obstáculo para ordenar y aclarar las cosas era el Misterio insoluble y contradictorio de *Miss* Sainsbury, Seale. Porque si los factores que había observado eran ciertos…, entonces nada tenía sentido.

—¿Es posible que me esté haciendo viejo?

Capítulo VI

Eleven, twelve, men must delve[6]

1

Después de pasar la noche inquieto, Hércules Poirot se levantó temprano al día siguiente. El día era apacible y quiso repetir el paseo de la noche anterior.

Las lindes de los senderos estaban en plena floración, y aunque él prefería otra disposición más simétrica de las flores, por ejemplo, el estilo de los arriates de los geranios rojos que se ven en Ostende, no pudo dejar de reconocer que aquel encerraba el espíritu y la perfección de un jardín inglés.

Prosiguió su paseo por la rosaleda, qué le entusiasmó, y por los vericuetos de un rincón estilo alpino y rocoso, hasta llegar a la valla que le separaba del huerto.

Allí pudo observar a una mujer robusta, vestida con falda y chaqueta, de cejas negras y cabellos cortos, que charlaba: con voz de marcado acento escocés con el primer jardinero. Por lo que se veía, la conversación no era del agrado de este último.

La voz de *Miss* Helen Montressor tenía un tono sarcástico, y Poirot escabullóse por un sendero lateral. Otro jardinero, que, según viera Poirot, estaba descansando sobre la azada, empezó a cavar con mucho afán. Poirot se aproximó. El muchacho trabajaba de

espaldas al detective, que se detuvo para observarle.

—Buenos días —le dijo amistosamente.

El otro respondió:

—Buenos días, señor.

Pero no se detuvo.

Poirot sorprendióse un tanto. Sabía por experiencia que un jardinero, aunque parezca enfrascado en su trabajo, gusta de hacer un alto y dejar correr el tiempo si uno le aborda directamente.

Por eso le extrañó. Estuvo unos minutos observándole. ¿Por qué sus hombros le parecían familiares? Hércules Poirot pensó que iba tomando la costumbre de encontrar familiares las voces y las personas, aunque no se lo fuesen en absoluto. ¿Es que, como temiera la noche pasada, se iba haciendo viejo?

Pensativo, pasó la valla de la huerta y, una vez en el otro lado, se detuvo al llegar a un lugar de la misma que tenía una rampa.

Como una luna fantástica, un objeto redondo asomó sobre la tapia de la huerta. Era la cabeza oval del detective, y sus ojos contemplaron con interés el rostro del jardinero, que había dejado de cavar y se enjugaba con las manos la cara húmeda de sudor.

—Muy curioso y muy interesante —murmuró Poirot al agachar la cabeza.

Sacudió algunas ramitas que estropeaban el aspecto impecable de su traje.

Sí, por cierto; era curioso e interesante que Francis Carter, que tenía un empleo de secretario en el campo, estuviera trabajando de jardinero a las órdenes de Alistair Blunt. Estaba reflexionando sobre esto, cuando se dejó oír un batintín que le hizo encaminar sus pasos hacia la casa.

Por el camino encontró a su anfitrión, hablando con *Miss* Montressor, recién llegada de la huerta. Su voz, de acento inconfundible, se percibía claramente.

—Eres muy amable, Alistair; pero yo preferiría no aceptar invitaciones mientras estén aquí tus parientes americanos.

Blunt dijo:

—Julia es una mujer sin tacto, pero eso no significa…

Miss Montressor dijo con calma:

—Su actitud me parece muy insolente, y no pienso consentírselo ni a las americanas ni a *nadie*.

Miss Montressor se alejó y Poirot fue a reunirse con Alistair Blunt, que tenía la expresión aborregada de muchos hombres cuando discuten con sus parientes femeninos.

—¡Las mujeres son el diablo! Buenos días, Mister Poirot. Qué día tan hermoso, ¿verdad?

Se encaminaron hacia la casa y Blunt dijo:

—¡Echo tanto de menos a mi mujer!

Ya en el comedor hizo observar a Julia:

—Me temo que hayas herido los sentimientos de Helen, querida.

—Los escoceses son muy susceptibles —repuso *mistress* Olivera con sequedad.

Blunt pareció molesto.

—Tiene usted un jardinero muy joven —intervino Hércules Poirot—. Debe de haberlo empleado hace poco.

—Sí —repuso Blunt—; Burton, mi tercer jardinero, se marchó hace tres semanas y en su lugar tomamos a este muchacho.

—¿Recuerda de dónde vino?

—No. Lo empleó McAlister. Creo que me pidieron que le diera una oportunidad. Me lo recomendaron encarecidamente, y me sorprende, porque McAlister dice que no vale gran cosa, y quiere despedirle.

—¿Cómo se llama?

—Dumining… Sumbing… o algo parecido.

—¿Sería indiscreto preguntarle cuánto le paga?

Alistair Blunt pareció divertido.

—En absoluto. Dos libras y media, me parece.

—¿Nada más?

—De veras que no…, puede ser que algo menos.

—Es muy curioso —dijo Poirot.

El millonario le miró interrogándole, mas Jane Olivera, que leía el periódico, los distrajo.

—Parece que mucha gente está pendiente de tu pellejo, tío Alistair.

—¿Estás leyendo el debate? Archeston siempre arremetiendo contra molinos de viento. Tiene las ideas más absurdas sobre economía. Si le dejásemos hacer, Inglaterra se arruinaría en una semana.

Jane preguntó:

—¿Nunca *quieres* probar algo nuevo?

—No. A menos que sea mejor que lo viejo, querida.

—Pero a ti nunca te lo parece. Tú siempre dices: «Esto no sirve», pero no lo pruebas.

—Los experimentalistas pueden hacer mucho daño.

—Sí, pero ¿cómo puedes resignarte con las cosas actuales? Todo el derroche, la injusticia y la mala fe. *¡Hay que hacer algo!*

—Aun considerando todas esas cosas, vamos bastante bien, Jane.

Jane dijo con pasión:

—Lo que necesitamos es renovar el cielo y la tierra, y tú te quedas ahí comiendo riñones…

Se puso en pie y salió al jardín. Alistair pareció sorprendido y algo molesto.

—Jane ha cambiado mucho últimamente. ¿De dónde ha sacado esas ideas?

—No hagas caso —dijo *mistress* Olivera—. Jane es una niña tonta. Ya sabes cómo son las jovencitas…; van a esas reuniones en los salones donde los hombres llevan esas corbatas, tan chocantes, y al llegar a casa no dicen más que tonterías.

—Sí, pero Jane fue siempre una mujercita bastante fogosa.

—Es lo que está de moda—, Alistair. Se palpa en el ambiente.

—Sí, es cierto —repuso Blunt.

Parecía un poco molesto.

Mistress Olivera levantóse y Poirot le abrió la puerta.

—¡No me gusta! —exclamó de improviso el millonario—. ¡Todo el mundo habla de lo mismo! ¿Y qué significa? Nada. Todo es palabrería. He estado luchando siempre contra lo mismo: un cielo y un mundo nuevo. *¿Qué quieren decir con eso?* ¡No sabrían decírselo! ¡Están borrachos de palabras!

De pronto sonrió.

—¿Sabe? Soy de los que quedan de la vieja guardia.

—Si le destituyeran —preguntó Poirot, con curiosidad—, ¿qué sucedería?

—¡Destituirme! Vaya una manera de enfocar el asunto —de pronto se puso serio—. Se lo diré. Hay un grupo de locos que quisieran intentar experimentos costosos, que serían el fin de la estabilidad…, del sentido común…, de la solvencia. En resumen, de

esta Inglaterra que conocemos.

Poirot asintió. Simpatizaba con el banquero. Él también aprobaba la solvencia. Y empezaba a comprender el punto de vista por el que luchaba Alistair Blunt. Mister Barnes se lo había dicho, pero entonces no lo comprendió. Y de repente…, tuvo miedo.

2

—Ya he terminado mi correspondencia —dijo Blunt al final de la mañana—. Ahora, Mister Poirot, voy a enseñarle mi jardín.

Los dos hombres salieron juntos. Blunt, hablando animadamente de su afición predilecta. El jardín de rocas, con sus curiosas plantas alpinas, era una delicia y pasaron un buen rato mientras Blunt le iba indicando nombres y especies.

Hércules Poirot, calzado con sus mejores zapatos de ante, escuchaba con paciencia, descansando ora sobre un pie, ora sobre el otro, a pleno sol. Su anfitrión proseguía señalando las plantas. Se oía el zumbido de las abejas y el monótono ruido de unas tijeras podadoras que recortaban un seto.

Todo era paz y quietud.

Blunt se detuvo al borde del precipicio y miró hacia atrás. El ruido de la podadora oíase desde muy cerca, pero no se veía al podador.

—Fíjese en la vista que se divisa desde aquí, Poirot. Los claveles se han dado muy bien este año. No recuerdo haberlos visto mejores…, y aquellos alhelíes. ¡Qué colores tan maravillosos!

¡Buuum! El disparo rompió la quietud de la mañana. Alistair Blunt volvióse como un poseído hacia el seto de laureles donde se elevaba un hilillo de humo.

Se oyeron voces airadas, los laureles se balancearon mientras dos hombres forcejeaban. Una voz ronca y americana gritó, resuelta:

—¡Te he cogido, condenado! ¡Tira esa pistola!

Dos hombres aparecieron tras los arbustos. El joven jardinero que cavaba con tanto ahínco aquella mañana, contorsionándose bajo la presión de la mano de un hombre alto que le llevaba la cabeza.

Poirot le conoció en el acto, como antes reconociera su voz.

—¡Déjeme! No fui yo. ¡Le digo que no he sido! —gritaba Francis Carter.

Howard Raikes dijo:

—¡Ah!, ¿no? Supongo que estaba matando pájaros.

Se detuvo, mirando a los recién llegados.

—¿Mister Alistair Blunt? Este individuo acaba de disparar contra usted. Le sorprendí en el acto.

—¡Es mentira! —gritó Francis Carter—. Estaba cortando el seto. Oí un disparo y este revólver cayó a mis pies. Lo cogí…, es natural, y entonces esta mole me asaltó de improviso.

Howard Raikes dijo lúgubremente:

—Tenía el revólver en la mano y acababa de disparar —y con un gesto se lo tendió a Poirot—. Veamos lo que dice el detective. Suerte que le sorprendí a tiempo. Me figuro que debe de tener más balas esa automática.

—Precisamente —murmuró Poirot.

Blunt permanecía ceñudo y triste. Habló con dureza.

—Bueno, Dunning, Dunnun… o… ¿Cómo te llamas?

Hércules Poirot le interrumpió para decir:

—Este hombre es Francis Carter.

—¡Me ha estado vigilando todo el tiempo! —dijo el jardinero, furioso—. Vino el sábado para espiarme. Le digo que no es cierto. Yo no le disparé.

—Entonces, ¿quién ha sido? —preguntó Hércules Poirot, amable —. Ya ve que aquí no hay nadie más que los presentes.

3

Jane Olivera vino corriendo por el jardín con sus cabellos flotando sobre la espalda y los ojos desorbitados por el terror. Exclamó:

—¡Howard!

—¡Hola, Jane! —dijo él con amabilidad—. Acabo de salvarle la vida a tu tío.

—¡Oh! ¿Tú?

—Su llegada ha sido muy oportuna, Mister… —Blunt vacilaba.

—Es Howard Raikes, tío Alistair. Es amigo mío.

Blunt miró al muchacho con una sonrisa en sus labios.

—¡Ah! —dijo—. Usted es el amigo de Jane. Debo darle las gracias.

Resoplando como una máquina de vapor, Julia Olivera hizo su aparición.

—He oído un disparo. ¿Qué ha sido, Alistair? —se interrumpió al ver a Raikes—. ¿Usted? ¿Cómo, cómo se atreve?

—Howard acaba de salvar la vida de tío Alistair, mamá —dijo Jane con voz fría.

—¿Qué?

—Este hombre disparó contra tío Alistair y le ha quitado el revolver.

—Son ustedes un hatajo de mentirosos —dijo Francis Carter con violencia.

—¡Oh!

Mistress Olivera quedó boquiabierta. Le costó un par de minutos recobrar su compostura para dirigirse primero a Blunt.

—¡Querido Alistair! ¡Que horror! ¡Gracias a Dios que estás ileso! Pero debes de haberte llevado un susto… Yo misma… me siento medio desfallecida. ¿No crees que debiera tomar un *poquitín* de coñac?

Blunt apresuróse a replicar:

—Pues claro. Entremos en casa.

Y la tomó del brazo, en el que se apoyó ella con fuerza. Blunt, mirando por encima de su hombro a Poirot y Howard Raikes, les dijo:

—¿Quieren traer a ese individuo? Llamaremos a la Policía para que se haga cargo de él.

Francis Carter abrió la boca, pero no dijo nada. Estaba pálido como un muerto y sus rodillas temblaban, Howard Raikes le asió de

mala manera.

—Vamos, tú —le apremió.

—Es mentira… —murmuró Francis Carter.

—¡Tiene muy poco que decir para ser un sabueso! ¿Por qué no nos deja conocer su opinión? —preguntó Raikes al detective.

—Estoy reflexionando, Mister Raikes.

—Sí, creo que debe de tener mucho que pensar. ¡Me parece que con esto pierde su empleo! No ha sido gracias a usted por lo que esté vivo en estos momentos Alistair Blunt.

—Esta es su segunda buena acción, ¿verdad, Mister Raikes?

—¿Qué diablos quiere decir?

—¿No fue ayer precisamente cuando cogió al hombre que, según usted, acababa de disparar contra Mister Blunt y el primer ministro?

—Pues sí —repuso Howard Raikes—. Parece que se está convirtiendo en una costumbre.

—Pero existe una diferencia. El hombre que capturó ayer no era el que había hecho el disparo. Se equivocó.

—Y ahora también —dijo Francis Carter con prontitud.

—Tú cállate —ordenó Raikes.

Hércules Poirot murmuró para sí: «Quisiera saber…».

4

Vistiéndose para la cena, Hércules Poirot ajustó el nudo de su corbata hasta lograr una simetría perfecta y contempló en el espejo su entrecejo fruncido.

No estaba satisfecho…, mas se hubiese visto en un aprieto, de tener que explicar el porqué. Tenía que confesar que el caso era bien claro. Francis Carter había sido sorprendido con las manos en la masa. No es que le fuese simpático. Juzgado desapasionadamente, era lo que se llama un equivocado, un individuo matón y desagradable, aunque con cierto atractivo para

aquellas mujeres que se resisten a creer lo peor sin reparar en la evidencia. Y su historia era tan poco convincente… Les habló de estar relacionado con el Servicio Secreto…, y aquel empleo Misterioso de jardinero para informar de las conversaciones y actos de los otros jardineros. Era una historia sin fundamento. Una invención pobre…, como lo que, según Poirot, era capaz de inventar Francis Carter.

Y este no daba otra explicación, excepto que alguien debió de arrojar el revólver. Lo repetía una y otra vez.

No. No había nada que decir en defensa de Carter, a no ser la extraña coincidencia de que Howard Raikes hubiera estado presente dos días consecutivos en el momento en que una bala pasaba rozando a Alistair Blunt.

Tal vez no tuviera nada de particular. Raikes pudo no haber disparado en la calle Downing y su presencia en Exsham ser debida a su deseo de estar cerca de su novia. Sí. No era del todo improbable.

Los acontecimientos habían mejorado la situación de Howard Raikes. A un hombre que acaba de salvarle la vida no le niegues la entrada en tu casa. Lo menos que puedes hacer es brindarle tu amistad y hospitalidad. A *mistress* Olivera le disgustaba, pero no pudo menos que reconocer que nada podía hacerse.

¡El indeseable amigo de Jane había puesto los pies en la casa y pensaba conservarlos allí!

Aquella noche Poirot le observó detenidamente.

Estaba actuando con astucia sin mantener sus subversivos puntos de vista ni hablar de política. Contó divertidas anécdotas de sus cacerías en lugares salvajes.

«Ya no es el lobo —pensó Poirot—, lleva puesta la piel de cordero. Pero ¿y debajo? Quisiera saber…».

Cuando Poirot se preparaba para acostarse llamaron a su puerta. El detective gritó: «Adelante»…, y entró Howard Raikes.

Al ver la expresión de Poirot echóse a reír.

—¿Le sorprende verme? Le he estado observando, toda la noche y no me gusta su aspecto. Parece algo inquieto.

—¿Por qué le preocupa eso, amigo?

—No lo sé. Pienso que tal vez trate de descifrar algunas cosas que le parecen difíciles de tragar.

—*¡Eh bien!* ¿Y si fuese así?

—Pues voy a decirle la verdad de lo sucedido ayer. ¡Todo fue una comedia!, ¿sabe?; estaba esperando a que su señoría saliera del número diez de la calle Downing y vi cómo Ram, Lal, le disparaba. Yo conozco a Ram Lal. Es un muchacho simpático. Un poco excitable, pero que siente los errores de la India. Nadie sufrió daño alguno. Ese precioso par de camisas almidonadas resultaron ilesas; así que decidí representar una farsa para que el indio pudiese escapar. Agarré a un hombrecillo que se hallaba a mi lado y grité que era el culpable con la esperanza de que Ram Lal huyera. Pero los de la secreta fueron más listos. Le cogieron en seguida. Eso fue lo que pasó, ¿comprende?

—¿Y hoy? —preguntó Hércules Poirot.

—Eso es distinto. Hoy no había ningún Ram Lal. Carter es el único culpable. ¡Disparó el revólver! Aún lo tenía en la mano cuando le sorprendí. Me figuro que se disponía a repetir el disparo.

—¿Desde cuándo desea conservar la integridad personal de Mister Blunt?

—Lo encuentra un poco raro después de todo lo que dije, ¿verdad? Sí, es raro. Yo creo que Blunt es un individuo que debiera desaparecer… por el bien de la Humanidad y del progreso, no por su persona. Es un hombre muy agradable, al estilo inglés. Eso es lo que opino, y al ver que iban a disparar contra él, intervine. Esto le demuestra lo ilógica que es la raza humana.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho.

—¡Eso digo yo!

Y Howard Raikes, tras levantarse de la cama en que se sentara, sonrió con aire confidencial.

—Creí que debía venir a decírselo.

Y salió, cerrando la puerta con cuidado.

5

«Líbrame, Señor, del demonio y presérvame del hombre malo». Cantó *mistress* Olivera con voz firme. La entonación de su voz hizo pensar a Poirot que el hombre malo que veía en su mente era Howard Raikes.

El detective había acompañado a su anfitrión y su familia a la iglesia del pueblo para asistir al oficio de la mañana.

—¿Va usted siempre a la iglesia, Mister Blunt? —había dicho con ligera ironía Howard Raikes.

Y el millonario había murmurado vagamente que eso es lo que se espera de uno, con un sentimiento tan inglés que arrancó una sonrisa a Poirot.

Mistress Olivera acompañó a su pariente y ordenó a Jane que hiciera otro tanto.

«Han afilado sus lenguas como las serpientes —cantaron los monaguillos—, *y el veneno de la víbora se alberga tras sus labios».*

Los tenores y bajos contestaron:

«Guárdame, ¡oh Señor!, de la iniquidad. Presérvame de los hombres malvados que quieran desbaratar mis actos».

Hércules Poirot se animó a cantar con su voz de barítono.

«El orgullo me ha tendido una trampa y ha tejido una red de cuerdas; sí, siembra de obstáculos mi caminooooooo».

Y se quedó con la boca abierta.

Lo veía…, veía con claridad la trampa en que casi se cae.

Una trampa astuta, una red de cuerdas, un abismo abierto ante sus pies…, disimulado para que cayera en él.

Como un autómata quedó con la boca abierta mirando al vacío mientras los demás se sentaban, hasta que Jane Olivera le cogió del brazo y le dijo:

—¡Siéntese!

Un anciano sacerdote entonaba:

—Aquí comienza el decimoquinto capítulo del primer libro de Samuel —y siguió leyendo.

Mas Poirot no oía nada. Estaba en otro mundo, un mundo delicioso donde los factores giraban antes de ocupar sus lugares respectivos. Era como un calidoscopio…, zapatos con hebilla…, medias de la talla diez…, un rostro destrozado…, los gustos literarios del botones…, las actividades de Amberiotis… y el papel representado por Mister Morley…, todo giraba antes de situarse en

su lugar y formar un diseño correcto.

Por primera vez, Hércules Poirot enfocaba el caso *por la verdadera pista*.

—*Porque la rebelión es el signo que conduce a la obstinación y a la idolatría. Aquellos que rechazaron la palabra de Dios le rechazaron también como rey*. Aquí termina la primera lección —concluyó el clérigo de un tirón.

Como un somnámbulo, el detective se puso a rezar el *Tedeum*.

Capítulo VII

Thirteen, fourteen, maids are courting[7]

1

—Mister Reilly, ¿es usted?

El joven irlandés sobresaltóse al oír que le llamaban. Volvióse. A su lado, ante el mostrador de la Compañía Naviera, hallábase un hombrecillo de grandes bigotes y cabeza ovoidal.

—Tal vez no me recuerde.

—No se hace justicia, Mister Poirot. Usted no es un hombre que se olvide fácilmente.

Y se volvió para dirigirse al encargado que aguardaba tras el mostrador.

—¿Se va de vacaciones al extranjero? —volvió a preguntar el detective.

—No voy de vacaciones. Y usted, Mister Poirot, ¿vuelve a su país?

—Algunas veces paso cortas temporadas en mi patria…, Bélgica.

—Yo voy más lejos —dijo Reilly—. A América. Y no creo que regrese.

—Lo siento, Mister Reilly. ¿Así que abandona su clínica de la calle Reina Carlota?

—Si dice que es ella quien me está abandonando a mí, estará

más acertado.

—¿De veras? Es muy lamentable.

—No me preocupa. Cuando pienso en las deudas que dejaré sin pagar, me siento feliz. No seré yo quien se preocupe por cuestiones monetarias. Yo digo: «Abandona tus deudas y empieza de nuevo».

—El otro día vi a *Miss* Morley —prosiguió Poirot.

—¿Y fue un placer para usted? Yo diría que no. Nunca vi una mujer con un rostro más amargado. A menudo pensé que debía gustarle la bebida…, pero eso es lo que nunca se sabrá.

Poirot quiso saber:

—¿Está de acuerdo con el veredicto del juez sobre la muerte de su socio?

—No —repuso Reilly con énfasis.

—¿Cree usted que cometió un error al poner la inyección?

—Si Morley inyectó a ese griego la cantidad que dicen, o estaba bebido o quiso matarle. Y yo nunca vi que Morley bebiese.

—¿Así que cree que lo hizo a propósito?

—No quiero decir eso. Es una acusación muy grave. Hablando con sinceridad, no lo creo.

—Debe de haber alguna explicación.

—Sí, debe de haberla, pero todavía no he pensado cuál puede ser.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Mister Morley? —inquirió el detective.

—Veamos. Hace tiempo que me hago esa pregunta. Debió de ser la noche antes…, sobre las siete menos cuarto.

—¿No le vio el día del asesinato?

Reilly negó con la cabeza.

—¿Está usted seguro? —insistió Poirot.

—¡Oh!, no me atrevo a asegurarlo, pero no recuerdo…

—¿No recuerda, por ejemplo, si subió a su clínica hacia las once y treinta y cinco, cuando estaba atendiendo a un paciente?

—Sí. Tiene razón. Fui a hacerle una pregunta profesional acerca de un instrumental que había encargado. Estuve sólo unos instantes, por eso no me acordaba. Él estaba con un paciente.

Poirot asintió y dijo:

—Quisiera hacerle otra pregunta. Su paciente, Mister Raikes, se marchó sin pasar consulta. ¿Qué hizo durante esa media hora de

descanso?

—Lo que hago siempre que tengo un respiro. Me preparo algo de beber. Como ya le he dicho, hablé por el teléfono interior y subí a ver a Morley.

—También creo que no tuvo ningún paciente de doce y media a una, o sea, después de Mister Barnes. Por cierto, ¿a qué hora se marchó?

—¡Ah!, después de las doce y media.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Lo mismo que antes. Fui a beber algo.

—¿Y volvió a subir a ver a Morley?

—¿Quiere insinuar que subí para matarle? —Reilly sonrió—. Hace tiempo le dije que no fui yo. Pero, claro, solo tiene mi palabra de honor.

—¿Qué opina de Agnes, la doncella? —le preguntó Poirot.

—Es una pregunta muy curiosa.

—Pero me agradaría que contestase.

—Contestaré. No opino nada. Georgina vigila estrechamente a sus doncellas… y hace muy bien. La muchacha no me miró ni una vez…, con lo cual demostraba bastante mal gusto.

—Tengo el presentimiento —dijo el detective— de que esa chica sabe algo.

Ante la mirada inquisitiva de Poirot, Reilly sonrió, moviendo la cabeza.

—No me pregunte… No sé nada. No puedo ayudarle.

Y tras recoger los billetes que estaban sobre el mostrador, saludó sonriente y se fue.

Poirot explicó al desilusionado empleado que aún no estaba decidido a emprender el crucero por el Norte.

2

Poirot volvió de nuevo a Hampstead. *Mistress* Adams sorprendióse un tanto al verle. Aunque estaba respaldado, por decirlo así, por el primer inspector de Scotland Yard, siempre le consideró un «curioso hombrecillo extranjero», sin tomar muy en serio sus pretensiones. Sin embargo, se dispuso gustosa a contestar sus preguntas.

Después del sensacional anuncio de la identidad de la víctima, los detalles del proceso apenas tuvieron publicidad. Había sido un caso de equivocada personalidad. El cuerpo de *mistress* Chapman fue tomado por el de *Miss* Sainsbury Seale. Esto era todo lo que había trascendido al público. Habíase silenciado el hecho de que probablemente la última persona que viera con vida a la infortunada *Miss* Chapman fuese *Miss* Sainsbury Seale y que la Policía pudiera reclamarla por asesinato.

Miss Adams mostróse muy aliviada al saber que el cadáver descubierto no era el de su amiga. Y no pareció darse cuenta de que podían caer las sospechas sobre Mabelle Sainsbury Seale.

—¡Es tan extraordinario que haya desaparecido así! Estoy segura, Mister Poirot, de que ha debido de perder la memoria.

Poirot dijo que no sería el primer caso.

—Sí. Recuerdo a una amiga de mis primos. Tenía muchas preocupaciones y le pasó eso mismo. Creo que le llaman amnesia.

Hércules Poirot le preguntó si había oído hablar a la pobre *Miss* Seale de *mistress* Chapman.

No, *mistress* Adams no recordaba que su amiga la mencionara. Aunque, claro, no tenía por qué hablarle de todas sus amistades. ¿Quién era esa señora? ¿Es que la Policía tenía alguna idea de quién pudo haberla matado?

—Todavía es un Misterio, *madame*.

Poirot movió la cabeza y luego le preguntó si fue ella quien recomendó a *Miss* Sainsbury Seale al dentista Morley.

Mistress Adams dijo que no. A ella la atendía Mister Frenen, de la calle Harley; y si Mabelle le hubiera pedido que le recomendase alguno, le habría indicado este.

—¿Quizá *mistress* Chapton? *Mistress* Adams dijo que bien pudo ser. ¿No lo sabían en casa del dentista?

Mas Poirot ya había interrogado a *Miss* Nevill sobre esta cuestión, y *Miss* Gladys no lo sabía o lo había olvidado. Recordaba a *mistress* Chapman, pero no que hubiera nombrado a *Miss* Sainsbury

Seale; el nombre era poco corriente y lo recordaría de habérselo oído.

Poirot siguió su interrogatorio.

Mistress Adams había conocido a *Miss* Sainsbury Seale en la India.

—¿Sabe si *Miss* Sainsbury Seale conoció allí a Mister o *mistress* Blunt?

—¡Oh!, creo que no, Mister Poirot. ¿El gran banquero? Estuvieron varios años en casa del virrey, pero estoy segura de que si Mabelle los hubiese conocido me lo habría dicho. Me temo —agregó con ligera sonrisa— que uno siempre alardea de conocer a los grandes personajes. En el fondo somos así.

—¿Ni los mencionó siquiera?

—Nunca.

—Si hubiese sido amiga íntima de *mistress* Blunt, ¿usted lo habría sabido?

—¡Oh, sí! No creo que conociese a nadie así. Las amistades de Mabelle son todas gente sencilla…, como nosotros.

—¡Por Dios, no diga eso! —dijo Poirot, galante.

Mistress Adams siguió hablando de Mabelle Sainsbury Seale como de una amiga que acabara de fallecer, recordando todas sus buenas obras, su amabilidad, su incansable labor en pro de las misiones, su celo, su buena fe.

Hércules Poirot escuchaba. Como bien dijo Japp, Mabelle Sainsbury Seale era un ser real. Había vivido en Calcuta, dando clases de declamación y trabajando entre los nativos. Fue respetable, bienintencionada, aunque un poco tonta y bulliciosa, pero solo lo corriente en una mujer con un corazón de oro.

Mistress Adams seguía diciendo:

—Ponía tan *buena fe* en todo, señor, y encontraba a la gente tan apática, tan difícil de convencer. Cada año es más difícil conseguir suscripciones… a causa de la subida de los impuestos y la carestía de la vida. Una vez me dijo: «Cuando uno sabe el bien que puede hacerse con el dinero, Alice, pienso que sería capaz de *cometer un crimen* por obtenerlo». Esto demuestra cómo sentía, ¿no es cierto, Mister Poirot?

—¿Sí? ¿Eso dijo?

Quedó pensativo y preguntó cuándo había hecho aquellas

declaraciones *Miss* Seale, y su interlocutora repuso que unos tres meses antes.

Abandonó la casa abismado en sus pensamientos, considerando el carácter de Mabelle Sainsbury Seale. Una mujer agradable, muy diligente, el prototipo de mujer respetable. Pertenecía al grupo de personas en el que, según Mister Barnes, podía hallarse un criminal en potencia.

Vino desde la India en el mismo barco que Amberiotis. Y existían razones para suponer que comió con él en el Savoy.

Acosó a Alistair Blunt aludiendo a su amistad con su esposa.

Había ido un par de veces a las residencias del rey Leopoldo, donde poco después se encontró un cadáver vestido con sus ropas y su bolso, lo que hizo creer evidentemente que era ella.

Demasiada evidencia.

Desapareció del hotel Glengowrie Court después de su entrevista con la Policía.

¿Podría explicar todo esto la teoría de Hércules Poirot?

Él creía que sí.

3

Estas cavilaciones entretuvieron al detective durante el camino de regreso hasta llegar a Regent's Park. Decidió atravesar el parque a pie antes de tomar un taxi. Sabía por experiencia que al cabo de un rato empezarían a molestarle sus elegantes zapatos de ante.

Era un delicioso día de verano, y Poirot contempló con indulgencia a las niñeras y los soldados riendo y bromeando, mientras los niños se aprovechaban de su distracción.

Los perros ladraban y brincaban.

Los chiquillos hacían navegar sus botes en el estanque. Y bajo cada árbol veíase una parejita…

—¡Ah! *Jeunesse, jeunesse!* —murmuró Hércules Poirot,

gratamente impresionado por el espectáculo.

Las muchachas londinenses tenían *chic*, sabían llevar la ropa con elegancia. Sin embargo, consideraba sus figuras muy deficientes. ¿Dónde estaban las curvas, las suaves líneas que deleitaron antaño a sus admiradores?

Hércules Poirot recordaba haber visto mujeres…, una en particular… ¡Qué criatura más maravillosa!… Un pájaro del paraíso…, una Venus…

¿Cuál de las hermosas muchachitas de hoy en día podía compararse a la condesa Vera Rossakoff? Una auténtica aristócrata rusa, aristócrata hasta la punta de los dedos. Y también recordaba a una ladrona internacional…, una de esas bellezas naturales…

Con un suspiro apartó de su pensamiento aquellas criaturas de sus sueños.

No eran solo niñeras y soldados los que se arrullaban bajo los árboles del Regent's Park. Allí cerca estaba una jovencita vistiendo un modelo de Schiaparelli. Su pareja tenía la cara junto a la suya.

«¡No hay que ser tan condescendiente! Hay que alargar lo más posible el placer de la conquista», díjose el detective.

De pronto los reconoció.

¿Así que Jane Olivera había acudido a Regent's Park para entrevistarse con el americano revolucionario?

Tras una ligera vacilación atravesó el césped para llegar hasta ellos. Saludándolos con un floreo de su sombrero, dijo:

—*Bonjour, mademoiselle*.

Y Jane Olivera no pareció contrariada al verle.

En cambio, Howard Raikes demostraba su disgusto por la interrupción.

—¡Oh! ¡Otra vez *usted*…!

—Buenas tardes, Mister Poirot —dijo Jane—. Aparece siempre de improviso ¿verdad?

—Es una especie de muñeco con resorte —dijo Raikes mirándole con frialdad.

—¿Molesto? —preguntó Poirot.

—En absoluto —repuso Jane Olivera con gentileza.

Howard Raikes no dijo nada.

—Han encontrado ustedes un sitio precioso —comentó Poirot.

—Lo era —dijo Raikes.

Jane le reconvino:

—¡Cállate, Howard! ¡Es preciso que aprendas mejores modales!

—¡Para lo que sirven! —repuso Howard Raikes.

—Llega un día en que se recoge el fruto —dijo Jane—. Yo tampoco los tuve, pero no importa. Soy rica, no mal parecida, y tengo muchos amigos influyentes. Puedo arreglármelas muy bien sin ellos.

—No estoy de humor para charlar, Jane —dijo Raikes—. Sé que me saldría de mis casillas.

Se puso en pie, y tras saludar a Poirot, se alejó.

Jane mirábale marchar, apoyando la barbilla sobre su mano.

Poirot suspiró antes de decir:

—Cielos, es cierto lo que dice el refrán: «Cuando dos se hacen el amor, sobran terceros».

—¿Hacerse el amor? —exclamó Jane—. ¡Vaya una expresión!

—La adecuada para designar a un joven que corteja a una muchacha antes de pedir su mano. ¿No le llaman a eso hacerse el amor?

—Por lo visto, sus amigos dicen cosas muy graciosas.

El detective cantó:

—*Thirteen, fourteen, maids are courting*[8]. Mire a nuestro alrededor. Todos lo hacen.

—Sí… Yo debo de ser la excepción…, me figuro.

Y de pronto volvióse hacia el detective.

—Quiero pedirle perdón. El otro día me equivoqué. Creía que iba a Exsham para espiar a Howard, pero más tarde me dijo tío Alistair que le invitó porque quería pedirle que aclarase el Misterio de esa mujer desaparecida…, Sainsbury Seale. Es cierto, ¿verdad?

—Sí.

—Así que siento lo que le dije la otra noche. Parecía…, quiero decir, que daba la impresión de que estaba siguiendo a Howard y espiándonos.

—Aunque hubiese sido cierto, *mademoiselle,* yo constituyo un testigo excelente que vio cómo Mister Raikes salvaba la vida de su tío, al sorprender al asaltante e impedir que volviera a disparar.

—Tiene usted una forma muy curiosa de decir las cosas. Nunca sé cuándo habla en serio.

—En este momento hablo en serio, *Miss* Olivera.

—¿Por qué me mira de este modo? —preguntó Jane con voz quebrada—. Como si…, como si me compadeciera.

—Tal vez porque no me agradan las cosas que tendré que hacer en breve.

—*Bien*… Entonces… ¡No las haga!

—Cielos, *mademoiselle*, pero yo debo…

—¿Es que —ella le miró con fijeza unos instantes— ha encontrado a esa mujer?

—Digamos… *que sé dónde está*.

—¿Muerta?

—No he dicho eso.

—Entonces está viva.

—Tampoco dije eso.

Jane le miró, irritada, exclamando:

—Pues tendrá que ser o lo uno o lo otro.

—Es que no es tan fácil.

—¡Me parece que le *gusta* complicar las cosas!

—Eso dicen —admitió el detective.

Jane estremecióse y luego observó:

—¡Qué extraño! Hace un día delicioso, y de repente he sentido frío…

—Será mejor que paseemos un poco, *mademoiselle*.

Jane se puso en pie. Y tras un instante de vacilación dijo impulsivamente:

—Howard quiere que me case con él en seguida. Sin que nadie lo sepa. Dice… que es la única forma de hacerlo…, que soy muy débil —se interrumpió para asirse del brazo del detective con extraordinaria fuerza—: ¿Qué debo hacer, Mister Poirot?

—¿Por qué me pide consejo a mí? Tiene quien pueda dárselo mejor.

—¿Mi madre? ¡Derrumbaría la casa con sus gritos ante la sola idea! ¿Tío Alistair? Es prudente y prosaico. Diría: «Tómate tiempo, querida; así estarás más segura. Ese pretendiente tuyo es un bicho raro. No precipites las cosas».

—¿Y sus amistades?

—No tengo amigos. Tan solo un grupo de chiflados con los que salgo a bailar y charlar de cosas sin sustancia. ¡Howard es la única persona de *verdad* con que he tropezado!

—Repito… ¿Por qué me pregunta a mí, *Miss* Olivera?

—Porque usted tiene una expresión muy curiosa…, como si supiera algo que fuera a suceder —hizo una pausa—. Bueno, ¿qué me dice?

Hércules Poirot por toda respuesta movió negativamente la cabeza.

4

Cuando Poirot llegó a su casa, George le anunció:

—El primer inspector Japp está aquí, señor.

Japp, con su sonrisa peculiar, saludó al detective cuando este entró en el salón.

—Aquí estoy, viejo amigo. ¿Quién dijo que no es usted maravilloso? ¿Cómo lo consiguió? ¿Qué le hizo pensar esas cosas?

—¿Qué significa todo esto? Pero, *pardon*, ¿quiere tomar algo? ¿*Whisky*?

—Sí, prefiero *whisky*.

Minutos después levantaba su vaso, exclamando:

—¡Brindo por Hércules Poirot, que nunca se equivoca!

—No, no, *mon ami*.

—Estamos ante un evidente caso de suicidio. Hércules Poirot dice que es un asesinato…, quiere que sea asesinato…, lo revuelve todo…, y es asesinato.

—¿Ah? ¿Al fin se ha convencido?

—Nadie puede decir que sea un testarudo, pero solo me rindo ante la evidencia, y es que antes no había ninguna.

—¿Y la hay ahora?

—Sí, y he venido a hacer las *arriende honorable*, como usted lo llama, y contarle los descubrimientos más notables.

—Mi buen Japp, estoy ansioso por conocerlos.

—Pues bien, ahí van: el revólver con que Francis Carter quiso

asesinar a Blunt es igual al que usó el asesino de Morley.

—¡Eso es extraordinario!

—Sí. Se le ha puesto el asunto muy negro a Francis Carter.

—No es una prueba definitiva.

—No. Pero sí lo suficiente para que revisemos el veredicto de suicidio. La pistola es de una marca extranjera y poco corriente.

Hércules Poirot quedó pensativo, enarcando las cejas. Al fin dijo:

—¿Francis Carter? No, seguro que no.

—¿Qué le pasa, Poirot? —Japp exhaló un suspiro de desesperación—. Primero dijo que Morley fue asesinado, y cuando yo vengo a decirle que estamos inclinados a creer su punto de vista, parece que no le gusta.

—¿De veras cree que Morley fue asesinado por Francis Carter?

—Concuerda. Carter no tenía simpatía a Morley…, eso lo sabemos todos. Aquella mañana fue a la calle Reina Carlota…, luego, dijo que fue allí para hablar a su novia de su nuevo empleo…, pero hemos descubierto que entonces *aún no lo tenía*. No lo supo hasta última hora del día. Lo ha confesado. Así que ahí está su mentira número uno. No puede precisar dónde estuvo de las doce y veinticinco en adelante. Dice que paseando por la calle Marylebone, pero lo primero que puede probar es que entró en un bar a la una y cinco. El *barman* dice que estaba muy alterado, pálido como un muerto y que le temblaban las manos.

—Eso no encaja en mi teoría —suspiró Hércules Poirot, moviendo la cabeza.

—¿Cuál es?

—Lo que me dice es muy desconcertante. Sí, mucho. Porque…, ¿sabe?… De ser cierto…

La puerta abrióse lentamente y George murmuró con respeto:

—Perdone, señor, pero…

No pudo continuar: *Miss* Gladys Nevill le apartó a un lado, irrumpiendo en la habitación, hecha un mar de lágrimas.

—¡Oh Mister Poirot!

—Le espero luego —dijo Japp, abandonando la estancia precipitadamente.

Gladys Nevill le dedicó una mirada cargada de veneno.

—Este es ese inspector de Scotland Yard que ha echado todas las culpas sobre el pobre Francis.

—Vamos, vamos. No se agite.

—Sí. Lo ha hecho. Primero dijo que quiso matar a Blunt, y no contento con eso, ahora le acusa de haber asesinado al pobre Mister Morley.

Hércules Poirot carraspeó y dijo:

—Recuerde que yo estaba en Exsham cuando dispararon contra Mister Blunt.

—Pero aunque Francis hiciese una cosa semejante —dijo Gladys Nevill, confusa—, es uno de los camisas imperiales. Desfilan con sus estandartes y tienen un saludo ridículo…, y creo que la esposa de Mister Blunt fue una hebrea destacada. Debieran ayudar a estos pobres hombres… inofensivos, como Francis…, cuando creen que están haciendo algo maravilloso y patriótico.

—¿Es esa la defensa de Francis Carter?

—¡Oh, no! Francis jura que no hizo nada y que nunca había visto esa pistola. Yo no he hablado con él. No me hubiesen dejado…, pero su abogado me lo ha dicho. Francis dice que es una trampa.

—¿Y su defensor opina que su cliente debiera buscar una historia más verídica?

—¡Los abogados son tan intrincados! Nunca dicen las cosas directamente. Pero lo que me preocupa es la acusación de asesinato. ¡Oh, Mister Poirot, estoy segura de que Francis no *puede* haber matado a Mister Morley! Quiero decir… que no tenía motivos.

—¿Es cierto que cuando vino aquella mañana aún no tenía empleo?

—Bueno. No veo la diferencia entre que lo tuviera por la mañana o por la noche, Mister Poirot.

—Pero su historia se basa en que vino a comunicarle su buena suerte. Ahora parece ser que aún no la tenía. ¿Para qué vino entonces?

—Mister Poirot, el pobre muchacho estaba sin ánimos y trastornado. A decir verdad, creo que habría bebido un poco. Francis tiene la cabeza bastante débil y la bebida le altera y se siente mareado en seguida. Fue a la calle Reina Carlota para hablar con Mister Morley, porque ya sabe que Francis es muy sensible y le disgustaba el desprecio de Mister Morley, y porque según él influía sobre mí en contra suya.

—¿Así que pensó hacerle una escena en pleno trabajo?

—Pues… sí. Imagino que esa debió de ser su idea. Claro que hizo muy mal en pensarlo.

Poirot contemplaba en silencio a la llorosa jovencita rubia.

—¿Sabe si Francis Carter tenía un revólver, o tal vez más de uno?

—¡Oh, no, Mister Poirot! ¡Le juro que no! Y tampoco creo que sea verdad.

Poirot movió la cabeza con un gesto de perplejidad.

—¡Oh Mister Poirot, ayúdenos! Si por lo menos supiera que está de nuestra parte…

—Yo no me pongo de parte de nadie —repuso el detective—, solo estoy al lado de la verdad.

5

Una vez se hubo librado de la muchacha, Poirot telefoneó a Scotland Yard. Japp aún no había regresado, pero el sargento Beddoes le informó con amabilidad.

La Policía no había encontrado pruebas de que Francis Carter poseyera la pistola antes del atentado en Exsham.

Poirot, pensativo colgó el auricular. Este era un tanto a favor de Carter, pero por ahora el único… Supo también por Beddoes algunos detalles más de las declaraciones de Francis Carter, acerca de su empleo de jardinero. Se basó en su misión del Servicio Secreto. Le adelantaron dinero y dieron buenas referencias de sus habilidades al primer jardinero McAlister. Recibió instrucciones. Debía escuchar lo que hablaban los demás compañeros y procurar que exteriorizasen sus tendencias «rojas» fingiéndose él mismo «rojo». Fue una mujer quien le aleccionó. La llamaban Q. H. 56, y le recomendaron a ella como anticomunista. La entrevista tuvo lugar a media luz y no creía poder reconocerla. Era pelirroja e iba muy

maquillada.

Poirot pensó en consultar a Mister Barnes. Según él, sucedían estas cosas en la vida real. El correo le trajo algo que le confundió aún más. Un sobre ordinario dirigido a su nombre con una letra desigual y remitente en Hertfordshire. El detective la abrió y leyó:

«Muy señor mío:

Tengo la esperanza de que perdonará la molestia, pero estoy muy preocupada, y no sé qué hacer. No quiero verme mezclada con la Policía. Sé que debí decir algo que sabía, pero dijeron que mi señor se había suicidado y creí que todo estaba aclarado. No hubiese querido complicar al novio de Miss Nevill y no pensé ni por un momento que pudiera ser él. Pero ahora que sé que ha sido detenido por disparar contra un caballero en el campo, pienso que tal vez no acabe todo ahí, y debiera decirlo… Pensé en escribirle a usted que es amigo de mi señora, y que me preguntó el otro día si sabía algo de particular. Ahora desearía habérselo dicho entonces. Espero que no me veré mezclada con la Policía, porque no me gusta y a mi madre tampoco. Siempre ha sido muy especial.

Suya afectísima,
Agnes Fletcher».

Poirot murmuró:

—Siempre creí que en todo esto tenía algo que ver un hombre. Me equivoqué de hombre… Eso es todo…

Capítulo VIII

Fifteen, sixteen, maids in the kitchen[9]

1

La entrevista con Agnes Fletcher se celebró en Hertford en un salón de té poco concurrido, pues la muchacha había expresado el deseo de contar su historia lejos de la mirada inquisidora de *Miss* Morley.

El primer cuarto de hora lo pasó escuchando las particularidades de la madre de Agnes… y también de su padre, que aunque propietario de una licencia de premisas, nunca tuvo simpatía por la Policía. Los dos eran respetados y queridos en Little Darlingham, Gloucestershire, y ninguno de sus seis hijos (dos murieron en la infancia) ocasionó a sus padres el menor disgusto. Y si ahora Agnes se viera mezclada en un asunto así, su papá y su mamá morirían de pena, porque siempre llevaron la frente muy alta y nunca tuvieron nada que ver con la Policía.

Después que lo hubo repetido, *da capo* varias veces, Agnes se atrevió a exponer el motivo de la entrevista.

—No quise decirle nada a *Miss* Morley por temor a que me dijera por qué no lo expuse antes; pero la cocinera y yo vimos que no era cosa nuestra, puesto que leímos en el periódico que nuestro amo se había equivocado al poner una inyección, matándose luego con la pistola que encontraron en su mano, y todo eso; así que todo estaba

claro, ¿verdad?

—¿Cuándo pensó que no era así? —Poirot esperaba acercarse a la revelación prometida, aunque sin preguntar directamente.

Agnes respondió con prontitud.

—Al leer en los periódicos lo de Francis Carter…, el novio de *Miss* Nevill. Al ver que había disparado contra ese caballero, de quien era jardinero, pensé que *pudiera* estar loco, porque yo sé que hay gente así, creen que los persiguen, que los rodean los enemigos y al final resulta peligroso tenerlos en casa y hay que llevarlos al manicomio. Y pensé que Francis Carter era de esos, porque recordé que siempre decía que Mister Morley estaba contra él y quería separarle de *Miss* Nevill, aunque nunca oyó una palabra contra él, y con razón, porque Enmma y yo no podemos negar que Mister Carter es bien parecido y muy caballero. Aunque, claro, no pensamos que fuese a hacer nada a Mister Morley. Solo lo encontramos un poco raro, ¿me comprende?

Poirot dijo con paciencia:

—¿Qué es lo raro?

—Fue aquella mañana, señor; la mañana en que Mister Morley se suicidó. No me atrevía a bajar por el correo. El cartero ya había venido, pero Alfred no subió las cartas, lo que nunca hacía, a menos que hubiera alguna para la señorita o Mister Morley; pero si eran para mí o para Emma, no se molestaba en subirlas hasta la hora de comer. Así que salí al pasillo y miré por el rellano de la escalera. *Miss* Morley no quiere que bajemos durante las horas de trabajo, pero pensé que pudiera ser que viese a Alfred al subir con un paciente de Mister Morley y llamarle cuando regresara.

Agnes se detuvo para tomar aliento.

—Y entonces fue cuando le vi…, me refiero a ese Francis Carter. Estaba en mitad de la escalera, o sea más arriba del piso de mi amo. Y aguardaba en pie mirando abajo, y empecé a pensar más y más que aquello era algo *raro*. Parecía escuchar atentamente, ¿me comprende?

—¿Qué hora era?

—Serían las doce y media, señor. Y mientras pensaba: «Aquí está ese joven, y *Miss* Nevill ha ido a pasar el día fuera y no va a gustarle», me preguntaba si debía bajar a decírselo, porque me figuré que ese tonto de Alfred se habría olvidado; de otro modo no

la estaría esperando, y cuando yo no sabía qué hacer, Mister Carter pareció tomar una determinación, y bajando rápidamente la escalera se fue por el pasillo que conduce a la clínica de mi señor, y me dije: «Esto no va a parecerle bien a mi amo». Entonces Emma me llamó preguntándome qué hacía, y subí. Luego, supe que Mister Morley se había suicidado, y, claro, me asusté tanto que me olvidé de todo. Pero más tarde, cuando se hubo marchado el inspector de Policía, le dije a Emma que no había dicho que Francis Carter estuvo con él aquella mañana, y ella creyó que *debieran* saberlo, pero de todos modos me pareció mejor esperar un poco, y ella estuvo de acuerdo, porque ninguna de las dos queríamos complicar a Carter, de poder evitarlo. Y cuando en el proceso se descubrió que el señor se había equivocado al administrar una droga y presa de pánico puso fin a su vida, todo perfectamente natural…; bueno, entonces no hubo ocasión de decirlo. Pero al leer en el periódico lo de hace dos días…, me dio la oportunidad y me dije: «¿Y si fuese de esos chiflados que van por ahí disparando contra la gente porque se creen perseguidos? Puede que al fin y al cabo disparase contra mi amo».

Sus ojos, ansiosos y asustados, miraron esperanzados a Hércules Poirot, que puso toda la firmeza que pudo en su voz al decir:

—Esté completamente segura de que ha hecho muy bien al contármelo, Agnes.

—Debo confesar que me quito un peso de encima, ¿sabe? No dejaba de repetirme que debía decirlo, y, claro, como no quería verme mezclada con la Policía por lo que diría mi madre… Ha sido siempre tan especial…

—Ya, ya —dijo el detective, ya harto.

Había oído hablar de la madre de Agnes todo lo que podía soportar por aquella tarde.

2

Poirot llegó a Scotland Yard, preguntando por Japp, y una vez fue introducido en su despacho, dijo:

—Quiero ver a Carter.

—¿Qué se le ocurre ahora? —dijo Japp, mirándole de reojo.

—¿Es que no quiere?

Japp se encogió de hombros.

—¡Oh! Yo no soy quién para impedirlo. No serviría de nada. ¿Quién es aquí el niño mimado? Usted. ¿Quién se ha metido el Ministerio en el bolsillo? Usted, silenciando sus escándalos.

La mente de Poirot recordó por unos momentos el caso que dio en llamar *Los establos de Augías*[10], y murmuró con satisfacción:

—Fue ingenioso, ¿eh? Tiene que reconocerlo. Digamos, bien planeado.

—¡Nadie sino usted habría pensado una cosa así! Algunas veces, Poirot, pienso que no tiene usted escrúpulos.

El rostro del detective se puso repentinamente serio.

—Eso no es cierto.

—¡Oh, está bien, no quise decir eso! Pero está tan satisfecho de su condenada ingenuidad. ¿Para qué quiere ver a Carter? ¿Para preguntarle si fue él quien mató a Morley?

Ante el asombro de Japp, Poirot movió la cabeza afirmando.

—Sí, mi amigo; esa es precisamente la razón.

—¿Y supongo que cree que se lo dirá?

Japp sonreía, pero Hércules Poirot permaneció serio.

—Puede que me conteste… que sí.

—¿Sabe una cosa? Hace mucho tiempo que le conozco… ¿Veinte años? Más o menos. Y aún no sé adonde quiere ir a parar. Sé que le preocupa Francis Carter. Por alguna razón *no* quiere que sea culpable.

—No. No. Está usted equivocado —dijo Hércules Poirot, meviendo la cabeza con energía—. Hay otra razón…

—Creí que, a lo mejor, era por esa… rubita. En cierto modo es usted un sentimental…

—No soy yo el sentimental —Poirot se indignó—. ¡Ese es un defecto inglés! Es Inglaterra la que llora por los jóvenes enamorados, madres fallecidas y niños infelices. Yo soy lógico. Si Francis Carter es un asesino, no seré lo bastante sentimental como para desear que se una en matrimonio a una joven bonita, pero

vulgar, que si le ahorcaran le olvidaría al cabo de uno o dos años por cualquier otro.

—Entonces, ¿por qué no quiere creer en su culpabilidad?

—Yo *sí quiero*.

—¿Es que ha encontrado algo que pruebe su inocencia? ¿Por qué esconderlo entonces? Debe jugar noblemente con nosotros, Poirot.

—Yo soy leal con usted. Muy en breve le daré el nombre y la dirección de un testigo que será definitivo. Su evidencia hará que no tenga escapatoria.

—Pero entonces, ¡oh!, me estoy armando un lío. ¿Por qué tiene tanto afán por verle?

—Para mi satisfacción —repuso el detective.

Y no le pudo sacar más.

3

Francis Carter, pálido, ojeroso, pero con ganas de fanfarronear, recibió a su inesperado visitante con declarado disgusto.

—¿Es usted, hombrecillo extranjero? ¿Qué es lo que quiere?

—Verle y charlar con usted.

—Pues ya me ve, pero no quiero charlar y menos sin mi abogado. Esto es legal, ¿verdad? Tengo derecho a no hablar a no ser en presencia de mi defensor.

—Cierto. Puede enviar a buscarle…, pero preferiría que no lo hiciese.

—Ya. Cree que voy a dejarme coger en la trampa haciendo concesiones peligrosas.

—Recuerde que estamos solos.

—Eso no es lo corriente. ¿A que tiene a sus agentes escuchando?

—Se equivoca. Esta entrevista es privada.

Francis Carter soltó la carcajada. Pero no parecía hallarse muy a

gusto. Dijo:

—¡Vamos! ¡No va a engañarme con ese cuento!

—¿Recuerda a una muchacha llamada Agnes Fletcher?

—Nunca oí ese nombre.

—Creo que la recordará, aunque no se haya fijado mucho en ella. Es la doncella del número cincuenta y ocho de la calle Reina Carlota.

—Y bien, ¿qué?

Hércules Poirot dijo, despacio:

—La mañana en que Morley fue asesinado, la muchacha estaba mirando, por casualidad, desde la barandilla del piso alto, y le vio parado en la escalera, escuchando o aguardando, hasta que se dirigió a la clínica de Mister Morley. La hora era de las doce y veintiséis en adelante.

Francis Carter se puso a temblar. Su frente se perló de sudor y su mirada, más huidiza que nunca, vagaba de un lado a otro.

—¡Es mentira! ¡Es mentira! Usted le ha pagado…, o la Policía, para que diga que me vio.

—A esa hora, según usted, había salido de la casa y paseaba por la calle Marylebone.

—Y allí estaba. Esa chica miente. No pudo haberme visto. Es un juego sucio. Si fuese verdad, ¿por qué no lo dijo antes?

—Se lo dijo a su amiga y colega, la cocinera. Estaban preocupadas y aturdidas y no supieron qué hacer. Cuando se enteraron del veredicto de suicidio decidieron, aliviadas, que ya no era necesario decir nada.

—No creo ni una palabra. Estarían de acuerdo. Vaya un par de farsantes y…

Les dedicó unos cuantos improperios.

Hércules Poirot aguardó y, cuando se hubo calmado, dijo con voz lenta y mesurada:

—El enfurecerse no le servirá de nada. Esas muchachas lo contarán y las creerán, porque dicen la verdad. Agnes Fletcher le vio. *Estuvo* en la escalera en aquellos momentos y usted no había salido de la casa. Y *usted entró* en el gabinete de Mister Morley —hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Qué pasó entonces?

—¡Le digo que es mentira!

Hércules Poirot sintióse cansado…, viejo. No le agradaba Francis

Carter. Según su opinión era un matón, mentiroso, estafador… El tipo de hombre que estorba en el mundo. Él, Hércules Poirot, si dejaba que aquel joven persistiera en sus falsedades, la Humanidad no se vería libre de uno de sus peores miembros. Pero… le dijo:

—¿Por qué no me dice la verdad?

Comprendía a Francis Carter. Era un estúpido, pero no tanto como para no ver que su única solución era seguir negando. Si confesaba por un solo momento que entró en el gabinete a las doce, y veintiséis, habría dado un paso más hacia la muerte. Porque después todo lo que dijese sería considerado falso…

Si le dejaba persistir en su negativa, su tarea habría concluido. Francis Carter sería ahorcado como asesino de Henry Morley… y pudiera ser que justamente.

Solo tenía que ponerse en pie y marcharse.

—¡Es mentira! —repitió Francis Carter.

Se hizo un silencio. Hércules Poirot no se levantó ni se marchó. Hubiese querido hacerlo…, pero se quedó e, inclinándose hacia adelante, puso en su voz toda la fuerza de su poderosa personalidad.

—No le engaño. Le pido que me crea. Si no ha matado a Morley, su única esperanza es contarme *la verdad* de lo sucedido aquella mañana.

Su rostro mezquino se alzó para mirarle indeciso. Se mordió los labios mientras sus ojos vagaban de un lado a otro como los de un animal aterrorizado. Y de pronto, sugestionado por la personalidad del detective, reaccionó.

—Está bien, se lo diré. ¡Dios le castigue si me engaña ahora! Fui allí, subí la escalera y aguardé hasta asegurarme de que estaba solo. Entró y salió un hombre gordo. Estaba a punto de decidirme a bajar cuando salió otra persona del gabinete de Morley. Había que obrar aprisa. Bajé y entré sin llamar. Tenía pensado lo que iba a decirle: que por qué molestaba a mi novia y la predisponía contra mí… ¡Maldito!…

—¿Y luego? —dijo Hércules Poirot, y su voz seguía siendo apremiante.

—Y le vi tendido allí… muerto. *Es cierto*, ¡le juro que es verdad! En la posición que dijeron en el proceso. Al principio no quise creerlo y me acerqué a él. Pero estaba muerto. Su mano estaba fría

como una piedra, y vi el agujero de la bala en la sien con un círculo de sangre seca…

El recuerdo hizo perlar de sudor su frente.

—Entonces comprendí que estaba en un apuro. Dirían que lo hice *yo*. No había tocado más que su mano y el pomo de la puerta. Los limpié con mi pañuelo y salí. Bajé la escalera tan aprisa como pude. No encontré a nadie en el vestíbulo y abandoné la casa no sabe usted en qué estado de ánimo.

Hizo Una pausa para mirar asustado a Poirot.

—Esa es la verdad. *Le juro* que es la verdad… Ya estaba *muerto*… ¡Tiene que creerme!

Poirot levantóse y dijo con voz cansada:

—Le creo —y se dirigió a la puerta.

—Me ahorcarán —gritó Francis Carter—, me ahorcarán si saben que estuve allí.

—Por haberme dicho la verdad se ha salvado de la horca.

—No sé. Dirán…

Poirot le interrumpió:

—Su relato ha confirmado mi teoría. Deje este asunto en mis manos.

Y salió. No estaba satisfecho.

4

A las seis cuarenta y cinco llegó a casa de Mister Barnes, en Ealing. Recordó que era buena hora para visitarle.

Mister Barnes hallábase trabajando en el jardín, y le dijo a modo de saludo:

—Necesitamos lluvia, Mister Poirot…, y con urgencia —le miró pensativo—. No tiene usted buen aspecto, Mister Poirot.

—A veces no me gusta mi trabajo.

—Lo comprendo.

Mister Barnes asintió con simpatía.

Hércules Poirot contempló el esmerado arreglo de los arriates.

—Este jardín está muy bien ideado y calculado. Es pequeño, pero simétrico.

—Cuando se tiene poco espacio, hay que sacar el mejor partido posible. No pueden cometerse errores en la distribución.

El detective asintió. Mister Barnes seguía diciendo:

—Veo que ya encontró a su hombre.

—¿Francis Carter?

—Sí. Estoy bastante sorprendido.

—¿No pensó que pudiera ser un asesino privado, por decirlo así?

—No, con franqueza. Estaban mezclados Amberiotis y Alistair Blunt, estaba seguro de que era algún plan de espionaje o contraespionaje.

—Ese es el punto de vista de que me habló en mi primera visita.

—Sí. Entonces estaba seguro.

Poirot le contestó pausadamente:

—Pero equivocado.

—Sí. No me lo repita. Eso me sucede por mi propia experiencia. Siempre me vi envuelto en estos asuntos y estoy predispuesto a verlos por todas partes.

—¿Ha observado a un prestidigitador cuando ofrece una carta y le hace tomar la que él quiere? Eso se llama *forzar* una carta.

—Sí.

—Eso es lo que ha pasado. Cada vez que pensábamos en algún motivo de la muerte de Morley, ¡presto la carta aparecía! Amberiotis, Alistair Blunt, el actual estado de la política territorial… —se encogió de hombros—. Y usted ha sido quien más me ha despistado.

—¡Oh Poirot, lo siento! Creo que tiene razón.

—Usted estaba en condiciones de saber. Sus palabras tenían mucho peso.

—Yo… creía lo que le dije. Esa es la única disculpa que puedo darle… —hizo una pausa para suspirar—. ¿Y fue todo por un mero motivo de índole particular?

—Exacto. He tardado mucho tiempo en conocer el móvil del crimen…, aunque tuve mala suerte.

—¿Sí? ¿Cómo fue?

—Un fragmento de una conversación. Muy significativa, si hubiese tenido el instinto de comprenderla entonces.

Mister Barnes se rascó la nariz para limpiarse una mota de tierra.

—Es muy misterioso.

Poirot volvió a encogerse de hombros.

—Quizá. Usted tampoco fue muy franco conmigo.

—¿Yo?

—Sí.

—Mi querido amigo, yo no tenía la menor idea de la culpabilidad de Carter. Lo único que sabía era que salió de la casa mucho antes que Morley fuera asesinado. Supongo que no era cierto, ¿verdad?

—Carter estaba en la casa a las doce y veinticinco y *vio* al asesino —dijo Poirot.

—Así que Carter no…

—Le digo que Carter vio al asesino.

—¿Le…, le reconoció?

El detective movió la cabeza lentamente.

Capítulo IX

Seventeen, eighteen, maids in waiting[11]

1

Hércules Poirot pasó algunas horas del día siguiente con un agente teatral amigo suyo, y por la tarde se fue a Oxford. Al otro día regresó a la ciudad bastante tarde.

Previamente había telefoneado a Alistair Blunt para concertar una entrevista.

Eran las nueve y media cuando llegaba a la Casa Gótica.

Alistair Blunt hallábase solo en la biblioteca aguardando al detective, y al estrecharle la mano le preguntó:

—Bien. ¿La ha encontrado?

Hércules Poirot asintió con la cabeza lentamente.

—Sí, sí. La encontré.

Después de sentarse exhaló un suspiro. Alistair Blunt se interesó:

—¿Está cansado?

—Sí. Y no es agradable lo que tengo que decirle.

—¿Muerta? —dijo Blunt.

—Eso depende de como se mire.

Blunt arrugó el entrecejo.

—Mi buen amigo, una persona *ha de estar* viva o muerta. Y *Miss* Sainsbury Seale estará o lo uno o lo otro.

—¡Ah! Pero ¿quién es *Miss* Sainsbury Seale?

—¿No querrá decir que… no existe?

—¡Oh, no, no! Existía esa persona. Vivió en Calcuta. Enseñaba declamación. Se ocupaba en buenas obras. Vino a Inglaterra en el *Maharanah*, el mismo barco en el que viajaba Amberiotis, aunque no en la misma clase; la ayudó en una ocasión por cuestiones de su equipaje. Por lo visto, era un hombre amable, y algunas veces, Mister Blunt, la amabilidad es recompensada de modo insospechado. Eso es lo que le pasó a Amberiotis. Encontró un par de veces a esa dama por las calles de Londres. Era expansivo y bonachón y la invitó a comer en el Savoy. ¡Y menuda ganga fue para él! Porque su amabilidad no fue premeditada… Ignoraba que aquella dama iba a ser una mina de oro sin ella misma sospecharlo. No era muy inteligente; sencilla, de buena intención, pero con el cerebro de un mosquito.

—¿Luego —intervino Blunt— no fue ella quien mató a esa mujer llamada Chapman?

—Es difícil saber ordenar este asunto. Empezaré por donde comenzó para mí. ¡Por un zapato!

Blunt repitió, aturdido:

—¿Un zapato?

—Sí. Un zapato con hebilla. Al salir de mi *séance* al dentista bajé los escalones del número cincuenta y ocho de la calle Reina Carlota; un taxi se había detenido ante la puerta y su ocupante se disponía a apearse. Yo soy un hombre que sé calificar a las mujeres por sus extremidades inferiores. Aquella dama tenía un tobillo bien formado y llevaba medias de buena calidad, pero no me gustaron sus zapatos. Eran nuevos, de charol reluciente con una gran hebilla. ¡De lo más chabacano! Y mientras hacía estas observaciones, se puso al alcance de mi vista el resto de su persona, y francamente, ¡qué decepción! Se trataba de una mujer de mediana edad, sin atractivo y mal vestida.

—¿Era *Miss* Sainsbury Seale?

—Precisamente. Y al apearse le ocurrió un *cóntretemps*: engánchesele una hebilla en la portezuela y cayó al suelo. Me agaché, la recogí y me apresuré a devolvérsela. Eso fue todo. El incidente concluyó así. Aquel mismo día fui con el inspector Japp a interpelar a la dama; aún no había cosido la hebilla. Y aquella

misma noche, *Miss* Sainsbury Seale salió del hotel para desaparecer. Esto, podríamos decir, es la primera parte. La segunda empieza cuando el inspector Japp me llamó desde las Residencias del rey Leopoldo. Dentro de un arca para pieles habían encontrado un cadáver. Entré en la habitación, levanté la tapa y… lo primero que vi fue un zapato con hebilla muy usado.

—¿Y bien?

—No se ha fijado usted… Era un zapato viejo, muy usado. Y ya ve usted: *Miss* Sainsbury Seale había ido a las Residencias del rey Leopoldo el mismo día de la muerte de Morley. Por la mañana los zapatos eran nuevos y por la noche viejísimos. Ya comprenderá usted que un par de zapatos no se destroza en un día.

—Podía tener dos pares —dijo sin interés Alistair Blunt.

—¡Ah, pero no los tenía! Porque Japp y yo estuvimos en el hotel Glengowrie revisando todas sus cosas… y no había ningún par de zapatos como ese. Podía tener un par más usado y ponérselo después de un día de mucho trajín para salir por la noche, ¿no es verdad? Pero, de ser así, el otro par habría quedado en el hotel. ¿No lo encuentra curioso?

—No veo que eso tenga gran importancia —comentó el millonario, sonriendo levemente.

—No. No la tiene, pero no me gustan las cosas que no pueden explicarse. Ante el arcón, me quedé mirando el zapato…, y la hebilla había sido cosida a mano. He de confesar que tuve un momento de duda… Sí. Me dije: «Hércules Poirot, me parece que has sido un poco optimista. Ves el mundo a través de un cristal de color rosa. Hasta los zapatos viejos te parecen nuevos».

—Puede ser que esa sea la explicación.

—No. No lo es. ¡Mis ojos no me engañaron! —y continuó—: Estudié el cadáver y no me gustó lo que vi, ¿por qué desfiguraron deliberadamente su rostro hasta dejarlo irreconocible?

—¿Para qué volver sobre lo mismo? Ya sabemos…

Alistair Blunt movióse inquieto.

—Es preciso —dijo el detective con energía—. Tengo que hacerle seguir peldaño a peldaño el camino que me condujo a la verdad. Me dije: «Debe de haber algún error. Aquí está una mujer muerta vestida con la ropa de *Miss* Sainsbury Seale (a excepción de los zapatos) y aquí está también su bolso…; pero ¿por qué su cara

está destrozada? ¿No será porque su rostro no es el de *Miss* Sainsbury Seale?». E inmediatamente me puse a recordar lo que había oído sobre el aspecto de la dueña del piso, y me pregunté: «¿No puede ser esta otra la que yace aquí muerta?». Y fui a su habitación para tratar de imaginar qué clase de mujer era. Aparentemente, muy distinta a la otra. Elegante, extremada en el vestir y muy maquillada. Pero *bastante parecidas* en lo esencial: cabellos, estatura, edad… Solo había una diferencia: *mistress* Chapman calzaba un treinta y cinco y *Miss* Sainsbury usaba el número diez en medias… Lo cual quiere decir que calzaría lo menos un treinta y seis. Por tanto, *mistress* Chapman tenía el pie más pequeño. Volví junto al cadáver. Si mi idea era exacta y el cuerpo fuera el de *mistress* Chapman, vestido como el de *Miss* Seale, entonces *los zapatos serían demasiado grandes*. Tiré de uno, pero no salió. ¡Le estaba muy ajustado! Parecía como si, después de todo, fuese el cuerpo de *Miss* Seale. Pero, entonces, ¿por qué le desfiguraron el rostro? Su identidad estaba suficientemente probada por el bolso que pudieron quitarle…, pero que *dejaron*. Era un rompecabezas. Desesperado busqué el librito de direcciones de *mistress* Chapman. Solo un dentista podía identificar el cadáver. Por coincidencia, su dentista era Mister Morley, que había muerto, pero la identificación era todavía posible. Ya conoce el resultado. El cuerpo fue identificado en el depósito de cadáveres, por el sucesor de Mister Morley, como el de *mistress* Chapman.

Blunt, impaciente, tamborileaba con sus dedos sobre la butaca. Poirot hizo caso omiso.

—Estaba ante un problema psicológico. ¿Qué clase de mujer era Mabelle Sainsbury Seale? Existían dos respuestas a esta pregunta. La primera era su vida en la India y el testimonio de sus amigos. Esto la retrataba como una mujer activa, de conciencia, aunque algo tonta. ¿Existía otra *Miss* Sainsbury Seale? Aparentemente sí. La que había comido con un agente extranjero bien conocido, que había acosado a usted en la calle alegando amistad con su esposa (cosa que no era cierta), que había salido de casa de un dentista poco antes que falleciera y visitado a otra mujer la noche en que fue asesinada, desapareciendo luego, aunque debía saber que la Policía la buscaba. ¿Eran compatibles estas acciones con el carácter que describieron sus amistades? Parece ser que no. Además, si *Miss*

Seale no era la criatura dulce y buena que aparentaba, había de ser una asesina a sangre fría o por lo menos cómplice. Yo tenía mi criterio personal. Había hablado con ella. ¿Cómo la juzgué? Esta, Mister Blunt, fue la pregunta más difícil de responder. Todo cuanto dijo, su modo de expresarse, sus gestos, sus modales, estaban de perfecto acuerdo con su carácter expresado, pero *también concordaban con las de una actriz representando su papel*. Y Mabelle Sainsbury Seale había empezado su vida como actriz. Yo estaba impresionado por una conversación que tuve con Mister Barnes en Ealing, que también fue al número cincuenta y ocho de la calle Reina Carlota el día del suceso. Según su teoría, las muertes de Mister Morley y de Amberiotis fueron accidentes, ya que la víctima debía ser *usted*.

—¡Ah, vamos, es algo traído por los pelos! —dijo Alistair Blunt.

—¿Sí, Mister Blunt? ¿No es cierto que en estos momentos hay muchas personas para quienes es un asunto vital el que usted…, digamos…, sea destituido? ¿O que deje de ejercer su influencia?

—¡Oh, eso sí es verdad! Pero ¿por qué relacionarlo con la muerte de Morley?

—Porque hay cierta, ¿cómo diré yo?…, disipación en este caso…, el móvil no ha sido el dinero… ni una vida humana… Existe una temeridad…, una depravación… que señala los *grandes* crímenes.

—¿Así que no cree que Morley se suicidara?

—Nunca lo pensé. Ni por un instante. No. Morley fue asesinado. Amberiotis fue asesinado, y una mujer irreconocible fue asesinada, ¿por qué? Por casualidades. Barnes supone que quisieron sobornar a Morley o a su socio para que le eliminaran a usted.

—¡Qué tontería! —exclamó Alistair Blunt.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Tontería? Quieren deshacerse de una persona que está sobre aviso, defendida, o es de difícil acceso. Para matarla es necesario acercarse a él sin despertar sospechas… ¿Y dónde estará un hombre más indefenso que en el sillón del dentista?

—Bien, puede que sea verdad. Nunca lo pensé.

—Es verdad. Y cuando me di cuenta, había dado el primer paso hacia la verdad.

—¿Así que acepta la teoría de Barnes? A propósito, ¿quién es ese Barnes?

—Es el paciente que Reilly tenía citado para las doce. Está jubilado del Ministerio de la Gobernación y vive en Ealing. Es un hombrecillo insignificante. Pero se equivoca al decir que yo apruebo su teoría. No. Solo acepto el *principio*.

—¿Qué quiere decir?

El detective se explicó:

—Durante todo este caso he sido inducido, a veces involuntariamente, otras deliberadamente, a considerar este caso como un crimen *público*. Es decir, que usted, Mister Blunt, era el foco por su carácter público. Usted, el banquero, rey de la Banca, conservador de la tradición. Mas todo hombre tiene también su vida *privada*. Ese fue mi error. *Olvidé la vida privada*. Y si existían razones de índole privada para matar a Morley (Francis Carter, por ejemplo), podía también haberlas para asesinarle a usted… Tiene usted parientes que heredarán su fortuna cuando muera. Gente que le aprecia y le odia… como hombre…, no como figura pública. Y así llegué a lo que llamo «la carta forzada»: el frustrado atentado de Francis Carter. Si era un ataque sincero, entonces era un crimen político. Pero ¿cabía otra explicación? Tal vez. Estuvo presente otro personaje. El hombre que sorprendió a Carter. Un hombre que pudo disparar y arrojar el revólver a los pies de Carter de modo que este tuviera que cogerlo y ser sorprendido con él en la mano. Consideré la situación de Howard Raikes. Estuvo en la calle Reina Carlota la mañana de la muerte de Morley. Es enemigo de todo lo que usted representa. Y hay algo más: *quería casarse con su sobrina*, y a la muerte de usted heredaría una bonita renta, aunque usted ha dispuesto prudentemente que no pueda tocar el capital. Entonces podía ser un crimen de índole particular, por intereses *privados*, por motivos de satisfacción personal. ¿Por qué lo tomé por un crimen público? *Porque no una, sino muchas veces me habían sugerido esa idea, inclinándome a ella como el prestidigitador nos obliga a tomar la carta que él quiere*. Y al ocurrírseme esta idea vislumbré los primeros atisbos de verosimilitud. Fue en la iglesia, al cantar un salmo. Hablaba de una red tendida… ¿Una trampa? ¿Preparada para mí? Pudiera ser. Pero ¿*quién* la puso? *Solo una persona pudo hacerlo*. No tenía sentido… o tal vez sí. ¿Habría estado enfocando el caso al revés? ¿No sería el móvil el dinero? ¿Desprecio de la vida? Sí. Porque los riesgos que había corrido el culpable eran *múltiples*… Si

esta nueva y extraña idea era cierta, lo explicaría todo. Por ejemplo, el Misterio de la doble personalidad de *Miss* Sainsbury Seale y el enigma del zapato con hebilla, y responder a la pregunta: *¿Dónde está ahora Miss Sainsbury Seale?* Y he aquí que respondo a esto y más. Demuestra que *Miss* Seale es el principio, medio y fin de este caso. No era que me pareciera que existían dos Mabelle Sainsbury Seale; es que efectivamente eran dos personas. La buena, estúpida y amable que alaban sus amistades, y la otra, la mujer que estaba mezclada en los crímenes, contaba mentiras y había desaparecido misteriosamente. Recuerde que el portero de las Residencias del Rey Leopoldo dijo que *Miss* Seale había estado allí otra vez. Al reconstruir el caso, deduje que fue la única vez. No volvió a salir de las Residencias del rey Leopoldo. *La otra Mebelle Sainsbury Seale salió en su lugar*. Vestida con sus ropas y calzando un par de zapatos nuevos con hebilla, porque los otros le eran muy grandes, fue al hotel de la plaza Russell y recogiendo el equipaje de la muerta pagó la cuenta y se marchó al hotel Glengowrie Court. Recuerde que ninguno de sus amigos íntimos la vio a partir de entonces. Durante una semana representó el papel de Mabelle Sainsbury Seale. Usaba sus vestidos, hablaba como ella, y también tuvo que comprar un par de zapatos de noche más pequeños… y luego desapareció. Se la vio por última vez en las Residencias del rey Leopoldo la noche del día en que Morley fue asesinado.

—¿Está tratando de decirme —dijo el banquero— que, después de todo, el cuerpo encontrado es el de Mabelle Sainsbury Seale?

—¡Claro que sí! Fue un ardid muy inteligente… Por eso destrozaron su rostro, con la intención de confundir su personalidad.

—Pero podía identificarla por la dentadura.

—¡Ah! Ahora llegamos a eso. No fue el *dentista en persona* quien la identificó. Morley había muerto. No pudo atestiguar su propio trabajo. *Él* sabía quién era la muerta. Fueron las *fichas* las que sirvieron para identificación y las fichas fueron un engaño. Recuerde que ambas eran pacientes suyas. Todo lo que hubo que hacer fue cambiar los nombres.

Poirot añadió, después de una breve pausa:

—Y ahora ya sabe lo que quise decir cuando me preguntó si estaba viva o muerta y respondí. «Depende», porque si dice «*Miss*

Sainsbury Seale», *¿a cuál de las dos se refiere?* ¿A la que desapareció del Hotel Glengowrie Court o a la verdadera Mabelle?

Alistair Blunt repuso:

—Ya sé, Mister Poirot, que está considerado una eminencia en su profesión, y admito que tiene dotes intuitivas…, porque esto es intuición…, nada más. Pero veo lo fantásticamente inverosímil que es todo esto. Usted dice que Mabelle Sainsbury Seale fue asesinada premeditadamente y Morley también, para evitar que identificara su cadáver; pero ¿por qué? Eso es lo que quiero saber. Una mujer de mediana edad, inofensiva, con muchos amigos y en apariencia sin enemigos. ¿Por qué toda esta complicación para hacerla desaparecer?

—¿Por qué? Sí. He ahí el problema: ¿por qué? Como usted dice, era una criatura inofensiva, incapaz de hacer daño a una mosca. ¿Por qué fue brutal y deliberadamente asesinada? Bien, le diré lo que pienso.

—¿Sí?

Hércules Poirot se inclinó hacia adelante.

—Creo que Mabelle Sainsbury Seale fue asesinada por ser demasiado fisonomista.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos por separado la doble personalidad. La inofensiva dama de la India y la actriz inteligente que representaba el papel de la primera. Existe un incidente que no sé a cuál de las dos corresponde. ¿Quién fue la que habló con usted en la puerta de la casa de Mister Morley? Recordará que se declaró muy amiga de su esposa. Lo que negaron sus amistades. Podemos decir: era mentira, pues la verdadera *Miss* Seale decía siempre la verdad. Así que la mentira fue ideada por la impostora para lograr sus fines.

Alistair Blunt asintió:

—Sí, este razonamiento está bastante claro, aunque no sé cuáles eran esos fines.

—¡Ah, *pardon*! —dijo Poirot—; pero consideremos primero el otro lado. Que fuese la *verdadera* Mabelle. La que *no* mentía. Entonces *la historia era cierta*.

—Supongo que puede enfocarse así, pero no parece probable.

—¡Claro que no! Pero, tomando esta hipótesis como cierta, resulta que *Miss* Sainsbury Seale *conoció* a su esposa. Y la conoció a

fondo. Además…, *su esposa debió de ser el tipo de persona que Miss Seale pudo llegar a conocer bien*. Alguien de su propio nivel social. Una angloindia… misionera o, remontándonos más, una actriz; pero desde luego *no* Rebeca Arnholt. ¿Comprende ahora lo que quise decir al hablarle de su vida pública? Usted es un gran banquero. Pero también es un hombre que se casó con una mujer rica. Y antes de casarse con ella era tan solo un socio joven de la firma… Recién salido de Oxford. Y empecé a juzgar el caso *acertadamente*. El móvil no fue el dinero, ¿verdad? ¿Desprecio de la propia existencia? Tampoco, porque hace tiempo que es usted prácticamente un dictador, y para un dictador la propia vida cobra máxima importancia, mientras las de los demás la pierden.

—¿Qué está usted insinuando, Mister Poirot?

—Insinúo que cuando se casó con Rebeca Arnholt, *ya estaba usted casado*. Ofuscado por la ambición de riquezas y poder, pasó por alto este detalle y deliberadamente cometió un acto de bigamia, al que se avino su verdadera esposa.

—¿Quién era?

—El nombre que dio en las Residencias del rey Leopoldo fue el de *mistress* Chapman, un lugar cercano, que dista unos cinco minutos a pie de su casa de Chelsea. Usted utilizó el nombre de un verdadero agente secreto, pensando que así no levantarían sospechas. Su plan tuvo un rotundo éxito. Sin embargo, subsistía el hecho de que usted *nunca estuvo casado legalmente con Rebeca Arnholt* y era culpable de bigamia. Durante años vivió ajeno al peligro… Al fin apareció en la persona de una mujer que le recordaba después de veinte años como esposo de su amiga. La casualidad quiso que regresara a este país y se encontrase con usted en la calle Reina Carlota. También fue casualidad que le acompañara su sobrina y oyera lo que dijo. De otro modo, yo nunca hubiese podido descifrarlo.

—Yo mismo le hablé de ese encuentro, mi buen Poirot.

—No. Fue su sobrina quien insistió en contármelo, y usted no pudo protestar con demasiada violencia para no levantar sospechas. Después de este encuentro ocurrió otra desgraciada casualidad, según su punto de vista. Mabelle Sainsbury Seale encontró a Amberiotis y fue a comer con él, contándole su encuentro con el marido de una amiga suya…, ¡después de tantos años! Que le

encontró algo más envejecido, claro, pero había cambiado poco. Esto, tengo que confesar, son puras suposiciones, pero creo que debió de ser así. Mabelle ni pensaría que Mister Blunt, esposo de su amiga, fuese el gran personaje financiero. El nombre, después de todo, es bastante corriente; pero recuerde que Amberiotis, además de espía, era chantajista, y estos pájaros tienen un olfato especial para los secretos. Amberiotis sospechó. Era tan fácil saber quién era Mister Blunt. Y entonces le escribió, sin duda, o le telefoneó. ¡Ah! Sí, ¡vaya una mina de oro para el griego!

Poirot hizo una pausa. Y continuó:

—Solo existe un medio eficaz para tratar con un chantajista con experiencia: hacerle callar. No fue, como creyeron erróneamente: «Blunt debe desaparecer», sino al contrario: «Amberiotis debe desaparecer». Pero la solución fue la misma. La manera de atacar a un hombre es cuando está desprevenido, ¿y dónde mejor que en la silla del dentista?

Poirot hizo otra pausa con una ligera sonrisa en sus labios.

—La verdad de lo sucedido se dijo muy pronto. Alfred, el botones, estaba leyendo una historia de crímenes titulada *Muerte a las once cuarenta y cinco*. Debíamos haberlo tomado como un presagio. Porque esa fue la hora en que Morley fue asesinado. Usted le disparó cuando se iba a marchar. Luego, hizo sonar el timbre, abrió los grifos del lavabo y abandonó el gabinete. Lo calculó tan bien que bajaba la escalera mientras Alfred introducía en el ascensor a la falsa Mabelle Sainsbury Seale. Usted atravesó la puerta principal, pero mientras el ascensor subía, volvió a entrar en la casa y subir la escalera. Sé, por mis propias visitas, lo que hace Alfred. Llama a la puerta, la abre y se aparta para que entre el paciente. Dentro se oye el correr del agua mientras Morley se lava las manos. Pero Alfred no le ve. Tan pronto como Alfred hubo bajado en el ascensor, usted volvió a entrar en el gabinete. Con la ayuda de su cómplice arrastró el cuerpo hasta la salita contigua. Luego, rápidamente falsificaron las fichas de *mistress* Chapman y *Miss* Sainsbury Seale. Entonces se vistió una de las batas blancas de Morley y tal vez su esposa le maquilló. No era necesario. El próximo cliente era Amberiotis y nunca le había visto. Su fotografía aparece rara vez en los periódicos. Además, ¿por qué había de sospechar? Un chantajista no teme a su dentista.

»*Miss* «Sainsbury Seale» bajó y el botones la acompañó hasta la puerta. Sonó el timbre y Amberiotis fue introducido. Encontró al «dentista» lavándose las manos detrás de la puerta. Luego, le acompañó al sillón. Él le indica el diente dañado. Usted charla como es costumbre. Le explica que será mejor anestesiar la encía. Allí está la adrenalina y la procaina y le inyecta una dosis capaz de matarle. ¡Casualmente no siente ninguna molestia en su presencia! Amberiotis se marcha ajeno a toda sospecha. Usted vuelve a sacar el cuerpo de Morley y lo coloca en el suelo arrastrándole sobre la alfombra, ya que ahora no dispone de ayuda. Saca la pistola y se la coloca en la mano. Limpia el pomo de la puerta para que sus huellas dactilares no sean las últimas. El instrumental está en el esterilizador. Abandona la estancia, baja la escalera y sale de la casa en un momento propicio. Este ha sido su único riesgo. ¡Pudo haberle salido tan bien! Dos personas que amenazaban su tranquilidad, muertas; y una tercera también, pero eso desde su punto de vista era inevitable. Y todo tan bien explicado. El suicidio de Morley se explicaba por su equivocación. Las dos muertes se complementaban. Un accidente lamentable.

»Pero, por desgracia para usted, aparezco en escena. Y *dudo*, y hago comentarios. No va todo tan bien como esperaba, y organiza una segunda línea de defensa, que tenga una víctima propiciatoria si es necesario. Se ha informado minuciosamente de la vida de Mister Morley. Francis Carter le sirve. Su cómplice hace que le empleen en su misteriosa misión de jardinero. Si después cuenta la ridícula historia, nadie le creerá. A su debido tiempo aparece el arcón de pieles con el cadáver. Primero se cree que es el de *Miss* Seale; luego, se la identificará por la dentadura. ¡Gran sensación! Puede parecer una complicación innecesaria, pero no lo es. Usted no desea que la Policía busque a la esposa de Albert Chapman. Que la crean muerta… y que se busque a Mabelle Sainsbury Seale…, puesto que no han de encontrarla. Además, con su influencia puede hacer que el caso sea relegado al olvido. Y eso hace. Pero como le es necesario saber lo que *yo* hago, envía a buscarme y me ruega que busque a la dama desaparecida. Continúa «forzándome la carta». Su cómplice me telefonea para que me retire, para que siga creyendo que se trata de espionaje… del aspecto *público*. Su esposa es una actriz inteligente, pero para disfrazar una voz la tendencia natural

es imitar la de otra persona. Su esposa imitó la entonación de *mistress* Olivera. Eso me desconcertó bastante. Luego, me llevan a Exsham, donde habían preparado el último acto de la comedia. ¡Qué fácil es disparar contra un hombre tras un seto de laurel y arrojar la pistola por encima para que caiga a los pies de Carter! Este, sorprendido, la recoge. ¿Qué más quiere? Le sorprenden con las manos en la masa…, con una defensa ridícula y un arma gemela a la que mató a Morley. Una trampa tendida ante Hércules Poirot.

Alistair Blunt movióse inquieto en su silla. Su rostro se puso grave al decir:

—No me confunda, Mister Poirot, ¿qué es lo que imagina y qué es lo que *sabe*?

El detective repuso:

—Tengo el certificado de matrimonio del Registro Civil de Oxford, de Martin Alistair Blunt y Gerda Grant. Francis Carter vio salir a dos hombres del gabinete de Morley después de las doce y veinticinco. El primero era grueso… Amberiotis. El segundo, naturalmente, era usted. Francis Carter no le reconoció, pues le vio desde arriba.

—¡Qué lealtad por su parte confesarlo!

—Entró en la clínica y encontró el cuerpo de Morley con las manos frías y sangre seca alrededor de la herida. Eso significaba que había muerto hacía rato. Por tanto, el dentista que atendió a Amberiotis no pudo haber sido Morley, sino su asesino.

—¿Algo más?

—Sí. *Esta tarde han arrestado a Helen Montressor*.

Alistair Blunt hizo un movimiento. Luego, volvió a quedar inmóvil. Hércules Poirot prosiguió:

—Sí. La verdadera Helen Montressor, su parienta lejana, murió hace siete años en Canadá. Usted se aprovechó de esta circunstancia.

Una sonrisa asomó en los labios del millonario, que dijo, como un chiquillo travieso:

—Quisiera que me comprendiese. Usted es un sujeto inteligente. Me casé con Gerda sin que en mi casa lo supieran. Ella actuaba en una compañía, mi familia era muy orgullosa, y yo iba a entrar como socio en la firma. Acordamos mantenerlo secreto, y ella continuó actuando. *Miss* Sainsbury Seale estaba en la misma Compañía. Sabía

todo lo nuestro. Luego, se fue al extranjero en una *tournée*. Gerda supo de ella un par de veces que le escribió desde la India. Más tarde dejó de hacerlo. Mabelle se dejó engañar por algún hindú. Era una muchacha crédula y estúpida. Quisiera que pudiese comprender mi encuentro con Rebeca y nuestro matrimonio. Gerda lo comprendió.

»Le pondré un ejemplo. Tenía la oportunidad de casarme con una reina y representar el papel de príncipe consorte, e incluso rey. Gerda lo consideraba un matrimonio morganático. Yo la amaba a ella y no quería que nos separásemos. Todo salió a pedir de boca. Rebeca me gustaba mucho. Era una mujer con un cerebro privilegiado, igual que el mío. Eramos buenos compañeros de trabajo, lo que resultaba sumamente excitante. Fue una compañera excelente y creo que supe hacerla feliz. Sentí mucho su muerte. Lo curioso del caso es que Gerda y yo aprendimos a divertirnos con nuestros emocionantes encuentros secretos. Teníamos toda clase de ardides ingeniosos. Ella es actriz por naturaleza. Tiene un repertorio de seis o siete personalidades distintas… una de ellas es la de esposa de Albert Chapman. En París fue una viuda americana. Me encontraba con ella cuando iba a mis negocios. Ella iba a Norway a pintar, como si fuese una artista, y yo a pescar. Más tarde la hice pasar por mi prima Helen Montressor. Era muy divertido y creo que ha sido un medio de conservar nuestro amor. Pudimos casarnos oficialmente a la muerte de Rebeca, pero no quisimos. A Gerda le hubiese resultado difícil llevar mi vida oficial y, claro, *pudo* haberse descubierto todo, aunque yo creo que la verdadera razón es que *disfrutábamos* de nuestro secreto. Hubiésemos encontrado aburrida la vida de hogar.

Blunt hizo una pausa. Su voz cambió, endureciéndose.

—Y entonces esa condenada mujer lo estropeó todo. ¡Reconocerme al cabo de tantos años! ¡Y decírselo a Amberiotis! Ya ve usted… ¡Había que hacer algo! No solo por mí, por mi egoísmo. Si yo me arruinaba, este país, mi patria, también se hundiría, porque yo he hecho algo por Inglaterra. Le he dado firmeza y solvencia. Está libre de dictadores… fascistas o comunistas. A mí no me interesa el dinero como dinero. Amo el poder, me gusta gobernar, pero no tiranizar. En Inglaterra somos demócratas… verdaderos. Podemos reírnos y burlarnos de nuestros políticos…

Somos libres. Yo me ocupo de todo esto… Ha sido el trabajo de toda mi vida. Pero si yo me fuese…, ya sabe lo que pasaría. Soy *imprescindible*, Poirot, y un chantajista burlón iba a destruir la labor de toda mi vida. Tenía que hacer algo. Gerda lo vio así también. Lo sentíamos por la pobre *Miss* Sainsbury Seale…, pero no había más remedio. Teníamos que hacerla callar. Gerda fue a verla y la invitó a tomar el té, diciéndole que preguntase por *mistress* Chapman, en cuyo piso habitaba… Mabelle fue sin sospechar. No se enteró de nada…, el veneno estaba en el té… No se sufre. Se duerme uno para no despertar. Lo de la cara lo hicimos luego. Fue bastante desagradable, pero lo juzgamos necesario. *Mistress* Chapman había desaparecido para siempre. Yo había donado una casita a mi «prima» Helen; decidimos casarnos al cabo de algún tiempo. Pero primero teníamos que deshacernos de Amberiotis. Todo salió bien. No sospechó que yo no era un verdadero dentista. Me las compuse bastante bien con las tenazas. No me atreví a usar el torno. Claro que después de la inyección no sentía nada de lo que yo hacía.

—¿Y los revólveres? —le preguntó Poirot.

—Pertenecían a un secretario que tuve en América. Los compró en el extranjero. Cuando se marchó los dejó olvidados. ¿Hay algo más que desee saber?

—¿Y Morley?

Alistair Blunt repuso sencillamente:

—Lo sentí.

—Sí…, ya.

Se hizo un largo silencio que rompió Blunt.

—Y bien, Mister Poirot, ¿ahora qué?

—Helen Montressor ya está detenida —repuso el detective.

—¿Y ahora me toca a mí?

—Según mi opinión, sí.

—Pero no está satisfecho, ¿verdad?

—No. Nada.

—He matado a tres personas —prosiguió Alistair Blunt—. Así que debo ser ahorcado. Pero tiene que oír mi defensa.

—¿Cual es exactamente?

—Que yo creo con alma y corazón que soy necesario para que continúe la paz y el bienestar de esta nación.

—Sí… Puede ser —convino Hércules Poirot.

—Está de acuerdo, ¿verdad?

—Sí. Usted representa todo lo que tiene importancia para mí. Estabilidad, sentido común, equilibrio y honradez probada.

—Gracias —dijo Alistair Blunt tranquilamente—. Y bien, ¿qué?

—¿Me sugiere que abandone el caso?

—Sí.

—¿Y su esposa?

—Ya lo he pensado. Diremos que han confundido su personalidad. Que la han tomado por otra.

—¿Y si me niego?

—En ese caso —dijo tranquilo el banquero—, estoy dispuesto; pero escuche esto… y no lo tome a presunción. Soy imprescindible. ¿Y sabe por qué? Porque soy honrado, y tengo sentido común… y ningún interés particular.

Poirot, por extraño que parezca, le creía.

—Sí. Ese es uno de sus aspectos. Usted es el hombre capacitado para su puesto. Tiene sentido común, estabilidad, honradez…, pero queda el otro aspecto. Los tres seres humanos que han muerto.

—Sí, pero piense en ellos, Mabelle Sainsbury Seale… Usted mismo lo dijo…; una mujer con el seso de una gallina. Amberiotis, ladrón y chantajista…

—¿Y Morley?

—Ya le he dicho que lo sentí, porque después de todo era un hombre decente y un buen dentista…, pero hay otros dentistas…

—Sí —dijo Poirot—, quedan otros. Y a Francis Carter, ¿le hubiese dejado morir?

Blunt repuso:

—No malgaste su compasión en él. No es bueno. Es un bribón redomado.

—Pero es un ser humano… —intervino Poirot.

—Todos lo somos.

—Sí. Todos somos seres humanos. Eso es lo que usted olvida. Dice que Mabelle Sainsbury Seale era una tonta, y Amberiotis un malvado, y Francis Carter un pillo…, y Morley…, Morley era solo un dentista, y hay muchos otros. Eso es lo que usted y yo, Mister Blunt, no vemos igual. Para mí las vidas de esas cuatro personas son tan importantes como la suya.

—Está usted en un error.

—No, no estoy equivocado. Usted es un hombre de naturaleza recta y honrada, pero ha dado un paso en falso, y en apariencia no le ha afectado. Públicamente hubiese continuado lo mismo, siendo honrado y de confianza. Pero en su interior el amor al poder ha adquirido proporciones insospechadas. Ha sacrificado cuatro vidas sin que signifiquen nada para usted.

—¿No comprende, Poirot, que la estabilidad y felicidad del país dependen de mí?

—No me preocupo por las naciones, *monsieur*, sino por las vidas de meros individuos que tienen derecho a conservarla.

Y se levantó.

—¿Así que esa es su respuesta?

El detective dijo con voz cansada:

—Sí… Esa es mi contestación.

Fue hasta la puerta y abrió. Entraron dos hombres.

2

Hércules Poirot bajó. Le aguardaba una muchacha: Jane Olivera. Con el rostro pálido y atormentado se apoyaba contra la repisa de la chimenea. A su lado hallábase Howard Raikes.

Ella le preguntó:

—¿Qué?

—Todo ha terminado —repuso Poirot.

—¿Qué quiere decir? —dijo Raikes, receloso.

El detective contestó:

—Mister Alistair Blunt acaba de ser detenido, culpable de asesinato.

—Pensé que le sobornaría…

Jane intervino:

—No. Yo no lo pensé nunca.

—El mundo es vuestro, muchachos —suspiró Poirot—. Un

mundo y un cielo nuevos. Dejad que exista libertad y compasión en vuestro nuevo Universo… Es todo lo que os pido.

Capítulo X

Nineteen, twenty, my plate's empty[12]

1

Hércules Poirot regresaba a su casa por las desiertas calles.

Una figura se le aproximó.

—¿Qué tal? —dijo Mister Barnes—. ¿Cómo lo ha tomado?

—Lo ha confesado todo y pide que se le perdone. Dice que el país le necesita.

—Y es cierto —admitió Mister Barnes—. ¿No lo cree usted así?

—Sí.

—Bien.

—Podemos equivocarnos.

—Nunca lo he creído. Pero pudiera ser —repuso Mister Barnes.

Anduvieron un trecho en silencio, y entonces Barnes inquirió, curioso:

—¿Qué está pensando?

—*Porque los que rechazaron la palabra de Dios, le rechazaron también como Rey*.

—¡Hum…, ya sé! —dijo Mister Barnes—. Palabras de Saúl después de la lucha contra los amalaquitas. Sí, puede considerarlo así.

Siguieron andando hasta que Barnes se detuvo.

—Yo tomo el Metro aquí. Buenas noches, Poirot —hizo una pausa y, armándose de valor, dijo—: Sabe…, me gustaría decirle una cosa.

—¿Sí, *mon ami*?

—Creo que debo decírselo. Le despisté sin querer. Se trata de Albert Chapman, Q.X.912.

—¿Sí?

—Yo soy Albert Chapman. Por eso me interesaba tanto este caso. Yo nunca estuve casado.

Y se marchó, riéndose a carcajadas.

Poirot permaneció inmóvil. Luego, enarcó las cejas y, sonriente, díjose: *«Nineteen, twenty, my plate's empty…».*

Y se fue a su casa.

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y *Miss* Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados honoris causa y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] Uno, dos, átame el zapato. < <

[2] Tres, cuatro, cierra la puerta. < <

[3] Cinco, seis, coge los palos. < <

[4] Siete, ocho, ponlos en orden. < <

[5] Nueve, diez, una gallina gorda. < <

[6] Once, doce, los hombres cavan. < <

[7] Trece, catorce, las doncellas pelan la pava. <<

[8] Trece, catorce, a las muchachas les hacen el amor. < <

[9] Quince, dieciséis, las muchachas están en la cocina. < <

[10] Uno de los relatos que se insertan en Los Trabajos de Hércules. Tomo III de las Obras de Agatha Christie. < <

[11] Diecisiete, dieciocho, las criadas sirven. < <

[12] Diecinueve, veinte, mi plato está vacío. <<